



SEXO, POSTRES,
ROMANCE, RISAS Y
DRÁMA GARANTIZADO

Mi media naranja

ELIZABETH BETANCOURT





MI MEDIA NARANJA

Elizabeth Betancourt

Sinopsis

Amber Moore es una joven bastante impulsiva, alegre y extrovertida. El pequeño pueblo de Beaufort en Carolina del Sur, donde lleva viviendo veintisiete años con sus padres le empieza a aburrir y a agobiar. Todos sus amigos se han alejado ya que o están casados felizmente y han formado familias o tienen carreras que les han permitido irse fuera de la pequeña localidad, así que en cuanto recibe una invitación de su tía Meredith para visitarla a Nueva York y ayudarla con su nueva pastelería, no lo duda. ¡Es la oportunidad perfecta para ver mundo y de paso encontrar a su media naranja, la que lleva esperando toda su vida!

Caleb Jordan es un exitoso empresario que huye de las relaciones como si de la peste se tratará, le encanta su vida de soltero y la disfruta al máximo, hecho que no parece gustarle a su queridísima madre Olivia que está empeñada en encontrarle pronto una esposa. La llegada de una muchacha pelirroja a la ciudad, provocará que Olivia dé la marcha a un plan que pondrá patas arriba la vida apacible de su hijo.

Capítulo 1

Amber suspiró mientras contemplaba por la ventana de su habitación el paisaje que se alzaba ante ella. Medianas casas de estilo americano se erguían orgullosas, todas idénticas, de color blanco con porches llenos de macetas de diversos tipos de flores que alegraban la vista. Así era Beaufort, el lugar donde había nacido y donde se había criado. Le tenía un gran aprecio a la pequeña comunidad donde todos eran una gran familia, sus recuerdos más importantes habían transcurrido allí y sin embargo desde hacía un año, no dejaba de sentir un vacío en su interior que la hacía experimentar una continua opresión en el pecho. Sus dos mejores amigas, Lisa y Cloe se habían casado el año pasado y habían abandonado el pequeño pueblo de Carolina del Sur junto a sus esposos. Todos sus conocidos que tenían su misma edad, habían comenzado una nueva etapa en sus vidas, fuera de Beaufort y aunque venían de vez en cuando de visita, Amber no dejaba de pensar que era la única que no había logrado evolucionar.

No había conocido al amor de su vida y tampoco tenía un trabajo que la hiciera sentir orgullosa de sí misma y una triunfadora. No es que tuviera una vida mala, en absoluto. Pero necesitaba un cambio, agitar las alas e independizarse. A pesar de que ayudaba en casa con todo lo que podía, no podía evitar pensar que de cierta forma era un peso para sus queridos padres.

Entre semana trabajaba en el supermercado del pueblo como cajera, un trabajo que no la llenaba en absoluto, no la emocionaba ni un ápice. Desde luego al decidir estudiar Repostería Profesional, ni se le había pasado por la mente que no encontraría ningún trabajo relacionado con sus estudios.

En Beaufort había una única pastelería y allí trabajaba desde hacía cuarenta años la dulce y siempre atenta, señora Dolly. Toda la comunidad compraba y encargaba pasteles a la señora que después de tantos años se había convertido en la Pastelera oficial de la comarca. Un título que nadie podría quitarle. Amber había pedido reiteradas veces trabajo en la pastelería "Mama Dolly" y siempre obtenía la misma respuesta. —"No necesito a más personas querida. Lo siento. —La decía Dolly con ese tono

dulce y confiable que la caracterizaba. Amber sabía muy bien que en un sitio tan pequeño esa clase de negocios no llegaban a generar suficientes beneficios como para contratar a más de dos personas y en la pequeña pastelería ya trabajaban, además de la propia dueña, sus dos primas. Las gemelas Brianna y Heather. Por una desafortunada casualidad de la vida, las tres se habían quedado viudas casi al mismo tiempo y ahora vivían juntas. A Amber le caían muy bien, eran unas señoras bastante alocadas que por las mañanas hacían deliciosos pasteles y por las tardes se dedicaban al cotilleo o a resolver misterios, como el de la semana pasada cuando el perro de la señora Peterson se había escapado. Finalmente resultó que Argos, un hermoso pastor alemán, estuvo todo el tiempo en el patio de atrás de la casa, simplemente la señora Peterson necesitaba un nuevo aparato auditivo ya que ni siquiera oyó cuando el pobre animal ladraba sin cesar pidiendo su cena.

—¡Definitivamente no hay sitio más aburrido que Beaufort! —Se dijo en voz alta Amber mientras las comisuras de sus labios se curvaban formando una linda sonrisa. Se fijó en los niños de la calle que jugaban despreocupadamente con unas sonrisas que iluminaban sus tiernos rostros. Por un momento les envidió, deseaba sentirse igual de feliz, como un niño despreocupado y sin embargo se sentía ofuscada de pensar que su vida no tenía sentido. Bufó, harta de sí misma y abrió la ventana para que el olor a hierba mojada, su favorito, inundará su habitación. Hacía apenas cinco minutos que había dejado de llover y el sol veraniego se mostraba otra vez en todo su esplendor.

La cena olía tan maravillosamente que a Amber se le hizo la boca agua, pensando que, si su madre no se daba más prisa por servir, saltaría sobre la gran mesa del comedor y se lo zamparía todo. Jessica Moore contempló a su hija divertida mientras le servía un enorme plato lleno de ensalada de patatas y salmón al horno con limón. —¿Ha habido mucho trabajo hoy? —Le preguntó a su hija, para entablar una conversación.

—Lo de siempre... —Murmuró Amber empezando a comer a dos carrillos. Jessica la miró poniendo los ojos en blanco.

—Hija, no sé cómo sigues en tan buena forma, comiendo todo lo que comes. —Amber no la prestó mucha atención, estaba totalmente concentrada en su comida cuando se oyó la voz de su padre que al parecer había vuelto de la fábrica de cervezas donde trabajaba como encargado.

—Buenas noches ¿Qué hay para zampar? —Preguntó Christopher Moore, hambriento, frotándose las manos con impaciencia. —Jessica sonrió divertida

a su marido y su mirada azul se iluminó. Era increíble pero después de tantos años el amor que se profesaban seguía intacto o inclusive más fuerte que nunca. Amber les miró con cariño, deseando algún día tener lo mismo que ellos. "Sí al menos tuviera a un hombre que la amaré la mitad de lo que su padre ama a su madre..." Pensaba la joven distraída.

Christopher besó a su esposa en los labios lentamente y en sus ojos negros hubo un destello que solamente apreció su mujer. Se trataba de un brillo que ella conocía muy bien, había deliciosas promesas en esa mirada y Jessica no pudo evitar sonrojarse como si fuera una adolescente. Su marido se acercó hacia su hija y la dio un beso fraternal en la mejilla.

—Me gustaría hablar contigo después de la cena, Amber. —Anunció él y ella frunció el ceño.

—Muy bien... ¿De qué se trata? —Preguntó con mucha curiosidad ya que el semblante de su padre no mostraba ninguna clase de emoción. No sabía si se trataba de algo bueno o algo malo y eso la carcomía. Era una chica demasiado curiosa e impaciente, por eso desde que tenía uso de memoria, todos los años de Navidad se enteraba de lo que la iban a regalar antes de tiempo.

—¡Después de la cena, Amber! —Dijo su padre con un tono que no admitía discusión.

—Solo te puedo decir que se trata de algo bueno. —Añadió Christopher que conocía a su hija como a la palma de su mano y sabía que si no la daba alguna pista mínima no pararía de parlotear hasta sacarle las palabras para enterarse de todo y precisamente en ese momento, el pobre hombre deseaba únicamente disfrutar de la cena, comiendo en paz.

—Ha estado todo muy rico, mi amor. —Elogió Christopher a su esposa al final de la cena y como solían hacer desde siempre, se encaminaron los tres hacia la sala de estar para comerse los postres que había preparado Amber la noche anterior. Tarta de manzana, el postre más tradicional de la zona y el que mejor preparaba la joven, sus padres incluso decían que su tarta es más rica que la de Dolly y eso era un gran logro.

Amber se sentó en el pequeño sofá de color gris claro que había en la estancia mientras que sus padres tomaron asiento en los dos sillones del mismo color que había enfrente del sofá. En medio se encontraba una pequeña mesita de cristal con detalles dorados, donde depositaron sus postres y las infusiones de frutos rojos que Jessica había dispuesto.

—Bueno... ¡Dime de una vez de qué querías hablar! —Habló Amber

ansiosa, sin poder contenerse.

Su padre le dedicó una mirada llena de afecto acompañada de una sonrisa calurosa y sincera.

—Sabemos que desde el año pasado no te sientes a gusto aquí. —Empezó Christopher, haciendo pausa para ver la reacción de su hija. Amber no podía negarlo.

—Le tengo muchísimo aprecio a este sitio papa y agradezco teneros en mi vida porque sois los mejores padres que una pueda tener, pero... —la chica no sabía cómo continuar.

—No te sientes realizada aquí. Crees que tus amigos han conseguido crecer y labrarse un futuro mientras que tú te has quedado estancada. —Resumió el hombre de la casa, dejándola sin aliento. —Es totalmente normal hija. No quiero que te sientas como una fracasada porque no lo eres. ¡Los Moore no somos malogrados! Simplemente no has encontrado tu propio camino aún porque tal vez lo que te espera es algo tan bonito que has tenido que esperar para que llegue. Pero, nosotros siempre hemos confiado en tu inteligencia y nos sentimos orgullosos, sabemos que algún día conseguirás tu sueño de abrir una pastelería y será la mejor de todo el país —Habla Christian cogiendo las delicadas manos de su hija entre las suyas y emocionándola porque necesitaba escuchar esas palabras, saber que creían en ella.

—¡Lo bueno siempre se hace esperar! —Apoyó su madre dedicándole una de sus preciosas sonrisas que podrían derretir el hielo de la Antártida.

—Pero... ¿Por qué me estáis diciendo todo esto? —Preguntó Amber mirándoles fijamente.

—Porque ese momento que tú necesitas ha llegado. Es hora de que te independices. —Respondió Jessica y Amber sintió que la tierra se abría y se la tragaba.

—¿Me estáis echando de la casa? —Preguntó alucinada con los ojos abiertos de par en par. —Pe pe pero... ¿Y a dónde se supone que voy a ir? No tengo suficiente dinero ahorrado y con el trabajo que tengo ¿Qué voy a hacer? —Amber no se daba cuenta de que gritaba y cuando sus padres empezaron a reír a carcajadas frunció el entrecejo enfadándose "—¿La estaban tomando el pelo? —Se preguntaba mientras se cruzaba de brazos y les pedía una explicación con la mirada acerada.

—Amber, cálmate... No te estamos echando, sabemos muy bien que con la mierda de trabajo que tienes no llegarías a ningún sitio. —Respondió su madre

divertida.

—¿Entonces? —Preguntó Amber cada vez más confundida.

—Nos ha llamado mi hermana Meredith. Acaba de abrir una pastelería en Nueva York y necesita una ayudante. —Le explicó su padre con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.

Amber chilló de alegría levantándose y empezando a dar saltitos mientras sus padres reían viendo su reacción. —¡Por fin la oportunidad que esperaba! Llevaba mucho tiempo sin ver a su tía que era la que la había adentrado en el mundo de la repostería a temprana edad. La amaba con locura, era como su segunda madre.

—¡Debo preparar mi equipaje! ¡Oh Dios mío, me voy a Nueva York! —Gritaba Amber subiendo las escaleras de dos en dos, que conducían a su habitación.

—Nuestra pequeña se va, Christopher... —Susurró emocionada Jessica al perder de vista a su única hija cuyos gritos de emoción se oían hasta en la planta baja de la casa.

—¿Te preocupas por ella? —La preguntó él abrazándola por la espalda.

—No. ¡Me preocupa Nueva York! —Respondió Jessica provocando que su marido estallaré en carcajadas.

Capítulo 2

Caleb bostezó mientras tomaba pequeños sorbos de su quinto café en esa mañana. La noche anterior había sido una locura y ahora su cuerpo no daba para más. Tener justo ese día una reunión importantísima con unos empresarios que habían venido desde Japón era un auténtico fastidio. Necesitaba conseguir ese acuerdo, al fin y al cabo, se había ganado el título de tiburón de los negocios y no debía destrozarse esa reputación porque en aquel mundo cuando veían una debilidad la usaban contra ti inmediatamente.

Ser el cabeza de un negocio de tan grande magnitud y alguien tan exitoso tenía sus contras, pero Caleb era un hombre muy ambicioso y no se imaginaba haciendo otra cosa. Tenía talento y una imaginación que cualquiera envidiaría. Había logrado incrementar los beneficios de la empresa familiar un veinte por ciento en tan solo cinco años. **"Pop Tarts, Jordan"** estaba en su mejor momento y sus padres se sentían muy orgullosos de sus logros. No había sido fácil que se lo tomarán en serio en ese mundillo que podía llegar a ser implacable, después de la jubilación de su padre ya que aún era muy joven por aquel tiempo, pero pronto demostró a todos que había nacido para ser un líder.

—¡Lindsay, tráeme otro café y alguna pastilla para el dolor de cabeza! — Ordenó a su asistente por el telefonillo, mientras se frotaba las sienes con los pulgares.

No tenía que haber asistido al cumpleaños de Bob, su mejor amigo. Supuestamente había ido solo para un rato ya que no podía rechazar la invitación, pero al final se había quedado toda la noche y había sido una fiesta por todo lo alto, de las que solía organizar el imbécil de su amigo. Había bebido tanto que no se acordaba de la mitad de lo que había hecho, aunque la foto que le envió Bob hace cinco minutos por wasap, en la que sale montado sobre un pony de color blanco junto a una chica rubia totalmente desnuda y él agarrando sus pechos, le demostraba que era mejor seguir permaneciendo en estado de amnesia.

—¡Aquí tiene, señor Caleb! —Le informó su asistente, entrando a dentro del amplio despacho y trayendo sobre una bandeja pequeña y plateada una taza de café y una aspirina. Lo dejó todo sobre el escritorio, inclinándose lo suficiente como para que su jefe pudiera apreciar sus redondos y generosos pechos. Después le miró a los ojos y sonrió coquetamente. Caleb le devolvió

la sonrisa, guiñándole un ojo y provocando una risa un poco exagerada y estridente por parte de la mujer.

Lindsay era una mujer muy atractiva de cuerpo voluptuoso y curvas que podían provocar un infarto en cualquier hombre. Llevaba trabajando poco tiempo en la empresa y Caleb sabía con certeza que tarde o temprano la tendría en su cama, una idea que visiblemente a ella la entusiasmaba.

—¿Te gustaría cenar esta noche, Lindsay? —Preguntó Caleb sin andarse de rodeos. Conseguiría el acuerdo y qué mejor celebración que disfrutando de una buena compañía femenina.

—Oh, pero señor Caleb... No sé si eso es adecuado ya que usted es mi jefe. —Empezó diciendo la asistenta con una voz inocente, antes de ser interrumpida bruscamente por Caleb que ya conocía todas las artimañas femeninas y sabía que todas las mujeres eran iguales.

—¡Muñeca no me apetece jugar! Los dos queremos pasarlo bien así que déjate de tonterías. —Lindsay le miró con un brillo travieso danzando por sus ojos marrones antes de responder riendo.

—Mmm sí tienes razón. ¿Te gusta la ropa interior en color rojo? —Preguntó seductoramente, provocándole.

Caleb la miró con deseo antes de responder con otra pregunta. —¿Qué ropa interior llevas bajo esa falda de tubo ahora mismo?

Lindsay se sentó sobre el escritorio, levantando lentamente la falda hasta que esta quedó enrollada en su pequeña y estrecha cintura.

—Bueno... como ves, no llevo nada. —Dijo la mujer con la voz ronca. Caleb sonrió y miró la hora en su reloj de pulsera. Tenía tiempo para un revolcón rápido.

—¡Tienes razón muñeca es mejor no esperar hasta la noche! —Dijo acercándose hacia la chica y cuando estaba a punto de saborear sus labios su móvil sonó. Juró por lo bajo, antes de mirar y contestar. —¡Genial! ¡Era su madre!

—¿Qué sucede madre? —Preguntó con voz cansada.

—¿Llamo en mal momento? —Preguntó Olivia Jordan con un tono de voz de falso arrepentimiento.

—No, mama. Tú siempre eres de lo más oportuna. —Respondió Caleb.

—¡La ironía no te pega, hijo! —Le contestó su madre y él puso los ojos en blanco.

—¿Para qué llamabas? —Preguntó impaciente.

—Necesito que vayas al aeropuerto. —Respondió la mujer de lo más

tranquila.

—¿Perdona qué? Tengo una reunión muy importante. No tengo tiempo para tus caprichos. ¿Se puede saber para qué diablos me mandas ir al aeropuerto?

—Rugía Caleb.

—Bueno... Sí me dejaras hablar, tal vez te enterarías. ¡Y conmigo ni se te ocurra usar ese tono! —Habló Olivia con autoridad, mostrando que no admitía replica alguna.

Caleb resopló. —Lo siento mama, pero no puedo ir hasta el aeropuerto.

—¡Pues debes ir! La sobrina de mi amiga, Meredith, llega hoy a Nueva York.

—¿La pastelera?

—No. La pastelera no, la mejor pastelera de esta ciudad. —Respondió Olivia, exasperando a su hijo.

—¿Y no hay quién la recoja, joder?

—No. Debes ir tú y punto. —Respondió su madre y colgó el teléfono sin darle la oportunidad de oponerse.

—¡Maldita sea! —Masculló Caleb sin percatarse de que Lindsay seguía allí, apoyada sobre el escritorio, desnuda.

—¿Pasa algo, cielín? —Preguntó la asistente con voz melosa.

—Linda, ahora no podrá ser. Además, debes hacer, tú y todo el equipo que los japoneses esperen un rato ya que llegaré tarde. —Le comunicó, poniéndose la chaqueta del traje, saliendo a toda hostia y dejando con la palabra en la boca a su asistente que había fruncido los labios en una expresión, claramente furiosa.

—Maldita fuera esa sobrina de Meredith que, aunque no conocía ya le caía mal. Había destrozado su oportunidad de echar un buen polvo y prepararse para una reunión de la que podría ganar millones o perderlos... —Pensaba Caleb mientras conducía su Range Rover y apretaba el volante con fuerza.

El vuelo había sido de lo más tranquilo. Al principio tenía mucho miedo porque era la primera vez que volaba, pero pronto vio que no era para tanto. Al despegar el avión, había sentido un pequeño aleteo en su corazón, pero después todo discurrió de lo más normal. Amber había disfrutado mucho contemplando las nubes y soñando despierta.

Sus padres le habían dicho que les llamará al llegar, así que sacó de su pequeño bolso de tipo bandolera, el móvil. —¡Mierda! —Masculló, al ver que la batería casi estaba agotada. Se había pasado todo el vuelo viendo videos de gatitos, perritos y bebes graciosos que había guardado en su móvil. —"Bueno

ya les llamaré cuando este instalada" —Se dijo a sí misma y se encaminó lentamente, con ademanes ridículos debido a todo el equipaje con el que iba cargando.

Su tía la había advertido de que no podría recogerla ya que ese mismo día tenía un encargo muy importante que no había previsto. Se trataba de un pastel de boda de tres pisos y Amber la comprendía perfectamente. La tarta era una de las cosas más importantes para un evento de esa índole, debía ser perfecto y su elaboración era dificultosa, requería tiempo y mucha concentración.

Meredith la había informado de que la llevaría a la pastelería alguien llamado Caleb. Le había descrito a un hombre alto y fornido, caucásico de ojos grises y pelo moreno. Así que Amber miraba a cada lado con los ojos saliéndosele de las orbitas, buscando al tal Caleb, aunque no le hallaba por ninguna parte.

Decidió sentarse en una cafetería que había a dentro del aeropuerto, para esperarle. Se pidió un Starbuck, Caffé Mocha y sacó el libro que había comenzado a leer en el avión. Se trataba de una historia romántica que la había atrapado desde la primera página, así que mientras tomaba pequeños sorbitos de su café y leía concentrada, no se dio cuenta de cómo se había pasado más de media hora, hasta que oyó a alguien gritando como loco —¡Sobrina de Meredith!

Amber se dio la vuelta con el corazón desbocado. Todas las miradas asombradas estaban dirigidas hacia un hombre que parecía tan furioso que asustaba.

La chica se levantó de su asiento, agarrando con rapidez y torpeza su equipaje y dirigiéndose hacia el hombre apresuradamente. Cuanto más se acercaba, más fruncía él el entrecejo. Aquello no empezaba con buen pie... —Pensó Amber que, al acercarse hasta quedar cara a cara, su corazón se aceleró como nunca antes. —¡Es tan masculino y guapo! —Pensó, mientras le miraba embobada. Desde luego en Beaufort no había tíos así.

Era alto y fornido como su tía le había dicho. Su pecho y sus brazos parecían tan duros como una roca. De repente sintió las terribles ganas de tocarle y comprobarlo. Su cabello era oscuro y abundante y sus ojos grises que la miraban de manera irascible, le cortaban la respiración.

—¿Qué me ves, nunca habías visto alguien tan guapo? —Le preguntó él con voz grave y burlonamente.

Amber pensó que no, nunca había visto a alguien tan apuesto, pero no pensaba reconocerlo ante él ya que el tipo se veía súper creído y no deseaba

alimentar su ego aún más.

—No. Simplemente nunca había visto en directo a alguien con trastornos psicológicos tan fuertes. —Respondió ella y sintió satisfacción al ver en su expresión incredulidad. Parecía ser que nadie antes le había hablado así.

—¡Probablemente acabo de perder un millón y medio de dólares por tu culpa! ¿Qué te esperabas que te recibiera con una enorme sonrisa? —Le gritó Caleb en la cara.

Abigail le miró pasmada. —¿Por mi culpa? —Preguntó asombrada.

—¡Te he esperado más de media hora y me he perdido una reunión de trabajo importantísima! —Le explicó él ladrando.

—¿Qué tú me has esperado? Yo bajé del avión y no había nadie. Me senté en la cafetería para esperarte y no había ni rastro de ti. —Contestó Amber enfadándose.

—¿Y no se le ocurrió a ese cerebro diminuto tuyo ir a fuera y comprobar allí? Mi madre no me dijo tu nombre ni nada así que estaba con un cartel a fuera en el que ponía "Sobrina de Meredith" Esperando como un imbécil y estropeando mi reunión.

Amber se sintió horrible. Aunque fuera desagradable su manera de dirigirse hacia ella, sí que había hecho el esfuerzo de ir hasta allí cuando ni la conocía y encima decía que había perdido mucho pero que mucho dinero. ¡Un millón y medio, había dicho! Amber sintió sus pies flaquear. ¿Le habría creado problemas a su tía? ¡Su primer día y ya la había cagado! —Pensaba desesperada cuando el hombre la agarró bruscamente del brazo y la llevo a rastras, mientras ella intentaba arrastras sus maletas con dificultad.

Llegaron hasta un vehículo de ensueño. Un Range Rover Sport en color granate. ¡Ese tío estaba forrado! —Pensaba ella, todavía atónita por todo lo que estaba pasando ese día.

Él cogió sus maletas bruscamente y las tiró al maletero del coche sin cuidado. Se oyó un crujido y Amber supo enseguida que se trataba del regalo que le había comprado a su tía. Una preciosa figura artesanal de una pastelera que sujetaba en sus manos un enorme Cupcake. Le había costado un pastón, pero considerando que por su culpa había perdido tanta cantidad de dinero, que ella solo podía soñar, no dijo nada.

Se subió al coche y durante todo el camino no abrió la boca. Deseaba ver a su tía cuanto antes. Le preocupaba haber hecho perder tanta pasta al ricachón ese. —¿Qué pasaría ahora? —Pensaba Amber, mordiéndose el labio inferior, nerviosa. Después se fijó en el perfil del hombre. Era demasiado apuesto para

su desgracia porque un hombre así no se fijaría en ella nunca y menos ahora, teniendo en cuenta cómo se habían conocido.

Tenía la mirada acerada, apretaba el volante tanto que los nudillos de sus dedos se habían puesto blancos como la nieve. Iba en traje, pero aun así Amber pudo apreciar sus musculosos brazos que se adivinaban bajo la tela. —¿Qué se sentiría ser tocada por esas manos tan grandes? —Pensaba mientras tragaba saliva...

No supo cuánto tiempo había pasado exactamente cuando el coche aparcó ante la pastelería más bonita que alguna vez había visto Amber.

Caleb no la había dirigido la palabra durante todo el viaje y ella se había atrevido solo una vez a preguntarle: —¿De qué conoces a mí tía Meredith? Había deseado entablar una conversación porque el ambiente cada vez era más incómodo, pero él le había respondido entre dientes.

—¡Es amiga de mi madre!

A Amber le quedó claro por su expresión y esa frialdad con la que la había hablado, que la quería perder de vista cuanto antes.

Capítulo 3

El cretino de Caleb la había dejado delante de la tienda con todo el equipaje. Ni siquiera le había ayudado para descargar las maletas del coche y en cuanto pudo se largó echando humo. Comprendía su frustración, pero él debía entender que ella no tenía ni idea de nada y no era culpable de forma directa que se haya perdido esa reunión y esa tremenda cantidad de dinero. Arrugó sus finas cejas cabreada. Ella había intentado ser amable pero el imbécil era el típico rico al que solo le importaba el dinero. ¡Sí para él no debía de ser para tanto perder un millón y medio, se veía de lejos que le sobraba el dinero! —Pensó cada vez más furiosa.

Decidió dejar de pensar en él. Se centró en la tienda. "Dulces Tentaciones" Era el nombre que le había puesto su tía a la pastelería que llamaba la atención de todos los que pasaban por Madison avenue. Decorada en colores rosados y azules cremosos y con una vitrina adornada con pasteles de chocolate con fresas, cupcakes de vainilla, brownies, tartas americanas caseras de manzana, galletas con mermelada... Todo parecía sacado de una revista.

Amber arrastró sus maletas, un niño que pasaba por la calle la ayudó abriéndola la puerta y ella le dio las gracias dándole cinco dólares que él aceptó encantado de la vida, dedicándole una sonrisa entrañable, pues le faltaban dos o tres dientes de delante.

A dentro olía tan rico que era imposible que alguien entrará sin llevarse nada. Vio a su tía a lo lejos gritando a una empleada que debía tener cuidado con la crema de malvavisco. Parecía un sargento y la pobre empleada temblaba atemorizada.

—Lo siento Meredith, prometo hacerlo bien. —Respondía la chica nerviosa y Amber no pudo evitar reír estruendosamente haciendo que las miradas de todos, incluyendo la de su tía se pusieran sobre ella.

—¿Amber? ¡Pero qué cambiazo! Sí estás hecha toda una mujer... — Exclamó Meredith mientras se limpiaba las manos llenas de crema pastelera en el delantal que llevaba puesto. Corrió hacia su sobrina que la esperaba con los brazos abiertos y una sonrisa que iluminaba a toda la pastelería. Las dos mujeres se fundieron en un abrazo y empezaron a reír hasta que alguna que otra lágrima comenzó a escapar por los ojos de ambas.

—Tía no has cambiado nada. Sigues siendo tan guapa que seguro que a esta pastelería vendrán montón de hombres en colas para verte con el pretexto de comprar. —Bromeó Amber mientras se limpiaba las lágrimas.

Meredith la miró divertida y respondió. —¡Acabas de alegrarme aún más el día! Aunque viéndote estoy segura de que vendrán todos a verte a ti mi niña. Te pareces tanto a mi madre... —Dijo Meredith repentinamente, mirando fijamente cada rasgo del rostro de su sobrina. Parecía que intentaba contener sus lágrimas.

—¿A la abuela? ¡Pero sí fue la ganadora del Concurso Internacional de Belleza de mil novecientos treinta y seis! ¡Era una belleza y yo soy un esperpento! —Respondió Amber asombrada para luego echarse a reír a carcajadas.

Su tía le dedicó una mirada reprobadora. —¡Ay niña tú no tienes ni idea! Mi madre era una belleza de lo más inusual. Su pelo era largo y abundante de color cobrizo. Su piel era muy pálida y sus ojos negros como el azabache. Cuando te miro es como mirarla a ella, eres igualita cielo. —Amber le dedicó una sonrisa amable.

—Lo que tú digas, tía... ¡Enséñame a esta maravilla! —Dijo mostrando con sus manos todo el espacio de la pastelería. —Y de paso me explicas detalladamente sobre las tareas a las que me voy a dedicar —Habló emocionada y juntas, sobrina y tía, pasearon por cada rincón de Dulces Tentaciones, charlando animadamente.

Amber escuchó atentamente todo lo que a partir del día de mañana le tocaría hacer, se sentía emocionada por empezar a trabajar ya en algo que la haría sentir completa y feliz.

Se estaba secando el pelo que ahora olía deliciosamente a lavanda, mientras se contemplaba en el espejo. Su tía le había dicho que descansara un rato y que por la tarde fuera a visitarla ya que deseaba presentarla a una amiga suya. Después le pidió un taxi para que la llevara hasta su casa que se encontraba a unos cinco minutos en coche del trabajo. La casa era muy bonita, de tres habitaciones, una cocina coqueta y moderna y un baño equipado con ducha de lluvia que había relajado totalmente los músculos de Amber. No era una casa tan amplia como la de sus padres, pero era muy cómoda y tenía una piscina que Amber estaba decidida a disfrutar en su tiempo libre. Su habitación era lo que más adoraba, Meredith se había esmerado en decorarla. Totalmente blanca con algunos detalles en color rosa clarito que le daban un aspecto femenino que combinaba perfectamente con el suelo de gres.

Mientras peinaba sus salvajes cabellos ante el precioso espejo de estilo vintage con detalles dorados, se fijó en la foto que había incrustada en el lateral del espejo. Era su abuela de joven. Con una amplia sonrisa posando semi—desnuda y con una mirada coqueta y llena de vida. Aunque tenía esas mismas características físicas que su yaya, ella no veía parecido alguno porque Gina Moore tenía unos rasgos de lo más bellos. Incluso cuando ya era tan vieja y arrugada se seguía notando lo hermosa que había sido alguna vez. Se había ido al otro lado hacía nueve años ya, pero seguía permaneciendo en las mentes de todas aquellas personas que tuvieron el honor de conocerla. Desde luego había sido una mujer que dejaba huella.

Ya eran las siete de la tarde, había dormido durante cuatro horas que definitivamente la habían reparado, sin dejar rastro del cansancio del viaje. Salió de la cama vestida con su bata de seda en color champán y bajó las escaleras, descalza para dirigirse hacia la cocina en donde se preparó un bocadillo de jamón york y queso. No tardó mucho tiempo en arreglarse. Dejó su cabello suelto que caía en rizos sueltos hasta su espalda. Se maquilló ligeramente, centrando toda la atención en sus ojos oscuros que delineó con lápiz negro y rímel que le dejó unas pestañas de ensueño. Un brillo de labios en rosa fue la perfecta combinación para ese maquillaje tan simple. Se vistió con unos vaqueros de tipo pitillo negros que combinó con un crop—top del mismo color. El look fue completado por unas sandalias blancas con un tacón pequeño que contrastaban con el resto de su outfit. Salió contenta y se encaminó hacia Dulces Tentaciones tarareando una canción vieja que su madre cantaba siempre que cocinaba.

Dulces Tentaciones estaba a tope de gente, las dos dependientas que había se estaban volviendo locas para atender a las ansiosas personas. Amber buscó con la mirada a su tía a la que encontró sentada en una esquina junto a una mujer rubia de su misma edad, bastante atractiva y vestida con mucho gusto. Cuando repararon en ella, las dos mujeres se miraron cómplices, un gesto que a Amber no le pasó inadvertido.

Se dirigió hacia ellas y saludó con una sonrisa educada. —Buenas tardes. —Dijo para después darle un beso a su tía en la mejilla y sentarse en una de las sillas que habían dejado libre para ella.

La mujer que acompañaba a su tía la miró tan detenidamente que Amber se sintió como si la estuvieran haciendo un escáner y sus mejillas inmediatamente adquirieron un color rosado.

—Tienes razón amiga... ¡Sera la esposa perfecta para mí Caleb y una nuera

estupenda para mí! —Dijo Olivia Jordán dejando pasmada a Amber.

—¡Perdona qué! —Exclamó Amber con los ojos como dos platos abiertos y moviendo sus largas pestañas sorprendida.

—Cielo parece que te ha dado un tic, contrólate que pareces una loca. —Dijo Meredith riendo mientras Olivia la imitaba.

Amber respiró hondo, estaba claro que la señora que claramente era la madre de Caleb, pues sus ojos eran idénticos, había hecho simplemente una broma, aunque eso sí, lo había dicho con tanta convicción que Amber, por un momento sintió cómo se le erizaba el bello de la nuca y cómo se le aceleraba el ritmo del corazón.

—Oh perdón es que no entendí que bromeaba. —Dijo la pelirroja riéndose y añadió: —Soy Amber como ya sabrá, estoy encantada de conocerla.

—Soy Olivia Jordan, me puedes tutear Amber. Tu tía me ha hablado mucho de ti y estaba entusiasmada por conocerte. Lo anterior no era una broma querida. ¡Quiero que seas mi nuera! —Habló Olivia con voz serena.

Amber la miró con asombro, sin poderse creer lo que le estaba diciendo aquella mujer de una manera tan firme y sosegada como si estuviera hablando sobre algo nimio como, por ejemplo, el tiempo meteorológico. Era tan surrealista que pensó que tal vez soñaba.

—No puede estar hablando en serio. No me conoce y además a su hijo no le caigo nada bien. Ha perdido un millón y medio de pavos por mi culpa, según él. —Le contestó Amber y se sorprendió cuando las dos mujeres estallaron en carcajadas. —¿Pero de qué os reís? —Les preguntó flipando en colores.

—Ya sé lo del millón y medio, vino a casa tan furioso que parecía que volvía de la Tercera Guerra Mundial. —Le respondió Olivia riendo.

—¿No le importa que su hijo haya perdido tanto dinero por tener que recogerme? —Le preguntó Amber, confundida.

—¡Bah! Si para él eso no es nada... ¡Los Jordan somos asquerosamente ricos!

—¡Mira qué bien! —Respondió Amber divertida y añadió —Pero a su hijo sí que le importó y mucho. Le fastidié el día. —Dijo molesta la pelirroja, acordándose de la actitud del macizo.

—Mi hijo no te es indiferente ¿verdad? —Le preguntó Olivia sonrojándola hasta la raíz del pelo porque sí que era cierto que le había parecido el hombre más atractivo que alguna vez hubiera visto. Estaba más bueno que el pan con miel.

—A él tú tampoco le eres indiferente mi niña. —Dijo de repente Meredith, empezando a participar en la conversación.

—¿Qué quieres decir? —Le preguntó Amber frunciendo su pequeña nariz, confundida.

—Pues quiere decir que tú le atraes. —Explicó Olivia de tal forma como si Amber fuera tonta.

—Vamos a ver, el tío ni siquiera me ha mirado y cuando lo hacía era para poner los pelos de punta. Parecía que literalmente quería estrangularme. —Argumentó la pelirroja.

—¿Te acuerdas cuando le enviaste una fotografía a tu tía? —Le preguntó de repente Olivia.

—Claro. Le había enviado su cofre y a dentro puse la foto... —Dijo pensativa acordándose del día en el que se había puesto a limpiar el sótano. Mientras ponía en una bolsa todos los objetos antiguos de hacía siglos que eran para tirar, se encontró con un precioso cofre en color plateado y con dibujos geométricos en los laterales. Tenía una inscripción que decía: *"El futuro pertenece a aquellos que creen en la belleza de sus sueños. (M.M)"*

Debido a las iniciales supo enseguida que pertenecía a su tía que se había criado en la casa. Así que a la mañana siguiente lo envolvió en un bonito papel de regalo y colocó a dentro del paquete una foto antigua de ambas, preparando todo con precisión para enviárselo por correos.

—Ese mismo día fui a casa de Olivia para tomar el té. Por aquel tiempo yo trabajaba en un pequeño restaurante de la ciudad haciendo los postres y ese mismo día tenía día libre. Deseaba enseñar la foto a mi querida amiga porque era como si ya te conociera pues yo no paraba de hablar sobre ti. De hecho, creo que no hay ni un amigo mío al que no le haya contado sobre ti en Nueva York. Siempre que se me da la oportunidad alardeo de tu talento, diciendo por supuesto que todito lo has aprendido de mí. —Explicó Meredith hinchando el pecho, orgullosa y su sobrina no pudo evitar sonreír.

—Entiendo... Pero ¿qué tiene que ver eso con que penséis que yo no le pasé inadvertida a Caleb? —Preguntó Amber cada vez más desconcertada.

—Cuando terminamos nuestras infusiones nos dirigimos al invernadero. Mi marido me había traído una Dalia rosa desde la Península de Yucatán. Meredith no se dio cuenta de que se le había olvidado la fotografía sobre la mesita en el jardín y yo tampoco presté atención. Nos pasamos un largo rato en el invernadero hablando sobre mis últimas adquisiciones florales que había conseguido cuando finalmente nos despedimos. Cuando pasé por el jardín para

dirigirme al comedor, vi a mi hijo contemplando la foto embelesado. —Oh a Meredith se le olvidó, tendré que llamarla. —Dije yo y Caleb se dio la vuelta. Desde hacía mucho tiempo que no veía tanta alegría en sus ojos.

—Es una fotografía preciosa. Nunca había visto a una niña tan hermosa. — Me contestó haciéndome reír. Él no tenía ni idea de que la foto era antigua. Ese mismo mes de junio lanzó un anuncio en el que una niña pelirroja junto a su madre comía Pop Tarts de oreo. La niña tenía toda la cara manchada. El anuncio fue tan popular que las ventas se dispararon. Por eso no debes preocuparte si hoy ha perdido millón y medio porque en aquel entonces ganó el triple de dinero gracias a que se inspiró en tu foto.

—¡Vaya! —Exclamó sorprendida Amber que no se podía creer que un hombre como Caleb la había encontrado como la niña más hermosa en su fotografía más ridícula. Tenía casi toda la cara manchada de chocolate y crema. Meredith y ella se comían unas galletas riendo en la foto y las dos se habían manchado mientras habían cocinado las deliciosas cookies con chispas de chocolate.

—Él no me reconoció. —Les dijo ella triste sin saber exactamente por qué ya que no le conocía en absoluto, pero al verle había sentido todo su cuerpo tan vital y lleno de energía y su corazón había empezado a latir tan fuerte que había pensado que se le saldría por la boca. Era extraño porque nunca había sentido algo así.

—No, no te reconoció, pero créeme que definitivamente no le pasaste inadvertida. Le llamaste tanto la atención que no paró de hablar sobre ti en casa. No volvió a trabajar y eso es raro para mi hijo que es un maníaco del trabajo.

Amber reflexionó un rato hasta que una bombilla se encendió en su cabeza. ¡Esas brujas lo habían planeado todo!

—¡Dios mío! Por eso estoy aquí ¿verdad? Queréis emparejarnos. —Dijo atónita y las dos mujeres tuvieron la decencia de sonrojarse.

—¡Así es! Pero cuando le vi contemplando aquella foto inmediatamente se me ocurrió la idea. Meredith me apoyó y no estábamos equivocadas. Os habéis visto solo una vez y ya se ve que hay atracción, aunque mi hijo te haya parecido frío y un snob créeme que le has gustado mucho y por eso se ha comportado como un imbécil. Lo que más teme es enamorarse. —Le explicó Olivia, desesperada.

Aquello intrigó a Amber y preguntó curiosa. —¿Qué tenéis en mente? Nos hemos conocido hoy y no ha ido precisamente bien...

—Si haces lo que te decimos y no te rindes con el carácter tan insoportable que puede llegar a tener, le tendrás en el bote en dos meses.

Amber sonrió, no muy segura. —¿Enserio lo creéis? No creo ser de su tipo... —Dijo temerosa. No quería llevarse un fiasco y que la realidad la golpease. Caleb era tan guapo que cualquier mujer podría enamorarse locamente de él y ella era una mujer común sin nada que destacará.

—Suele cambiar de mujer como yo de zapatos —Dijo Olivia haciendo un gesto de desagrado —Además todas parecen modelos sacadas de revistas, aunque resultan siempre unas cualesquiera. Tú tienes algo especial. Lo he visto en sus ojos mientras despoticaba contra ti. —Le dijo Olivia y Meredith la apoyó.

—Es de esos hombres que casi están en extinción querida. Es trabajador, arrebatadoramente guapo y aunque no te lo parezca, tiene un enorme corazón, simplemente alguien debe enseñarle a confiar.

—Es cierto. Mi hijo no sabe lo que necesita. Va de relación en relación, pero ya es hora de que ponga los pies en el suelo y con una mujer que sepa ponerle en su lugar cuando la situación lo requiera. —Añadió Olivia guiñándole un ojo.

Amber se lo pensó detenidamente. Su tía tenía razón, hombres como Caleb casi no había y si tenía una oportunidad de cazar un marido como él no la desaprovecharía. Había ido allí con la idea de trabajar, pero en el fondo también se decía. —"Tal vez encontraré a mi media naranja" ¿Sería Caleb su otra mitad?

—¡Me apunto! —Dijo riendo y las dos mujeres sonrieron satisfechas.

—¡Vamos a celebrarlo! —Dijo su futura suegra que, desde ahora, Amber notaba que era mujer de armas tomar.

—Muy bien pero primero llamaré a mis padres ya que todavía no me he comunicado con ellos desde que aterricé.

—Perfecto querida. Pondré tres copas de vino blanco con un trocito del nuevo pastel que incorporaré en la tienda. —Respondió Meredith.

—"Mi primer día empieza a lo grande" —Se dijo Amber riendo.

Capítulo 4

Amber sentía que le iba a explotar la cabeza. Por un lado hablaba su tía y por otro Olivia.

—Vamos a ver... ¡Una por una! Que, si no, no me entero de nada. —Les dijo exasperada. Definitivamente las dos mujeres la iban a volver loca.

—Primero debemos cambiar tu aspecto. —Empezó a hablar Olivia, dejándola atónita.

—¿Qué le pasa a mi aspecto? —Preguntó ofendida.

—Eres una chica muy atractiva, cielo, pero cómo te digo... —Empezó a explicarle Meredith atropelladamente y fue interrumpida por su amiga.

—Eres como un diamante que necesita pulirse.

—¡Pulirme! —Repitió Amber cada vez más enfadada. Definitivamente su futura suegra le iba a dar muchos dolores de cabeza.

—Lo que Olivia quiere decir es que no te sacas partido. No es que vayas desarreglada, lo que sucede es que tu estilo es muy simple y Caleb se suele fijar en mujeres que son despampanantes. De ese tipo de féminas que entran en una sala y todas las miradas giran hacia ellas. —Le aclaró su tía.

Después de tal afirmación, Amber se sintió desmoralizada. Ella no era ese tipo de mujer llamativa que robará toda la atención de los hombres a su alrededor. Al contrario. Era muy tímida con poca experiencia en el amor, pues solo había tenido dos novios en su vida. Era muy sociable y extrovertida, pero con los hombres era una completa inútil, sobre todo con los atractivos y Caleb era el hombre más apuesto que alguna vez hubiera visto.

—Creo que debo gustarle por cómo soy realmente. Cambiar por un hombre me parece muy retrógrado y si yo me presentará de una manera que no tiene que ver nada con mi persona, sería como mentirle. Eso no es bueno para el comienzo de una relación.

Las dos mujeres se la quedaron viendo admiradas. Como si precisamente fueran esas palabras las que ellas esperaban oír. Amber se revolvió incómoda en su silla y tomó un sorbito de su vino blanco, nerviosa. No le gustaba sentirse tan observada y su tía y Olivia parecían dos Gestapo de la Unión Soviética. De hecho, en la tienda no necesitaban cámaras de vigilancia cuando estaba a dentro Olivia, quién veía absolutamente todo lo que sucedía, incluso había logrado ver por el rabillo del ojo a un niño que intentaba robar un

cupcake.

—Tienes toda la razón. Lo más importante en una relación es que la pareja se acepte mutuamente uno al otro. Nosotras no te decimos que cambies, Amber. Al contrario, opinamos que a Caleb le vas a gustar tal y como eres. Soy su madre, conozco bien a mi hijo y sé que se enamorará locamente de ti. Sin embargo, todas las personas, en lo primero en lo que nos fijamos al ver a una persona es en su aspecto físico. Es lo único que podemos calificar al no conocer otras cualidades y características de la persona. Lo que tú quieres es que él se fijé en ti. Llamar su atención es algo que ya has hecho, ya que no ha dejado de hablar de ti. Ahora toca hacer que piense constantemente en ti. Es por eso que debes vestir un poco más provocativa, pero, por supuesto siéndote fiel a ti misma siempre. —Argumentó Olivia y Amber tuvo que admitir que tenía razón.

Deseaba cazar a ese hombre, así que debía resaltar sus encantados lo suficiente como para que él la deseará, pero sin llegar a la vulgaridad, siendo sensual, pero a la vez elegante, demostrando su empoderamiento y fuerza femenina. Después le deslumbraría con su excepcional personalidad. ¡Sí señor! ¡Estaba decidida!

—Muy bien. ¿Qué me sugerís ponerme? —Preguntó a las dos, pero mirando hacía Olivia quien se notaba que poseía un estilo único. A su tía no le pasó inadvertido el gesto e hizo una mueca de ofendida, pero Amber no le prestó mucha atención.

—Mañana por la noche hay una fiesta de recaudación de fondos para un orfanato. Muchos empresarios grandes están invitados, entre ellos mi hijo. Los nuevos empresarios que acaban de abrir sus negocios en la ciudad, también están invitados. Es una perfecta forma de conseguir nuevos clientes, de paso hacer publicidad y ayudar. Una ecuación en la que todos ganan. Por lo tanto, Meredith está invitada ya que acaba de abrir la pastelería que se está volviendo popular con la velocidad de la luz. Tú acompañaras a tu tía y harás todo lo que te decimos al pie de la letra. Así daremos comienzo a la primera parte del plan "Cazar a Caleb" Ya te tengo preparado un vestido precioso de Chanel que hará que se le caiga la mandíbula a mi hijo. ¿Qué te parece? —Acabó de argumentar Olivia dejando boquiabierta a Amber.

—Me parece que das mucho miedo, Olivia. —Respondió Amber y provocó las carcajadas en las dos mujeres.

—Mi hijo dice lo mismo. ¡Mira cuántas cosas en común tenéis! —Exclamó la mujer divertida y Amber puso los ojos en blanco.

El vestido era realmente impresionante. Amber nunca antes había llevado algo tan elegante, refinado y a la vez sensual. La tela era delicada, sencillamente exquisita. Se miró en el espejo que había en la pequeña sala de descanso de la pastelería. El negro contrastaba bien con su piel pálida y su cabello cobalto. Su atuendo había sido complementado por unas sandalias plateadas de tacón alto y un clutch de fiesta en el mismo tono.

El maquillaje que se había hecho ella misma, esmerándose mucho. Era sencillo, pero con buen acabado y lo suficientemente llamativo. Sus oscuros ojos habían sido delineados con lápiz negro, centrando la atención en ellos y dándoles más profundidad. Sus largas pestañas eran la guinda del pastel porque le daban un aspecto de inalcanzable y misteriosa. "Como un regalo que todos quisieran abrir, pero pocos se atreverían y podrían ya que irradia un lujo que no cualquiera puede permitirse" —Le había dicho Olivia cuando había probado el vestido esta mañana.

Los labios los había pintado con un pintalabios color nude, que brillaba ligeramente. Definitivamente, aquel look era de su estilo. Tal vez debía improvisar más con la moda. Ni siquiera se imaginaba que poseía una cintura tan estrecha...

Hacia horas que todos los clientes se habían marchado, al igual que los empleados, aunque, tanto ella como su tía y Olivia no se habían dado cuenta al estar tan absortas en su conversación. Lo mismo había pasado la noche anterior cuando habían trazado el plan "*Cazar a Caleb*".

Al acabar la noche las tres vieron a la pastelería vacía. Encima, la mesa donde se habían sentado estaba lleno de restos de tarta y dos botellas de vino blanco, vacías. Aquellas dos se habían acabado el alcohol por completo. ¡Desde luego no conocía esa faceta de su tía! —Pensaba Amber curvando las comisuras de sus labios. Estaba un poco nerviosa. Dentro de poco vería a su futuro marido. Era algo gruñón, pero ella le pondría en su sitio. —Se dijo a sí misma, alisando con las manos los pliegues de su hermoso vestido. Salió de la salita y se encaminó hacia la tienda a través de un pasillo un poco estrecho pero muy coqueto. Su tía lo había decorado con dos macetas grandes y blancas con flores en color rosa cremoso. Caminó con torpeza por el suelo de gres mientras escuchaba cómo los preciosos pero incómodos tacones retumbaban contra la superficie.

—Señorita Amber, está guapísima. —Dijo uno de los empleados que según recordaba se llamaba Toni. El hombre la miraba comiéndosela con los ojos y Amber se sonrojó de inmediato. En ese momento abrió la puerta y vio a

su tía. Estaba preciosa con su vestido de color verde esmeralda combinado con sus zapatos de tacón alto granates y un bolso de fiesta negro con pequeñas piedrecitas incrustadas y en forma de abanico.

—Estás despampanante cielo. —La dijo Meredith observándola de arriba abajo.

—¡Mira quién lo dice! Vas a ser la reina de la fiesta. —Respondió Amber, admirando a su tía.

—Ese ricachón no tiene nada que hacer. ¡Le tienes en el bote! —Contestó su tía haciéndola reír.

—¡Qué exagerada! —Respondió Amber riendo.

—Déjame hacerte una foto, para enviarla a mi hermano y a tu madre. —Le pidió Meredith, emocionada.

—Claro. A mama le encantará verme así. Nunca he estado más guapa. —Contestó la pelirroja dando vueltas, contenta como una niña a la que acababan de comprar ropa bonita. —Su tía le dedicó una sonrisa cálida antes de sacar su móvil y hacer miles de fotos mientras su sobrina posaba como si fuera una súper modelo.

Amber jadeó de impresión cuando el coche de su tía se detuvo ante el edificio más majestuoso que alguna vez había visto. Era un rascacielos enorme de estilo Art Deco y en su cúpula había focos que brillaban con una luz rosa fucsia, dando un aspecto impactante a la quinta avenida.

—El Empire State Building, el rascacielos más grande del mundo del siglo veinte, ahora está en segundo lugar —Le informó su tía al verla contemplar todo, embelesada.

—Parece mágico. —Susurró Amber y su tía rio sarcásticamente antes de responder.

—Más de treinta personas se han suicidado en este mágico edificio, uno incluso, antes de que se llegara a construir por completo el rascacielos, cuando le despidieron del trabajo. —Amber la miró molesta y respondió.

—Tenías que arruinarme el momento. —Su tía se echó a reír a carcajadas.

—Eso no quita el hecho de que es el número uno en la lista de edificación favoritas de casi todos los estadounidenses.

—Me encantan los focos. —Le dijo Amber, divertida.

—Los colores se eligen en función de la temporada. Una vez fue iluminado en los colores de la bandera de Argentina, en honor a la independencia del país.

—Es una maravilla y por dentro debe ser aún más bonito.

—Vamos a comprobarlo. —Dijo su tía con una sonrisa y mirada emocionada.

Por dentro era muy bonito, aunque no tan impresionante como por el exterior. Amplias salas y pasillos largos era lo que contenía el interior del emblemático edificio, decorado con un estilo minimalista donde el mármol era el principal material que se podía apreciar en los suelos, dando un aspecto de lujo y elegancia que combinaba de una manera excelente con el color dorado de las paredes.

—¿En qué piso era? —Preguntó Amber cuando se subieron a uno de los ascensores.

—Es el piso número cincuenta. —Le respondió Meredith mientras metía su teléfono móvil en su cartera.

Amber asintió e intentó mostrarse tranquila, aunque empezaba a tener los nervios a flor de piel. —"¿Le gustaría su vestido a Caleb, tanto como a ella?" —Pensaba mientras se contemplaba en el espejo. Al oír el timbre del ascensor que anunciaba que habían llegado, el corazón le dio un vuelco y al abrirse las puertas y ver ante sus ojos, una sala amplia y rebotada de gente, casi se le va el alma.

Las personas allí reunidas, tenían pinta de estirados, gente con mucho dinero y rango. No pudo evitar sentirse fuera de lugar. Su tía apretó su brazo ligeramente y le susurró. —Tranquila, solo muéstrate natural.

—Es fácil decirlo. —Le respondió Amber. Aquellas personas iban en trajes y vestidos más caros que la casa de sus padres. No sabía si saludarles o agacharse en reverencia. Todo el ambiente la imponía.

A su lado pasaba un camarero con una bandeja de copas de champán. Amber cogió uno y se lo bebió de un trago, sedienta por los nervios. A lo lejos vieron un grupo de mujeres que reían despreocupadas, entre ellas se encontraba Olivia que, al verlas, las saludó con efusividad. Les presentó a sus amigas que no eran para nada creídas como Amber había pensado al principio. Después se acercó a la pelirroja y le susurró en la oreja. —Está en el balcón.

Amber sonrió contenta porque desde que había entrado le había buscado con la mirada. —Preséntamelo, tú. —Le pidió, pero su futura suegra negó con la cabeza.

—Mi hijo se alejará inmediatamente de ti. Odia cuando intento hacer de casamentera y no debe enterarse de nuestro plan. Debe parecer todo casual. — Se explicó la mujer que llevaba un vestido de color dorado, muy provocativo para su edad. —Ella asintió y de una forma discreta se alejó del grupo,

caminando dirección a la terraza.

Capítulo 5

El traje le sentaba como un guante. Amber tragó saliva al verle. Era un hombre realmente despampanante. Su espalda era ancha y aunque no se podía apreciar bien, Amber sabía que bajo la tela del traje se encontraría con un cuerpo que la haría temblar de deseo. Pasó su lengua por los labios. Sentía sus manos sudar, respiró hondo y caminó hacia él. Al parecer Caleb notó su presencia ya que se tensó, volteándose lentamente, para quedar con la vista clavada en el rostro de la pelirroja.

—¿Tú qué haces aquí? —Preguntó violentamente.

Amber tragó saliva, lo cierto es que, él imponía mucho. Su presencia era muy poderosa.

—He sido invitada. ¿Algún problema? —Le espetó ella, sin amedrentarse. No parecía en nada que estuviera atraído hacia ella, como le habían dicho su tía y Olivia... Tal vez era de las personas que no demostraba sus emociones, al fin y al cabo, era un empresario que se había ganado la reputación de ser el mejor, precisamente por parecer implacable.

—¿Quién te ha invitado? —La preguntó Caleb, entrecerrando los ojos.

—No es de tu incumbencia. —Respondió Amber y sus mejillas se tiñeron de un color rosado que le daba un aspecto muy jovial. Nunca se le había dado bien mentir y sus nervios estaban de lo más alterados. Olivia la había advertido que él no tenía que enterarse del plan.

Caleb le dirigió una mirada burlona antes de responder. —No me importa, pero es extraño ver a alguien como tú en un ambiente como este.

Amber se sintió de lo más ofendida y exhalada preguntó. —¿A qué te refieres con eso?

—Pues, que está claro que no perteneces a la misma clase social que las personas que están aquí. No tengo ni idea de dónde has sacado ese vestido, pero he visto cómo te vistes normalmente y es raro ver a una persona con ropa de mercadillo y después con un vestido de diseño. Si pretendes cazar a algún marido rico, siento decepcionarte, pero la mona se queda mona, aunque vista de seda.

Amber sintió una furia que recorrió cada célula de su cuerpo. —"¿Quién diablos se creía ese imbécil?" Sin controlar sus emociones en absoluto, no supo cómo, su puño se estampó contra la perfectamente simétrica cara de

Caleb.

El millonario se agarró la nariz que sangraba y rabioso dijo: —¡Maldita chiflada! ¡Me las vas a pagar!

Amber se quedó asombrada por su propia reacción y cuando salió de su estado catatónico. Sacó un pañuelo de su bolso y se dirigió hacia él, preocupada.

—Lo siento mucho, yo no sé qué me pasó. Perdí los estribos... —Empezó a disculparse atropelladamente mientras intentaba limpiar la nariz de Caleb, pero él se lo impedía, apartándose de ella como si huyera de la peste. Caleb la empujó con fuerza y rugió.

—No te me acerques, maldita loca. Te quiero lejos de mí, si me ves ni se te ocurra saludarme. ¿De dónde has salido? ¿De la selva?

Amber nunca se había sentido tan humillada. Se giró y corrió hacia adentro con los ojos escociendo, por las lágrimas que se habían acumulado allí. Aquella fiesta no había resultado para nada lo que ella se había esperado...

Meredith estaba hablando animadamente con sus amigas cuando advirtió a su sobrina. Frunció el ceño, parecía que Amber había llorado, pues sus preciosos ojos se habían hinchado y enrojecido.

—¡Amber! ¿Qué ha pasado? —La preguntó, acercándose hacia ella con expresión preocupada.

—Ese hombre no me quiere ver ni en pintura, tía. —Contestó la pelirroja, congestionada.

—Cálmate mi niña y cuéntame todo desde el principio. —Le pidió Meredith y Amber asintió. Sobrina y tía se apartaron de la muchedumbre y se fueron a una salita pequeña en la que no había nadie. Amber le contó todo con lujo de detalles a moco tendido. Al final la expresión de Meredith amedrentaba. Parecía una leona preparada para despedazar a alguien.

—Ese hombre es un imbécil. —Masculló Meredith, furiosa.

—No quiero participar más en este plan. Se ve claramente que no soy su tipo de mujer y nunca lo seré. Me gustaría irme a casa... —Contestó Amber con la voz bajita, suplicando con la mirada. Meredith la miró con ternura.

—Si te vas de esta hermosa fiesta, le habrás dado una satisfacción a ese energúmeno. No eres una mujer débil, nunca lo has sido. Deberías quedarte aquí y disfrutar de esta noche que es la primera que sales en Nueva York. Aquí hay gente muy interesante por conocer y no todos son así de estirados, ya verás...

Amber se lo pensó. Su tía tenía razón, intentaría pasárselo bien y olvidarse

de ese apestoso. Él podía ser todo lo guapo que quisiera, pero no tenía ni un poco de modales, era el típico empresario poderoso al que le gustaba aplastar a los demás y definitivamente eso no era una cualidad que a ella le gustará de un hombre. Aunque le alteraba el corazón y desde el primer segundo en el que le había visto, no deseaba acercársele nunca más.

Se levantó y con la cabeza erguida se dirigió otra vez a la fiesta. Su tía sonrió orgullosa. Tenía el carácter de su abuela.

—¿Dónde estabais? —Preguntó Olivia con los ojos abiertos como platos. Exigiendo una respuesta.

—Ven que te explico lo que ha hecho el asno que tienes por hijo. —Contestó Meredith Moore, apartando a su amiga a un lado.

Amber miró su alrededor, vio a Caleb junto a una mujer hermosa. Rubia y de cuerpo voluptuoso. Ella no era tan curvilínea, su cuerpo no era sensual para nada. Era totalmente normal que ese hombre no se hubiera fijado en ella. Era como comparar a Marilyn Monroe con Julianne Moore pero en versión joven. Se sintió ridícula por haber pensado, aunque solo por un segundo que le interesaría.

La pareja se reía mientras tomaban vino blanco y en los ojos de Caleb se podía ver claramente las intenciones que tenía con la rubia. Deseaba meterla en su cama. Amber sintió como se le encogía el corazón y no comprendía por qué. Al fin y al cabo, no le conocía, será que se había ilusionado por la idea de estar con un hombre tan imponente. Frunció el ceño al recordar la historia de su tía, de cómo él había contemplado su fotografía... ¡Su tía la había mentido! Estaba más claro que el agua que Olivia y ella habían deseado emparejarles y se habían inventado toda esa chorrada. Nueva York empezaba a agobiarla.

Dio un respingo cuando sintió la mano de alguien en su hombro. Se dio la vuelta con la mano en el pecho y vio ante sí a un hombre de entre treinta, treinta y cinco años. Era rubio, no tan alto como Caleb, pero sí tenía una figura y aun aura que embriagaban. Muchas de las féminas en la fiesta se lo comían con los ojos.

—Disculpa si te he asustado. Me llamo Eduard y no pude evitar fijarme en ti. Eres la dama más hermosa de la fiesta. —Amber sintió sus mejillas calentarse, probablemente estaba roja como un tomate. —¿Te gustaría acompañarme para tomar una copa? —Preguntó Eduard amablemente.

Ella asintió con una tímida sonrisa. Su tía le había dicho que en la fiesta había gente interesante y ese hombre parecía muy simpático así que,

encantada, aceptó tomarse una copa con él e intentar disfrutar del resto de la noche.

—Es nueva por aquí, ¿cierto? —Preguntó Eduard mientras le pasaba una copa de champán.

—Acabo de llegar. Mi tía me llamó para ser su ayudante en su nueva pastelería. —Respondió Amber con timidez ya que el hombre la miraba fijamente sin cortarse en absoluto.

—¿Cuál pastelería es? —Preguntó Eduard interesado.

—Es "Dulces tentaciones" —Dijo Amber, sonrojándose por cómo habían brillado sus ojos verdes. Sí, los tenía tan verdes como las hojas de los árboles en pleno verano y sin embargo no eran tan hermosos como los de Caleb. Amber se enfureció consigo misma por compararles. Tenía ante sí a un hombre apuesto y muy educado, debía dejar de pensar en ese arrogante y creído de mierda.

—Tú sí que eres una dulce tentación. —Respondió el hombre y ella quiso que se la tragara la tierra de la vergüenza que sintió.

Eduard sonrió de soslayo, dándose cuenta de que la joven no era muy experta en el arte de la seducción. La miró con ternura y habló.

—Lo siento no era mi intención avergonzarte ni hacerte sentir incómoda.

—No te preocupes. —Respondió ella con una tímida sonrisa que la hizo parecer entrañable. —Cuéntame más sobre ti Eduard. ¿A qué te dedicas?

—Soy el próximo dueño de Laduréé. —Respondió tan tranquilo, dejando a Amber boquiabierta.

Laduréé era una de las empresas de repostería francesa, más famosas en el mundo. Creadora nada más y nada menos que de los Marcarons. Ese debía ser el hijo de Pierre Fourneau, uno de empresarios más grandes a nivel mundial en la repostería. Amber no podía creerse que ante ella estaba el próximo heredero de un imperio de tal magnitud. ¡Y encima estaba interesado en ella! Todo eso era demasiado para su corazón acostumbrado a la vida apacible en Carolina del Sur.

—Lo lo siento... Me he quedado perpleja. —Le respondió ella, tartamudeando. Eduard sonrió y respondió.

—No te preocupes, estoy acostumbrado a ese tipo de reacciones. Por cierto, vuestra pequeña pastelería me encantó. —Eso sí que dejó atónita a Amber.

—¿Has estado en "Dulces Tentaciones"? —Preguntó sin salir de su asombro.

—Cuando vengo a Nueva York, me gusta pasear por calles transitadas por personas normales que tienen una vida muy diferente a la mía. Me encanta visitar los negocios pequeños porque me inspiran y además tengo buen ojo para predecir, cuál será el siguiente en tener un gran éxito. Te aseguro que el negocio de tu tía despegará con la velocidad de la luz. Es muy agradable, te hace sentir en un lugar hogareño y todo está riquísimo, se nota que se hace con amor y todo lo que se hace con ilusión y ganas, acaba siendo un gran éxito.

Amber se emocionó por la humildad tan insólita de aquel millonario. Definitivamente el concepto de que todos los ricos son gente mala, era erróneo.

—Muchas gracias por esas palabras tan alentadoras, Eduard. Ni en mis más remotos pensamientos, habría pensado que, viniendo a Nueva York, conocería a alguien tan importante como tú y que me digas que el negocio de mi tía va a prosperar, me hace muy feliz.

Los dos estaban tan sumergidos en la conversación que no se dieron cuenta de cómo Caleb venía y agarraba con brusquedad el brazo de Amber, haciéndola daño. Ella gimió por el dolor y él aflojó el agarre de su mano.

—¿Qué estás haciendo? —Preguntó furiosa, cuando levantó la vista y vio su rostro. Sus ojos grises echaban fuego.

—Tu tía se marchó y mi madre me dijo que debo llevarte a casa. —Contestó de una manera, como si tener que llevarla fuera la molestia más grande del mundo.

—¡Suelta a la dama! ¡Ya la llevo yo! —Dijo Eduard, acercándose a Amber y agarrándola del brazo libre. Amber se sentía como una muñeca de trapo a la que tiraban por las extremidades. Un sentimiento que acrecentó la ira que renacía en su interior con fuerza.

—¡La voy a llevar yo! ¡Apártate de mi camino Eduard, sino, no respondo! —Contestó Caleb con un tono de voz mordaz. Si su mirada pudiera aniquilar, Amber estaba segura de que, Eduard estaría ya, bajo tierra.

—¡Suéltame ahora! —Gritó ella y todos los invitados dirigieron sus miradas hacia ellos. Prestando una gran atención al espectáculo de la noche.

—Estamos en el siglo XXI y una mujer puede irse sola a su casa. Cogeré un taxi y asunto arreglado. No necesito que me acompañe nadie. Soy lo suficientemente grandecita como para irme a mi casa. —Les dijo enfadada, sorprendiendo a Eduard, que no había advertido el carácter fuerte de la chica. Sin embargo, Caleb no pareció impresionado para nada. Sin prestarla atención, la tiró hacia sí, liberándola del agarre de Eduard y arrastrándola

salió de la sala de fiesta, haciendo oído sordo a las protestas e insultos de la pelirroja.

—¡Suéltame imbécil! ¡Suéltame ya mismo o no respondo! —Gritaba Amber, desquiciada. Caleb la dejó sin cuidado sobre el asiento de copiloto del coche y frustrado la respondió.

—¡Cállate de una buena vez! ¡Eres más pesada que una vaca en brazos! —Amber jadeó de indignación.

—¿Me estás llamando gorda? —Le preguntó con voz chillona y Caleb la miró como si estuviera a punto de retorcer su cuello.

—No te he llamado gorda, simplemente eres súper pesada. ¡Maldita seas!

Amber no se lo podía creer. Encima que se la llevaba como si fuera un neandertal y ella le perteneciera, se comportaba como si la culpable fuera ella. Le fulminó con la mirada, antes de sisear entre dientes.

—Deja de cantarme los cuarenta y explícame por qué demonios estoy aquí. —Exigió, furiosa.

—Ya te lo dije. Tu tía se marchó y mi madre me encomendó la horrible tarea de llevarte a casa. ¿A caso eres lenta que no me comprendiste la primera vez? —Le espetó Caleb y ella deseó arrancarle esa cabeza tan bonita y darle una patada como si fuera un balón de fútbol.

—Me podía haber llevado Eduard. —Le contestó ella enfurruñada y él la miró de una manera que le puso los pelos de punta.

—Das asco... Persiguiendo a hombres ricos por allí como una perra en celo.

A Amber se le paró la respiración. En su vida nadie la había hablado de esa forma tan repugnante. ¡La odiaba! La odiaba sin siquiera conocerla... Nunca antes había sentido tantas emociones entremezcladas en su interior. Enfadada y decepcionada por el trato que recibía por parte de él, sin haber hecho nada por merecerlo, levantó la mano, con el ademán de pegarle otra vez, pero Caleb fue más rápido. Atrapó su pequeña muñeca en el aire y con fuerza la sujetó, trayéndola hacia sí.

—¿Qué estás haciendo? —Le preguntó gimiendo, sorprendida por la electricidad que recorrió su cuerpo al sentir sus firmes músculos tan cerca.

—Ibas a meterte en su cama, ¿cierto? —La preguntó él con una voz que provocaba escalofríos en Amber.

—¿De qué estás hablando? —Le preguntó sin comprender nada. Se perdía en esos ojos grises que la contemplaban con una mezcla de rabia y... ¿Deseo? No, eso era imposible.

—Al principio me echaste el ojo a mí, viniste con la intención de flirtar conmigo, sin embargo, al ver que yo no te hacía caso y que no me inmutabas, decidiste ir a por un pez más gordo.

—¡Estás loco! Enserio que los ricos estáis fatal de la chota. —Le dijo Amber con sorna, intentando soltarse de sus brazos. Al moverse, como el espacio en el coche era reducido y ella estaba sentada sobre sus rodillas. Sus cuerpos hicieron fricción y ella no pudo evitar gemir de gusto. Era un sentimiento delicioso.

Caleb sonrió de soslayo y levantó la cadera de manera que su sexo se restregaría totalmente por el centro de placer de ella. Amber jadeó sorprendida y se mordió el labio inferior. La mano de él, dejó libre su muñeca y bajó hasta su glúteo que amasó con fuerza. Amber sintió como el coche se transformaba en un ambiente hecho para el pecado.

—Eso no es buena idea... —Susurró, intentando razonar.

—A mí me parece que es una idea excelente. —Le contestó Caleb con la voz ronca para después atrapar sus labios como un tigre hambriento.

Amber no se había sentido tan viva, jamás. Con ansias le devolvió el beso y una danza erótica comenzó entre sus labios. La danza más primitiva, acompañada por la melodía de sus gemidos.

Cuando la experta mano de él bajó su vestido y acarició su pecho, Amber sintió que el mundo giraba a su alrededor. Caleb apretó su pezón entre sus dedos, sintiéndose victorioso al ver la avidez con la que respondió el cuerpo femenino. Después atrapó la firme carne de sus senos en su boca y chupo con fuerza hasta hacerla sollozar de placer.

—¿Te gusta? —La preguntaba él mientras levantaba el bajo de su vestido hasta enrollarlo en su pequeña cintura. Amber se sentía hechizada por la sensualidad que emanaba de Caleb.

Cuando los dedos de él rompieron la tela satinada de sus braguitas y acariciaron sus pliegues, ella creyó que se desmayaría por tanto placer. Solo se había acostado una vez con un hombre y no tenía nada que ver con lo que ahora la hacía sentir Caleb. Él metió dos dedos en su cálida cueva y ella se retorció, arqueando la espalda hacía atrás. Ni siquiera se había dado cuenta que había empezado a llorar por sentir la liberación.

—¡Levántate! —Ordenó él y ella lo hizo temblorosa, por la anticipación de lo que vendría a continuación. —Siéntate en el asiento y abre bien las piernas, preciosa... —Le dijo Caleb, comiéndosela con la mirada, que contemplaba con descaro cada detalle del cuerpo de Amber.

Ella obedeció con las mejillas sonrojadas por enseñarle de forma tan desvergonzada, algo tan íntimo. Caleb se quedó sin respiración al ver su vulva rosada y mojada.

—Estás tan hermosa... Tan preparada para mí. —Susurró y ella se excitó aún más por sus palabras.

Caleb se desnudó ante ella y Amber se deleitó viendo a ese cuerpo tan perfecto. Se notaba que claramente entrenaba mucho, pues sus músculos estaban marcados. Sus hombros eran aún más anchos de lo que se había imaginado... Cuando bajó la vista por su miembro, se quedó atónita. ¡Era demasiado grande!

—No muerde... —Le dijo él, divertido y ella se sonrojó hasta la raíz del pelo.

Caleb se acercó hasta ella y la miró fijamente cuando de una estocada entró dentro de su ser. Arrancando un grito ensordecedor de placer en Amber. —¿Te gusta, nena? —La preguntaba él, casi sin moverse, alargando el sufrimiento de los dos.

—Ya Caleb. Por favor. —Suplicó sollozando y él no la defraudó. Empezó a moverse, acelerando el ritmo y estimulando los pechos de ella, pellizcando sus pezones hasta que Amber gritó con fuerza y vio luces de color. Caleb no tardó en alcanzar el éxtasis al verla temblando entre sus brazos.

Con las respiraciones entrecortadas y el ritmo del corazón golpeando a cien por hora. Se abrazaron, descansando de la intensa actividad hasta que la razón llegó para disipar el sueño y la noche, acompañada de las estrellas, fue testigo de dos corazones rotos, palabras no dichas y sentimientos no demostrados.

Capítulo 6

Caleb arrancó el coche. Su semblante era de lo más serio y Amber no se atrevía a decir nada. Se sentía confundida y de lo más decepcionada. No esperaba encontrarse con un bloque de hielo, después de compartir algo, que, para ella, había sido especial.

—¿No piensas decir nada? —Le preguntó cuándo llevaban en carretera unos diez minutos y su decepción comenzaba a transformarse en rabia.

—Olvidémonos del asunto. Ha sido el momento y para mí no significó nada. —Le respondió Caleb, apretando con sus dedos el volante.

—Eres un miserable, un cabrón de mierda asqueroso. Escoria, adefesio, rata inmundada.

—¿Has acabado? —Le preguntó él con un tono neutral que la enfureció aún más.

Sin pensar con lógica debido a los nervios que se la estaban carcomiendo por dentro. Abrió la puerta de copiloto, mientras el coche iba a sesenta kilómetros por hora.

—¡Amber quieta! —Gritó Caleb, intentando frenar el carro y a su vez agarrarla del brazo.

Cuando el coche se deslizó por la carretera a Amber casi se le sale el corazón al sentir que prácticamente volaba del vehículo.

Caleb no supo cómo estabilizó el coche, salió disparado en cuánto frenó y corrió hacia Amber que estaba en el suelo, sujetándose el lado derecho de las costillas y gritando de dolor.

—Hermosa, tranquila. Ahora mismo llamaré a la ambulancia. —Empezó a decir Caleb con desesperación, mientras acariciaba sus cabellos. Con los dedos temblorosos, marcó el número y se explicó atropelladamente. —¡Por favor! ¡Dense prisa! Mi chica está muy mal.

—Me duele. —Gimoteó Amber sollozando y el rostro de él empalideció como la cera.

—Ahora llegaran, mi preciosa. —Decía Caleb, nervioso. Sentía un miedo que paralizaba todo su cuerpo.

Amber sentía sus parpados cada vez más pesados y lo último que vio fue el rostro de Caleb, lleno de preocupación e impotencia.



Todavía no había noticias del estado de Amber. Caleb se sentía muy miserable. No podía comprender los sentimientos que le asechaban. Desde que la había visto por primera vez, se había sentido atraído por ella. ¡Un hecho que demostraba que se había vuelto loco! Ella no tenía nada que ver con las mujeres que él solía frecuentar y, sin embargo, desde el momento en el que la vio con aquellas maletas, el cabello desarreglado y ese rostro de muñequita, no podía sacársela de la cabeza. Incluso se le había aparecido en sueños, disfrazada de una ninfa del bosque que deseaba darle placer. ¡Se había comportado como un auténtico idiota, desde que la conocía!

Meredith estaba sentada junto a su madre y de vez en cuando le fulminaba con esos ojos oscuros como la noche, parecidos a los de su sobrina, pero mucho más sabios, se notaba que habían visto lo suficiente como para tener buen conocimiento de la vida. Era normal que le despreciara la mujer. Él mismo se estaba mortificando en ese momento y la culpabilidad que sentía le estaba comiendo las entrañas.

Olivia se acercó con el semblante serio. —Hijo, ve a descansar un rato. Llevas ocho horas aquí. Te prometo que en cuanto despierte te llamaré.

—No, mamá. Quiero estar aquí.

—Ha sido un accidente... —Susurró su madre, intentando tranquilizarle.

—¿Lo mismo opina tu amiga? —Le preguntó Caleb con los labios apretados.

Olivia se sonrojó y contestó. —Está más que claro que esa mujer te gusta. De hecho, es posible que te hayas enamorado de ella.

—¡Eso es imposible! ¡No la conozco! —Le respondió él, con el rostro compungido.

—El amor a primera vista no es improbable, hijo. Pero, me temo que ya no se puede hacer nada.

—¿Qué quieres decir con eso? ¡Ella se pondrá bien!

—Por supuesto que se va a recuperar. Es muy dura de pelar. —Le respondió Olivia para después añadir. —Yo me refiero a que nunca más volverá a dirigirte la palabra. Probablemente deseará volver a su casa. Nueva York, definitivamente no la ha sentado bien.

La mujer se marchó del lado de su hijo, al cual dejó pálido como un fantasma. El disgusto se podía notar en cada rasgo del rostro de Caleb Jordan.



—¡Estáis locas! ¡Sobre todo tú, Olivia! —Les gritó Amber, cuando oyó el plan de aquellos dos pares de marujas, chifladas.

—No veas, lo preocupado que está. —Contestó Meredith, sonriendo de oreja a oreja.

—Mira, estoy pensando seriamente en llamar a un psiquiatra y que te encierren, Olivia. —La mujer jadeó al oírla, de una manera de lo más exagerada.

—¡Es tu hijo! ¿No te das cuenta que le estás dañando? —Les preguntó Amber y Olivia tuvo la decencia de sonrojarse.

—¡Se lo merece! Mira que hacerle el amor a mi sobrina y decir después que ha sido un error. Este asno, será tu esposo y punto. ¡Lo habéis hecho, no hay vuelta atrás!

—¡Ni que hubiera sido virgen! ¿En qué siglo vivís vosotras dos? —Les gritó la pelirroja, poniendo los ojos en blanco. —¿A quién se le ocurre decir que estoy en un estado crítico cuando solo tengo una costilla rota? —Les preguntó sin salir de su asombro.

—Pues, a nosotras. —Le contestaron las dos mujeres al unísono.

Amber deseaba darse cabezazos contra la pared. Esas dos eran más maquiavélicas que las de la serie Mujeres Desesperadas.

Aunque Caleb la había hecho daño hiriendo su orgullo. No le gustaba jugársela así. Le habían mentido que su estado de salud estaba bastante grave y Amber opinaba que con algo así, no se debía jugar. Llevaba cuatro días, fingiendo estar dormida, cuando él entraba a su habitación y se sentaba para contemplarla. Ella podía sentir su mirada. Le oía suspirar de vez en cuando y el alma se le caía a los pies de pena. No se merecía eso, por muy monstruo que fuera.

Al principio, pensaba que se comportaba así porque se sentía culpable, pero ahora dudaba. Acariciaba su rostro con tanta ternura que el corazón se le encogía. Ese hombre debía tener algún tipo de sentimiento hacia ella. Ese pensamiento, cada vez se reafirmaba más.

Lo más gracioso de todo es que en el hospital, todos los médicos estaban al tanto de la historia y disimulaban. Amber se preguntaba, cuánto dinero les habría pagado Olivia. Sonrió al acordarse de su estafalaria futura suegra. Siempre venía de visita con un enorme sombrero blanco que combinaba con su traje de chaqueta. Cuando pisaba el lugar, todos sabían que venía ella, pues el olor a Gabrielle Chanel inundaba todo a su alrededor. Estaba claro que era una fan incondicional de la famosa diseñadora, pues, le había pedido que le

trajera algo para leer y le había traído el libro de Coco Chanel. Además, su forma de vestir era idéntica, pero con un toque más llamativo y no tan sobrio.

Estaba contenta porque hoy mismo, el teatro se acababa. Supuestamente, saldría de su estado tan grave y tendría una recuperación milagrosa.

—¿No creéis que sospechará de que este sana como una manzana, tan rápidamente? —Había preguntado a Olivia y a Meredith.

—¡Bah! ¡Qué va! Estaba tan preocupado que ni siquiera reflexionará sobre eso. Se pondrá a agradecer a Dios de rodillas. —Le había respondido su tía.

—Sois unas arpías. —Había contestado, Amber.

—Hija, no somos malas. Pero, a veces, para que un hombre entienda que está loco por una mujer, hay que darle algunos empujoncitos. —Le dijo Olivia y Amber se dio por vencida.

Ahora se encontraba sola en la habitación, ojeando el libro de esa famosa mujer que había tenido tanto impacto en la historia de las mujeres. Cuando de repente la puerta se abrió y allí estaba Caleb con un ramo de decenas de rosas rojas.

Sintió un calor en el pecho, pero intentó mostrarse más neutral. Se fijó en su aspecto. Se notaba que llevaba sin dormir mucho tiempo. Tenía ojeras y, sin embargo, sus ojos seguían quitando el aliento.

—Hola, preciosa. Me alegro tanto que hayas despertado. —Le dijo él, mientras le pasaba las preciosas flores que inundaron la estancia con su olor.

—Gracias. Son preciosas. —Respondió ella y se removió incómoda.

—De nada. —Contestó él, con un pesar en su tono de voz, que le derritió el corazón.

—No te sientas culpable... —Susurró ella, mirándole fijamente a los ojos.

—¿Cómo no me voy a sentir como una basura, si lo soy? Me gustaste desde la primera vez que te vi, cargando torpemente con tus maletas, pero fui un idiota que no supo admitirlo, ni siquiera a mí mismo.

Amber se había quedado atónita. No podía creer lo que estaba oyendo. Eso significaba, que no habían sido imaginaciones suyas. Él realmente tenía sentimientos hacía su persona.

—A mí me gustaste también, desde la primera vez que te vi. —Le respondió Amber con timidez.

Caleb enrojeció. Ambos parecían dos pre-adolescentes que se estaban declarando.

—Lo pude apreciar, preciosa. Pero, opinaba de otra manera sobre ti y por

eso fui tan gilipollas.

—¿Era por lo desarreglada que iba? —Preguntó ella, sin poder contenerse.

—Estás preciosa con cualquier cosa que te pongas. Tal vez, eso fue lo que más me ponía de los nervios. Cuándo te vi con aquel vestido... ¡Eras tan hermosa que sentí que debía poseerte! Nunca me había pasado y no supe digerirlo.

A Amber se le tiñeron las mejillas de color rosado. Se sintió bella y muy sensual, no solamente por sus palabras, sino por su forma de mirarla. Se la estaba comiendo con esos ojos grises que la embrujabas. Y eso que estaba despeinada y siquiera se había lavado el rostro. Casi se le para el corazón, cuando con pasos lentos, Caleb empezó a acercarse hacia ella.

Los labios de Amber estaban entreabiertos. Deseaba saborear su boca, estaba sedienta por sentir sus húmedos besos.

Cuando Caleb ya estaba cerca y su respiración acariciaba el rostro de la pelirroja. La respiración de los dos se aceleró.

—He sido un insensible y cabrón contigo. Quiero remediarlo y si besarte, te parece un paso demasiado rápido. Seré capaz de detenerme. Dime, preciosa. ¿Quieres que lo haga?

—Quiero que te calles y que me beses.

Mientras la besaba con una lentitud premeditada, mordió ligeramente su labio inferior. Amber gimió de necesidad. —Me encanta la forma en la que tu cuerpo me responde. —Dijo él, con la voz ronca, poniéndole el vello de punta.

La mano experta de Caleb descendió por su cuello, hasta detenerse en su pecho, que acarició a través de la fina tela de la bata de hospital, que ella llevaba puesta. Cuando apretó su pezón entre su dedo índice y el pulgar, ella gritó del placer que recorrió su cuerpo.

—¿Están muy sensibles, mis hermosas niñas? —Preguntó Caleb con voz aterciopelada, provocando cosquillas en la parte más sensible de Amber. Sonriendo de soslayo, él abrió la bata, dejando al descubierto sus firmes y ya estimulados pechos. Acunó la tersa carne, acariciándolo de forma posesiva y dijo. —Me encanta que tus pezones sean rosados... —Amber gimió en respuesta y él la contempló, divertido mientras atrapaba aquel capullo de flor en la boca y lo chupaba con desesperación.

—Caleb... —Gimió ella, retorciéndose sobre la cama.

La mano de él empezó a bajar por su abdomen, enviando descargas

eléctricas por todo el ser femenino. Cuando acarició su triángulo de venus, Amber creyó que su respiración se había parado. —Estás húmeda... —Dijo él con los ojos oscurecidos como la noche.

—¿Quieres que te folle, Amber? —Preguntó, volviéndola totalmente loca. Ella tenía vergüenza de responder aquella pregunta tan directa y descarada. —¿Quieres que te la meta dentro de este coñito tan estrecho y delicioso? —La volvió a preguntar mientras metía un dedo dentro de su cavidad y le arrancaba un grito de placer.

—Ah, Caleb... Por favor... —Suplicó cuando ya sentía que su vientre se contraía. Sin esperárselo recibió un suave azote, justo en su clítoris, que provocó un orgasmo que la dejó casi inconsciente.

Caleb abrazó su cuerpo que temblaba descontroladamente y besó con ternura su mejilla.

—Eres tan hermosa cuando te corres, nena. —Murmuró, acostándose junto a ella.

Capítulo 7

—La semana que viene tenemos una boda y la novia es de lo más quisquillosa, quiere una tarta que sea impresionante. Esas fueron sus palabras, literalmente. —Le decía Meredith, mientras Olivia sonreía maliciosa.

Caleb y Amber se miraban de vez en cuando, parecían dos niños que había hecho una trastada y guardaban el secreto. Un secreto que todos los médicos e enfermeros conocían, pues los gritos de la pelirroja, probablemente se habían oído en toda la ciudad.

—Nena, tú no vas a trabajar. Debes descansar y cuando estés totalmente recuperada podrás volver a hacer esas tartas tan ricas que hacéis en Dulces Tentaciones. —Olivia y Meredith sonrieron divertidas y Amber se sintió más feliz que una perdiz. ¡Se preocupaba por ella y la cuidaba mucho! Al final aquellos dos pares de brujas acabarían teniendo razón...

—Está malita la pobre para trabajar. Aunque según mi médico Steven, está mañana ha sido de lo más activa. —Dijo Olivia y los dos jóvenes se pusieron rojos hasta la raíz del pelo.

—Bueno... Yo voy a sacar el coche porque aparqué un poco lejos... Así cuando Amber salga, subirá directamente. —Dijo Caleb, cambiando de tema y salió de dentro de la estancia como si el viento se lo llevaría.

—Eres una bruja. —Siseó Amber y las dos mujeres estallaron en risas.

Finalmente, Amber también se les unió. Desde luego que pensaba vengarse, su suegra necesitaba parar un poco los pies, pero era la mujer más divertida que alguna vez había conocido. A excepción de su tía, que estaba como una cabra también.



—Este lugar es hermoso. —Susurró Amber, admirando el lujoso restaurante que Caleb había alquilado para esa noche, únicamente para ellos dos. La oscuridad los abrazaba y la luna iluminaba la terraza del local, dándole un aspecto romántico que envolvía a la joven pareja.

Las luces de la ciudad, conspiraban también para que el lugar pareciera mágico. Rosas frescas que olían delicioso, una vela, dos copas de vino tinto y platos exquisitos, adornaban la mesa. Amber se sentía en la gloria. Nunca se

habría imaginado que un hombre como Caleb haría algo así para ella. Desde luego, sabía cómo tratar a una mujer.

—Tú eres lo más hermoso que hay en este lugar. —Le contestó él y sus mejillas se tiñeron inmediatamente.

—Me encanta cuando te sonrojas. —Le dijo él, divertido. —Me preguntó sí solamente adquieres ese precioso color en el rostro... —Añadió y ella sintió que su temperatura subía.

—Caleb, no hables así... —Susurró, avergonzada.

Él la miró con ternura y acarició su rostro. Su tacto era tan suave y dulce que Amber sintió como su corazón daba un vuelco. Se estaba enamorando de él, hasta las trancas y eso la daba un poco de miedo. Eran de dos mundos diferentes. Caleb era un hombre que podía tener a cualquier mujer, mucho más atractiva y refinada que ella. No quería salir herida porque cada vez le costaba más, imaginarse su vida sin él.

—Quiero ir poco a poco, nena. Pero, contemplándote con ese vestido pegado a tu cuerpo, me apetece dejar la cena e irnos a mi casa. No te dejaré dormir en toda la noche, preciosa. Te haré mía una y otra vez.

Amber quería que se la tragara la tierra. No estaba acostumbrada a que un hombre le hablará así y él lo hacía de forma tan sexy, viéndola como si fuera el pastel más dulce del mundo, que ya sentía su entrepierna humedecerse.

—Deberías dejar de mirarme así, nena.

—¿Cómo? —Preguntó con la voz enronquecida.

—Como si quisieras que te suba sobre la mesa y te abra las piernas.

Amber apretó las piernas. Aquello no iba lento en absoluto. Decidió cambiar de tema.

—Háblame de tu trabajo. ¿Qué es a lo que te dedicas concretamente? Me parece muy curioso saber las actividades que hace un jefe de una marca de postre tan famosa.

La pregunta sorprendió mucho a Caleb. Cada vez su opinión de que Amber era distinta a las mujeres que conocía, se reforzaba. La mayoría ni siquiera se interesaba por su trabajo, una parte muy importante de su vida. Solo deseaban meterse en su cama con el propósito de convertirse algún día en la señora Jordan y tener acceso a toda su fortuna.

A pesar de que Amber era mucho más pobre de todas ellas, parecía que su dinero no la importaba en absoluto.

—Mi trabajo es muy multifacético. Debo entender de publicidad, marketing, incluso de diferentes tipos de sabores. Tengo que dirigir un equipo

de más de doscientas personas en físico y de manera virtual a miles de distribuidores y empresarios fusionados con Pop Tarts. A diario contacto con personas de diferentes áreas porque dirigir una empresa de esa magnitud, requiere tener que relacionarse tanto con publicistas, programadores, mentores, chefs profesionales etc.

Amber le miraba fascinada. Ahora le admiraba mucho más, pues se daba cuenta que nada le había sido regalado. Detrás de toda su fortuna había mucho pero que mucho trabajo.

—Me parece realmente impresionante que sepas sacar tiempo libre y que seas capaz de organizarte tan bien. Eres digno de una medalla.

Caleb hinchó el pecho de orgullo. Sabía, que hacía un gran trabajo, pero oírlo de Amber, no solamente había elevado su autoestima masculina, sino que sentía un calor en el pecho al pensar que ella le admiraba.

—¿Y tú? Sé que haces repostería desde niña. ¿Cómo comenzó todo?

—Mi tía me lo inculcó. Lo mejores días de mi vida pasaron con ella, juntas en la cocina, manchando todo y haciendo todo tipo de dulces de diferentes estilos. Algunos nos los inventábamos. Es algo que siempre me ha relajado. Un trabajo en el que se requiera imaginación y para mi viene a ser como arte.

—Yo opino que es algo vocacional y que requiere de talento. Y si eres la mitad de buena que tu tía, triunfarás, seguro.

Amber se sintió feliz porque le interesará su profesión y la apoyará. Una gran esperanza en su pecho se instaló. Por un momento se imaginó con un vestido de novia y siendo su esposa. ¡Pero qué estaba pensando! Este hombre la volvía loca.

—¿Qué te parece si cenamos y vamos a mi casa y a que tú prepares el postre? Me encantaría probar algo hecho por ti.

—¿Solo cocinaremos y comeremos el postre? —Preguntó Amber con una de sus cejas finas, levantada. Caleb sonrió de lado.

—Disfrutaremos de ese rico postre y veremos tus artes de pastelera. Después, tú misma me pedirás que te haga el amor, nena. —Le contestó él y ella le respondió enfurruñada.

—¡Qué creído te lo tienes!

Caleb se echó a reír y su risa le robó el aliento. Deseaba oír ese sonido, toda la vida.

Amber se estaba partiendo de risa, cuando Caleb intentaba abrir la puerta de su loft. Durante toda la cena la había contado divertidas anécdotas de

cuando era niño. Amber casi se cae de la silla cuando oyó que con ocho años había salido sin permiso con la tarjeta de crédito de su padre para comprar una bolsa de caramelos.

Cuando entraron a dentro, ella casi se queda sin respiración. Era muy hermoso, pero demasiado frío. No parecía un hogar sino un museo. De estilo nórdico, predominaba el color blanco y gris. Casi no había muebles y los que estaban, parecían tan costosos que daba miedo sentarse sobre ellos.

—¿Te gusta? —La preguntó él.

—¿La verdad?

—Claro.

—Me parece una estancia muy impersonal. Como si no concuerda con tu personalidad. No me gusta.

Caleb se quedó agradablemente sorprendido. Si hubiera sido alguna otra, le habría dicho cosas dulzonas, lo agradable que es, lo buen gusto que tiene...

—No suelo pasar mucho tiempo aquí. Generalmente estoy en la casa familiar.

—¿Aquí traes a tus amantes? —Le preguntó ella, empezando a enfurecerse.

—Sí, pero tú eres diferente Amber. Si te he traído aquí, es porque nos pillaba más cerca.

—Nos ponemos a cocinar ya... —Dijo ella, intentando cambiar de tema. Le molestaba enormemente imaginarse a Caleb con otras mujeres. Él no respondió nada. Le mostró el camino para la cocina y allí Amber sí que se quedó maravillada. Era espaciosa y con los últimos modelos de aparatos de cocina.

—La tengo bien equipada, pero, no suelo cocinar. No tengo tiempo. —La dijo él. —¿Ponemos música? —Preguntó divertido y ella asintió.

Encendieron el portátil de Caleb y al cabo de un segundo sonó de fondo John Mayer.

—Es una de mis favoritas. —Habló Amber, mientras sacaba todos los utensilios que necesitaría y los colocaba sobre la encimera de mármol. Caleb sacó los ingredientes y pronto la isla de la cocina se llenó de harina, huevos, azúcar, vainilla, chocolate...

—¿Qué va a preparar mi talentosa pastelera? —La preguntó él, mientras sonreía y sacaba dos copas para llenarlas de vino. —¿Rojo o blanco?

—Vamos a improvisar. Es así como salen los mejores postres. Y, prefiero vino blanco, gracias.

Amber cogió la harina e invirtió la mitad en un bol de acero inoxidable. Después rompió dos huevos a dentro, leche de almendras y dos cucharas de canela. Empezó a remover la mezcla con un batidor, totalmente concentrada. Caleb la contemplaba hechizado, nunca había visto una imagen tan sensual. Se acercó por su espalda y la abrazó. Amber rio y divertida le reprendió.

—¡No seas crío!

Caleb se sentía de una manera inexplicable a su lado. Solía tener dos personalidades. El de empresario serio y el de fiestero mujeriego. Con Amber era como si fuera de nuevo adolescente. Felicidad era lo que experimentaba al lado de la pelirroja. Se tornaba en alguien mucho más divertido y menos arrogante. Un rasgo que había tenido que adquirir para poder convertirse en uno de los empresarios más prestigiosos del país.

Cogió un puñado de harina y se lo tiro en el rostro de Amber que jadeó entre indignada y divertida, por esa reacción.

—Eso sí que es de críos. —Dijo la pelirroja y le devolvió el golpe, cogiendo un huevo y rompiéndolo en su cabeza.

—¡Preciosa has hecho algo muy malo! —Le dijo él, mientras cogía la caja de leche con una mirada maliciosa. —Amber chilló cuando sintió el líquido en la cara.

De repente el rato para hacer pastel se había convertido en una guerra de comida que estaba ganando Caleb. Los dos estaban manchados de chocolate, harina, huevos, leche... Ni siquiera se dieron cuenta de que la puerta principal de loft se abría.

—¡Pero, ¡qué es esto! —Se oyó un grito aterrador. La pareja, paró y se dio lentamente la vuelta, para ver en el marco de la puerta, apoyada a la asistenta de Caleb.

—Señorito Caleb. No se acuerda usted que estos días me quedo en el loft ya que están reformando mi piso. Le pedí permiso y me lo concedió. Además, mañana por la mañana me toca hacer una limpieza general.

—Señora Carmen. Discúlpeme se me ha olvidado por completo.

—Pero, ¿qué limpieza general? Si esta todo resplandeciente. —Dijo Amber, impactada.

—Ahora, señorita, no lo está, pero para nada. —Le replicó la mujer, mirando a su alrededor impactada. Amber y Caleb se sonrojaron agachando la cabeza como dos niños a punto de ser castigados.

—No se preocupe señora Carmen. Lo vamos a recoger todo. —Contestó Caleb como un chico bueno y Amber casi se echa a reír al ver esa cara de

corderito.

—Espero poder dormir esta noche y no tener que ir a un hotel. Esta pelirroja parece de lo más escandalosa en la cama —Contestó la mujer, poniéndoles rojos como tomates.

—¡Oiga! ¡No soy escandalosa! —Respondió Amber, enfurruñada.

—Sí que lo eres, nena. —Susurró Caleb y ella le fulminó con la mirada.

—Además, no nos vamos a acostar esta noche. —Añadió ella y la mujer la miró divertida, antes de echarse a reír crispando los nervios de Amber.

—¡Pero, ¡cómo no os vais a acostar, si salen chispas solo cuando estáis cerca del uno al otro! Esta juventud de hoy en día... —Decía Carmen mientras se encaminaba hacia una de las habitaciones, sin darle tiempo a Amber a que le respondiera.

Cuando se quedaron a solas en la enorme cocina y el silencio dominaba el ambiente, estallaron en risas. Procuraban no hacer ruido, pero la situación era tan surrealista que no lograban contener sus estruendosas risas. Finalmente, con los ojos llenos de lágrimas, se contemplaron fijamente a los ojos, antes de echarse sobre uno al otro. La pareja se fundió en un beso tan fogoso que podía incendiar todo el lujoso loft. Sus cuerpos eran como un fuego intenso que necesitaba ser apagado.

—Tengo una idea... —Dijo Caleb contra sus carnosos labios, con una sonrisa maliciosa.

—¿Qué? —Preguntó Amber con la voz entrecortada

—Quiero probar tu cuerpo, pero montado con nata y chocolate. —Contestó él, quitándole el aliento.

—Pero tu asistenta dijo que no hagamos ruido. —Le respondió ella en un susurro. Amber se sentía nerviosa y a su vez deseoso de comprobar si la idea de Caleb era tan buena como sonaba.

—Lo entenderá... Ella misma dijo que saltaban lo de las chispas y eso... —Le respondió él y Amber estalló en una carcajada.

—¡Desnúdate! —Le ordenó él con la voz ronca y ella con las piernas temblando empezó a desvestirse lentamente. Caleb la observaba con una intensidad que la hacía sentirse hermosa. La mujer más deseada del mundo.

Cuando quedó vestida, únicamente con su propia piel, él se acercó y la levantó para llevarla al comedor y dejarla sobre la superficie de la enorme mesa que estaba allí.

—Espera aquí, preciosa. Ahora vuelvo. —Le dijo Caleb y fue otra vez a la cocina.

Amber sentía su corazón latir con fuerza. Aquello era de lo más emocionante. Su cuerpo pedía a gritos ser atendido por Caleb, estaba tan caliente y él ni siquiera la había besado todavía.

Caleb volvió. No llevaba nada puesto y Amber sintió que todo su cuerpo se alteraba mientras contemplaba su desnudez. Nunca había conocido a ningún hombre que la pudiera provocar semejantes sensaciones.

Caleb llevaba en una mano nata y en la otra un bol con nutella y fresas. Amber tragó saliva cuando se acercó a su cuerpo y dejó los productos al lado izquierdo de ella. Le plantó un suave beso en los labios y mirándola fijamente a los ojos, cogió una fresa y la untó en el cremoso chocolate. Acercó la deliciosa fruta a los labios femeninos, que estaban ligeramente entreabiertos. Bajó por su delicado cuello hasta llegar a sus erectos pezones que untó con la nutella suavemente, arrancando un suspiro de la pelirroja. Cuando sus senos estaban embarrados, Caleb acercó su lengua y lamió sus pechos con avidez. Amber gimió arqueando la espalda. Era un delicioso tormento sentir su boca en sus senos, chupando y lamiendo con tanta hambre.

Caleb cogió la nata con la que comenzó a decorar el cuerpo de Amber, como si fuera un pastel. En su ombligo dibujó un corazón, hecho que emocionó a Amber.

Cuando sintió su lengua en cada centímetro de su piel, comiéndose la nata, pensó que no deseaba estar sin ese placer nunca.

Solo había quedado un rincón del cuerpo femenino sin haber sido tocado. Caleb lamía la nata y el chocolate de su cuerpo lentamente a propósito. Para prolongar su tormento y llevarla hasta sus límites.

Cogió otra fresa del bol y la untó en la nata acumulada en su centro de placer. Amber al sentir el tacto de la fruta en el clítoris, sintió que su cuerpo se estremecía de arriba abajo. Caleb mordió la fresa, divertido y bajó hasta ese sitio tan sensible, empezando a chupar y mordisquearlo hasta que ella vio las estrellas. Sin darle tregua, entró dentro de su ser y empezó a moverse lentamente, volviendo a excitarla. La besó como si la necesitará, como si fuera parte de su ser y lo más importante para él. Amber se sentía muy feliz.

Caleb empezó a acelerar el ritmo cada vez más hasta que los dos estallaron como dos supernovas.

Capítulo 8

Después de dos meses:

—Debes presentarnos a este novio tan apuesto que te has echado en Nueva York. Tu tía no para de hablar sobre él. —Le decía su madre por el teléfono.

Amber riendo respondió. —Por supuesto. En cuanto Caleb se tomé sus vacaciones pensamos visitaros y después iremos a España por una semana. Un viaje que llevamos planeando desde hace mucho.

—¡España! Es un país precioso, hija. Os va a encantar. Tu padre y yo pasamos nuestra luna de miel allí. En un sitio que era auténtico paraíso. Cómo se llamaba... Cielo, ¿dónde pasamos la luna de miel? —Oyó Amber que su madre preguntaba a su padre que probablemente veía algún documental a esa hora. —Oh, sí claro. San Sebastián. ¡Qué belleza era! Dile a mi futuro yerno que te lleve allí. Es muy romántico, comida deliciosa y personas muy agradables. —Le aconsejó su madre y ella contestó. —Se lo diré, mama. Ahora debo colgar porque vamos a ir a una cena de negocios. Es la primera vez que me presentará a sus empleados y amigos. —Dijo, emocionada.

—Ponte muy guapa, aunque tú lo eres incluso si te pusieras una bolsa de basura, de esas grandes en color negro de plástico. —Dijo su madre y Amber puso los ojos en blanco.

—No, mama. Me pondré un vestido de firma que me regaló Caleb. Es de una diseñadora francesa cuyo nombre no podríamos pronunciar ninguna de las dos. —Madre e hija se echaron a reír.

—¿De qué color es? —Preguntó su madre, entusiasmada y Amber pensó en lo mucho que la echaba de menos.

—Dorado y es corto, aunque no mucho. Como siempre dices, el vestido debe ser sensual, pero nunca vulgar. —Contestó Amber.

—Me siento muy feliz por ti, mi niña. Espero que te lo pases muy bien y envíame fotos de ese vestido tan impresionante. —Pidió su madre y ella respondió.

—Por supuesto. Un beso, mañana hablamos por Skype.

Cuando se quedó a solas en su habitación. Miró el reloj. Faltaban dos horas todavía para que Caleb la recogiera. Amber decidió ponerse el vestido que la había enamorado. Se miró en el espejo y sonrió.

Su vida había dado un giro muy inesperado y se sentía muy dichosa. Caleb

era maravilloso y se notaba que la amaba, aunque no se lo había dicho con esas palabras. Se lo demostraba siempre que podía con acciones. Hecho que demostraba que él es un hombre que va de frente y es seguro de sí mismo. Un hombre con letras mayúsculas que la hacía sentirse hermosa y sensual. Amber comprendió en ese instante que le amaba con locura como nunca antes había querido a alguien y que quería compartir con Caleb todas sus alegrías y tristezas.



Presentía que pronto la pediría matrimonio y ella estaba ansiosa por decirle que deseaba ser su mujer tanto en la prosperidad como en la desgracia.

El chófer les abrió la puerta de la limosna. Amber viajaba por primera vez en un coche tan lujoso y espectacular. Cada vez se acostumbraba más al estilo de vida de Caleb. Ya no se sentía tan fuera de lugar. De hecho, disfrutó junto a Caleb de una buena copa de champán, dom pérignon rose gold antes de salir.

El restaurante ante el que estaban, de color rosado, muy coqueto. Le encantó a Amber. Esperaba que la comida fuera igual de rica a como aparentaba. Muchos sitios a los que le había llevado su novio, eran de categoría y supuesta calidad. Pero, al probar la comida se veía que en realidad todo era apariencia. Lo que de verdad importaba no era a la altura. Precisamente la comida.

Entraron a dentro y su interior era aún más impresionante. —¡Ya sé cómo voy a decorar mi futura casa! —Dijo Amber y Caleb la miró horrorizado.

—Ni se te ocurra decorar nuestra casa toda de rosa. —Respondió, poniendo cara de espanto. Amber rio con ganas y su corazón se calentó. Él daba por hecho que vivirían juntos. ¡Eso era fantástico!

Se dirigieron hacia una mesa grande en la que había sentados a su alrededor unas veinte personas. Caleb saludó con un gesto con la cabeza y Amber le imitó. Se dio cuenta que una mujer rubia la estaba mirando de una manera muy fea. Parecía que deseaba estrangularla. A Amber le pareció conocida. Se fijó un largo rato en la mujer, intentando recordar de dónde la conocía...

Se sentaron en la mesa, la mujer rubia quedaba justo en frente de ellos dos. Caleb entabló una conversación con un hombre y Amber siquiera se dio cuenta, de cuando su novio quería presentarla a su mejor amigo.

—Cielo... —Le dijo Caleb, divertido. Tocando su hombro y llamando su atención.

—¿Qué pasa? —Preguntó Amber, sin apartar la vista de esa mujer que cada vez le caía peor, aunque ni siquiera se habían dirigido una palabra.

—Debes bajar de la luna, cielo. Te quería presentar a mi mejor amigo. —Le respondió él y ella apartó la vista de la rubia, para dirigirla hacia el hombre que su novio le mostraba.

—Hola, discúlpeme. —Dijo Amber con torpeza. El amigo la miró divertido y respondió.

—No pasa nada. Ahora entiendo por qué mi amigo ha podido ser cazado. Por semejante belleza es totalmente comprensible bajar la guardia. —Amber se sonrojó de gusto y Caleb la abrazó por la cintura con una sonrisa. A la pelirroja no le pasó inadvertido el gesto posesivo, apenas perceptible.

—Gracias por ese cumplido. Mi nombre es Amber Moore y creo que el que ha robado mi corazón es tu amigo y no al revés. —Le respondió ella y su novio hinchó el pecho con orgullo.

—Mi nombre es Bob Douglas. Es un placer conocerte por fin. Caleb no para de hablar sobre ti. Lo peor de todo es que has robado a mi amigo y ahora casi no tiene tiempo para echar un partido de fútbol conmigo. Me lo debes de dejar demasiado cansado.

Amber le contempló, divertida. Ese Bob era tal y como le había descrito Caleb. Un chiflado. Aunque, se podía apreciar que era buena persona y que apreciaba mucho a su amigo.

—Podemos negociar. Eso sí... ¡Los fines de semana es mío! —Contestó Amber, provocando la risa en los hombres.

La pelirroja se fijó en los dos. Parecían hermanos, por la complicidad que se apreciaba entre ellos. Bob era un hombre guapo, para nada su estilo, ya que era muy rubio y pálido. Pero, su cuerpo era bien tonificado y sus ojos de un color miel hermoso. Amber pensó que habría sido perfecto para alguna de sus amigas, si hubieran sido solteras.

Les estaban sirviendo unos platos de costillas de cordero asadas con patatas, cuando Amber se percató de que la mujer rubia la observaba de una manera burlona. Se fijó en su plato, pescado a la plancha y un poco de ensalada. Por un segundo se sintió como si fuera una glotona, pero luego se dio cuenta que era una tontería. Era más menuda que esa pava y siempre había sido de tener mucho apetito. Esa mujer empezaba a desquiciarla.

—Caleb, cariño... ¿No me presentas a tu novia? —Se oyó la melosa y

molesta voz de la mujer. Amber entrecerró los ojos. Había llamado a su hombre "cariño".

Caleb se tensó, pero recuperó la postura con rapidez. Estaba más que claro que allí pasaba algo. Pensaba Amber, molesta.

—Mi nombre es Amber Moore, encantada. —Respondió la pelirroja con una sonrisa, intentando ser educada. La mujer le caía mal, pero no la conocía y tal vez su imaginación se la estaba jugando.

Lindsay Welinton. El gusto es mío. —Le contestó la tía, con una sonrisa de hiena. El instinto de Amber la estaba advirtiéndole que debía andarse con pies de plomo con aquella mujer, que en ese momento irguió la espalda de modo que sus grandes pechos quedaran a la vista, casi sin dejar nada a la imaginación debido al vestido tan pegado a su cuerpo y de lo más escotado.

—¡Qué calladito te lo tenías jefe! —Dijo Lindsay comiéndose con la mirada a Caleb, que entrecerró sus ojos, demostrando que empezaba a enfadarse.

—¡No tengo por qué darles explicaciones a mis empleados! —Respondió con frialdad y la rubia se puso roja de la rabia que no podía disimular. La respuesta no le había gustado un pelo.

En ese momento Amber se acordó de dónde le sonaba la mujer. La había visto en la fiesta que se había organizado en el Empire State Building. En aquel momento también iba vestida de forma tan provocativa. Amber estaba indignada. ¡Sí hasta se le veían los pezones! Ya que la muy zorra no llevaba sujetador y la tela era finita.

—Los dos sabemos que yo no soy una simple empleada para ti. —Dijo la rubia haciendo un mohín con los labios y Amber sintió las terribles ganas de cogerla de los pelos y desinflarle esas tetas que tenía.

—¡Oye guapa, para el carro! ¿A qué te refieres con eso? —Le preguntó Amber elevando el tono y fulminándola con sus ojos oscuros.

—¡Nena, tranquilízate! —Le advirtió Caleb con la voz autoritaria. Amber le miró sorprendida. Era increíble que se esperara que ella se dejará humillar de esa forma.

—¿Esperas que me quedé callada cuando esa zorra malparida está insinuando ante todos que os acostáis? —Le preguntó fuera de sí. Levantándose de su silla.

—¡Siéntate en tu sitio! No montes el numerito que quiero disfrutar, al igual que todos en esta mesa, de la cena tan rica que nos han servido. —Le dijo Caleb, tan furioso que le recordó a la primera vez en la que se habían

conocido.

Amber no le hizo caso, se levantó y antes de que él pudiera impedirlo, salió de la estancia llevándosela los demonios.

Caleb gritaba tras ella, pero Amber si quiera le oía. Le había hecho mucho daño y lo peor de todo es que opinaba que había dramatizado el asunto. Caminó con rapidez hacía la parada de taxis que, gracias a Dios, no quedaba muy lejos del restaurante. Los tacones la estaban matando, así que se los quitó y caminó por el asfalto descalza. Definitivamente por muy bonitos que fueran, ese tipo de zapatos no eran para ella.

Siguió caminando, furiosa, lo más rápido que podía y no se dio cuenta que por detrás alguien la alcanzaba y cuando sintió el tacto de una mano que agarró con fuerza su brazo, chilló del miedo. Inmediatamente se le pasaron por la mente todas esas series policiacas en las que las chicas salían de noche y acababan en una especie de sótano y después el psicópata las hacía sufrir horrores.

Con el bolso que tenía en la mano, golpeó la cabeza de la persona y se oyó un quejido.

—Hermosa, tienes muy buen golpe... —Oyó la voz de Caleb y se dio la vuelta como un resorte.

Tenía una mueca de dolor en la cara y se tocaba la frente con la mano. En otro momento, su expresión le habría dado gracia, pero se preocupó al apreciar que se le formaba un chichón. Se acordó que en su bolso llevaba un perfume de Coco Chanel. El frasco estaba hecho de un cristal de mucha calidad. Seguro que le dolía horrores. Se acercó a Caleb y acarició su frente con cuidado. —Lo siento, cielo. —Murmuró preocupada al ver que se le cerraban los ojos. ¡Por dios! ¡Seguro que le había dejado tonto!

—¡Maldita Coco Chanel! —Gritó Amber, empezando a ponerse de lo más nerviosa. Cuando vio a Caleb caerse al suelo, gritó desquiciada. Se agachó y empezó a acariciar su rostro con ternura mientras empezaba a sollozar. —Despierta mi amor, por favor... —Suplicaba. Con las manos temblorosas, estaba a punto de llamar a urgencias, cuando sintió las manos de Caleb, tirándola hacía sí y atrapando sus labios en un beso fogoso. Amber intentó apartarse, furiosa porque aquel idiota le había dado el susto de su vida. Pero el abrazo de él era inquebrantable y su beso empezaba a romper las barreras que había impuesto Amber.

Cuando al fin la dejó respirar, ella le gritó iracunda.

—¡Eres un imbécil! ¿Cómo te atreves a asustarme así? Maldi... —No

logró acabar su frase porque él la hizo callar con otro beso y ella finalmente se dejó llevar por las sensaciones que le provocaba con su lengua. Gimió cuando Caleb se apartó y le miró dolida.

—Lo siento, preciosa. Puedes golpearme mil veces más con esas piedras que al parecer llevas en el bolso, pero, por favor perdóname.

—Es la última vez que lo haré Caleb. Equivócate otra vez y se acabó. — Le contestó ella en un susurro.

—No quise dañarte, pero a dentro había inversionistas, empresarios muy importantes, preciosa. Por eso no quería armar un circo. Por cierto, he despedido a Lindsay.

Amber se lamentó por su reacción. Le había arruinado otra vez una junta. Ese hombre debía amarla con locura. Estaba segura que esa noche, Caleb intentaría llegar a un acuerdo con esas personas tan importantes. Quién demonios iría a pedir perdón a la persona que le había hecho perder dinero... ¡Por segunda vez! ¡La amaba!

Con una alegría inmensa, le besó, demostrando lo mucho que le quería.

Sintieron unas gotas de agua en sus mejillas y miraron hacia el cielo. La lluvia había sellado aquel beso lleno de promesas. Sonrieron mientras las gotas de la lluvia empezaban a caer con más fuerza, empapándoles.

Caleb la levantó en brazos y así se encaminaron hacia la limusina que los esperaba cerca. El chofer les contemplaba emocionado.



—Estás empapada y descalza. ¡Te vas a resfriar! —Le echó la bronca Caleb, mientras abría la puerta de su loft con la pierna, ya que sujetaba a Amber en brazos.

—No destroces el momento romántico, ¿quieres? —Le respondió ella con la nariz enrojecida. Tiritaba en sus brazos. Caleb se quitó los zapatos que estaban en el mismo estado que la ropa de Amber. Dejó a la pelirroja sobre el sofá de cuero en color champán y fue hasta el baño, puso el agua caliente para que se llenara la hermosa bañera y se encaminó otra vez hacia la sala de estar, donde Amber le esperaba.

—Vamos a desnudarte, preciosa. No quiero que te resfríes y ya tienes la nariz roja como un pequeño payaso.

—¡Oye! —Le reprendió ella, tocándose la nariz y haciendo una mueca. ¡Perfecto! Ahora su pelo combinaba con su nariz...

Caleb se acercó y le dio la vuelta, de forma que su espalda quedará frente a su vista. Bajó la cremallera de su vestido y la dejó en ropa interior. Inmediatamente sintió cómo se endurecía su amigo. Sujetador y braguitas de encaje en color lila... ¡Esa mujer quería provocarle un infarto o algo!

Cuando le quitó el sujetador, sus pechos saltaron hacia arriba, cortándole la respiración. Tenso, quitó sus braguitas por sus piernas, casi sin respirar. Amber le contemplaba entre enternecida y a su vez divertida. Caleb la levantó otra vez en brazos y ella sonrió porque se sintió como una princesa.

Entraron al baño que era igual de hermoso que el resto del loft. La enorme bañera exenta en color dorado, desde la que salía ligero humo, mostrando que el agua estaba caliente, era lo primero que le había llamado la atención a Amber. Cuando Caleb la metió a dentro, gimió de gusto. Era tan reconfortante que sus huesos se relajaron de inmediato. Caleb sonrió y se acercó a un armario de color blanco que estaba en el espacioso baño. Sacó algunas velas y las prendió ante la atenta mirada de Amber. Después salió y volvió con una copa llena de fresas, sorprendiéndola.

—¿Qué estás haciendo? —Le preguntó ella, frunciendo su entrecejo.

—Estoy creando ambiente. —La respondió él tan tranquilo, pero con una mirada que indicaba que deseaba acción.

—Acabamos de reconciliarnos. Casi te rompo la cabeza y en lo que justo ahora piensas es en, ¿sexo?

Es que ver esos pechos me provocó hambre, preciosa. —Respondió él con la voz ronca, poniéndole el vello de punta.

—Esta bañera no es lo suficientemente grande. —Contestó Amber, susurrando.

—Lo comprobaremos... Dijo Caleb mirándola de una manera que ella sintió una descarga eléctrica que la traspasó.

Apagó las luces para que la única iluminación fueran las velas. Cogió un gel de ducha con esencia de chocolate y lo vertió en el agua de la bañera que se llenó de burbujitas. Inmediatamente el olor se percibió en la estancia. Amber cerró los ojos de gusto y cuando los volvió a abrir, casi se le sale el corazón al ver a Caleb desnudo. Se lo comió con la mirada y se quedó anonadada cuando vio su erección.

—¡Está excitado por ti, preciosa! —Le dijo él, empezando a volverla loca.

Caleb se metió dentro de la bañera, dejando la copa de fresas sobre la repisa, cerca de su lado, para poder coger de la fruta cuando le apeteciera.

Lo cierto es que habían perfectamente. Sus cuerpos pegados, el calor del agua, las velas y el chocolate que era un afrodisiaco, habían provocado que sus cuerpos se incendiaran de deseo.

Cogió una fresa y acarició con ella los labios de Amber. Ella mordió sensualmente, sin dejar de mirarle fijamente a los ojos.

Después Caleb apartó la fruta y cogió una esponja natural, sobre la cual echó del delicioso gel. Inmediatamente la esponja se llenó de espuma. Caleb empezó a frotar el cuello de Amber lentamente, mientras ella suspiraba de placer...

La respiración agitada de Amber, acrecentaba aún más el placer de Caleb que sentía su miembro a punto de explotar por las ganas que tenía de liberarse, aunque, el deseo de llevar hasta el límite a la pelirroja era aún más fuerte, así que apretando los dientes y con las primeras gotas de sudor que perlaban su frente, su mano bajó hacía abajo.

Amber gimió cuando sintió la esponja acariciando sus pechos que se habían endurecido por la anticipación de lo que Caleb les iba a hacer.

—¿Te gusta cómo te baño, preciosa? —La preguntó con esa voz que la volvía loca.

Amber pensaba que ese tío definitivamente la quería trastornar. "¿Qué si le gusta?" "¿Qué clase de pregunta era aquella!" Le encantaba tanto que dudaba si sería capaz de vivir sin sentir eso.

—Si... Caleb... —Gimió, excitando a su pareja que sonrió de lado.

La mano de Caleb abandonó sus pechos que estaban tan sensibles que hasta dolían ligeramente. Su cuerpo anhelaba ser liberado como la lava de un volcán.

Cuando la esponja llegó hasta su sonrosado sexo, ella gimió como poseída. Caleb dejó la esponja y comenzó a pellizcar su clítoris con los dedos, llenando el baño de la dulce melodía de los gemidos de Amber.

—¿Me ha echado de menos tu dulce coñito? —La preguntó él y ella se sonrojó entera, haciéndole reír. Todavía no se acostumbraba al lenguaje vulgar de Caleb, aunque eso sí, la excitaba a más no poder.

Decidió ser, igual de atrevida y le respondió entre jadeos. —Desea tenerte ya a dentro. —La mirada de Caleb brilló, la levantó bruscamente y la hizo sentar sobre su sexo erecto, entrando en su ser de una estocada. Amber chilló y Caleb la agarró de los glúteos, empezando a moverse lentamente y llevándola hacía un mundo lleno de placer.

—¡Más! —Gritó ella y él sonrió. Aceleró el ritmo, moviéndose con fuerza

y velocidad. El agua de la bañera salía a chorros, mojando todo el suelo, mientras en la estancia solo se oían sus gemidos de placer y suspiros. Con una última estocada y un azote en el trasero, que sorprendió a Amber, Caleb la llevó hasta el éxtasis, liberándose junto a ella.

Abrazados uno con el otro, no deseaban separarse. En aquel momento sus corazones se habían hecho un uno.

Los rayos del sol que se filtraban a través de las persianas despertaron a Amber. Se sintió muy arropada cuando vio la forma en la que Caleb la había abrazado por la cintura. Se dio la vuelta cuidadosamente, para no despertarle y contempló su rostro. Era tan guapo cuando dormía que quitaba el hipo. Pestañas gruesas y labios finos, pero bien perfilados. Roncaba ligeramente y Amber rio divertida, procurando no hacer ruido. Parecía tan relajado que era difícil imaginárselo como un tiburón de los negocios. Acarició su mejilla y su cuadrada barbilla que le fascinaba cada día más.

Perezosa logró levantarse, miró en el armario, pues ya tenía alguna que otra ropa que se había traído al loft de Caleb. Se puso por encima un camisón de seda en color verde y salió sigilosa de la habitación. Cuando llegó a la cocina y olió el aroma a café recién hecho, gimió de gusto.

—Buenos días. —Saludó con una sonrisa a Carmen que estaba rompiendo un par de huevos sobre una sartén.

—Buenos días. Supongo tienes mucha hambre, el señorito te ha dejado hecha un cromo. —Respondió la asistente, haciéndola jadear para después sonrojarse.

—Pues ya que lo dices, apenas he logrado dormir tres horas. Tiene demasiada energía. Al final tuve que suplicarle que nos durmiéramos. —Le respondió Amber, haciendo reír a la mujer a carcajadas.

—Mi George era igual, hasta hace dos años que fue cuando murió. Un ataque al corazón. —Dijo la mujer apenada y Amber la miró triste.

—Lo siento mucho, Carmen.

Carmen le dedicó una sonrisa triste y respondió. —No te preocupes niña. Era un hombre con tanta energía que nunca paraba, finalmente las emociones tan fuertes para su edad, lograron acabar con su vida. Era un aventurero nato. El mismo día le supliqué como loca que no se tirará con un paracaídas, pero él decía que para qué vivir si no se probaban cosas nuevas...

—Totalmente opuesto a ti, que eres una persona tranquila. —Le contestó Amber mirándola con ternura.

—Así es, pero nos completábamos bien. Amores así casi no existen y tú y

el señorito os amáis de esa forma. No permitas que nada ni nadie os separe.

—¿Por qué lo dices? —Preguntó Amber, frunciendo el ceño.

—Porque la envidia puede ser muy mala, niña... —Respondió Carmen para después añadir.

—Ha llegado una carta para el señorito. Tal vez es del trabajo, iré a ponerla sobre la mesilla de noche para que cuando despierte la lea.

Amber asintió, aunque le pareció extraño. Estaba segura que no era del trabajo porque Caleb tenía su móvil y su portátil para eso. La gente ya no escribía cartas, era mucho más rápido y efectivo utilizar el mail. Indagando sobre ello, la llegó el olor a huevos quemados y se apresuró a apagar el fuego, olvidándose del asunto.

Capítulo 9

Se encontraban en Macy's ya que Amber deseaba renovar su armario. El estilo aburrido que tenía antes, no pegaba con esta ciudad y su ambiente. Además, se sentía diferente. Siempre había opinado que la ropa es una forma de expresión, por tanto, era muy posible que antes, al vivir en un sitio tan monótono, se sintiera y vistiera de la misma manera.

Ya tenía ropa para ocasiones especiales. El vestido que le había regalado Olivia y otros tres de firma que le había comprado su novio, que en ese momento miraba unas corbatas con ojo crítico.

Amber se encontraba en la sección de ropa casual. Eligió un par de vaqueros de talle alto que pensaba combinar con crop tops para poder crearse unos looks elegantes y a su vez juveniles para el día a día.

Se fijó en su novio, llevaba unos días comportándose de forma extraña. Como siempre, era un auténtico caballero con ella, pero, Amber notaba cierto distanciamiento y no podía encontrar una respuesta para tal cosa.

—"Tal vez está muy cansado, la empresa no le deja respirar ni un segundo"
—Pensó Amber, haciendo una mueca. Decidió que después de comprar se iría a alguna tienda donde vendieran ropa inferior, hermosa. A Caleb le encantaba la de seda. Amber sonrió. —"Sí, definitivamente eso le iba a relajar" Se compraría unas tanguitas con el suje a juego en rojo satinado. Lo combinaría con un par de medias de medio muslo en color negro y listo. Le sorprendería muy agradablemente, esperándole en el loft cuando él volviera del trabajo. Amber sonrió, contenta y con resolución.

Cuando salieron de la enorme tienda, se encaminaron hacia una pequeña cafetería/restaurante para comer. Amber estaba cargando las bolsas, intentando animar a Caleb que tenía cara de estar asqueado.

—Siento si he tardado mucho, mi amor. —Le dijo, sintiéndose culpable por estar probándose mil cosas sin tener en cuenta el horario de su novio.

—¡No pasa nada! —Le respondió él de forma fría. Amber intentó no hacer caso a su malhumor, procurando sonreír y acercarse a él. Se sentaron a fuera, al sol, mirando a la gente que pasaba por la calle. Pidieron un par de hamburguesas con patatas y coca colas.

—¿Qué tal va el trabajo? —Preguntó Amber, intentando entablar una conversación.

—Bien... —Respondió Caleb, ignorándola y mirando algo en el menú, aunque ya habían pedido.

La comida discurrió sin mucha conversación. El comportamiento de Caleb incomodaba a Amber que no sabía de qué forma acercarse y preguntarle lo que estaba sucediendo. Cuando oyó el timbre de su teléfono, dio las gracias porque alguien interrumpiera aquel silencio y tensión que se podía cortar con un cuchillo.

—¿Si? —Contestó Amber.

—Niña, debes venir a la pastelería, hay un hombre que dice que te conoce y al parecer, desea fusionar nuestra empresa a la suya. No me dice de qué empresa es, pero se ve que es alguien muy rico e importante. Dice que hablará solo si te ve a ti, aquí. —Le explicó su tía, emocionada.

Amber frunció la nariz. No sabía quién podía ser esa persona. ¡Si casi no conocía a nadie en Nueva York!

—Me ha llamado mi tía. Debo ir a la pastelería. —Informó a Caleb.

—¡Adiós! —Respondió él, como si su presencia fuera una molestia. Amber se sintió dolida, llevaba días sin despedirse como Dios mandaba. Con un beso. Dejando su hamburguesa y patatas, casi sin tocar. Se marchó de allí, entre enfadada y decepcionada. Ni siquiera le había ofrecido su chófer y ella debía pedir un taxi. No comprendía a su novio y esa incertidumbre empezaba a cabrearla.

Abrió la puerta enfurruñada. Su tía que estaba atendiendo a un padre y a su hijo pequeño, frunció el ceño al verla. Le hizo un gesto discreto con los ojos, para que cambiará la cara de vinagre que traía. Ella comprendió que la persona que quería fusionar el negocio se encontraba a dentro, así que puso su mejor cara. Mirando a su alrededor. Abrió los ojos de par en par al ver en la mesa final de la derecha a Eduard Fourneau. ¡No podía creérselo!

Se acercó a él con una enorme sonrisa en el rostro y se saludaron con un abrazo efusivo. Ni siquiera se había acordado de Eduard y tener a un magnate tan grande en la pequeña pastelería de su tía, era un auténtico sueño. Solo por haber pisado allí el próximo dueño de Lauduréé, su negocio iba a rebosar de gente.

Eduard la besó en la mejilla y dijo. —Estás aún más preciosa de lo que recordaba. Amber se sonrojó de gusto. Se sentaron en esa misma mesa en la que Eduard ya estaba.

—Te esperaba a ti para empezar a probar todos esos postres ricos que hay en el menú. —La dijo él con una sonrisa arrebatadora.

—Me ha dicho mi tía que deseas hacer una colaboración. ¿Por qué con un negocio a escala tan pequeña siendo tu un empresario de un imperio? —Le preguntó Amber, intrigada.

—Me encantan los negocios pequeños porque son los que han guardado en sí los valores tradicionales. Son las empresas más cercanas y familiares a la gente, una colaboración puede ser beneficiosa para Lauduréé. —Le respondió Eduard y prosiguió.

—Por eso, aunque sé de antemano que Meredith es una repostera excepcional, necesito probar sus recetas para asegurarme que los intereses y gustos de Lauduréé y de Dulces Tentaciones serán iguales. Hecho que permitirá una buena fusión entre los dos negocios.

—Me parece lógico. —Respondió Amber, pensando que su tía saltaría de la alegría. No se podía creer la suerte que tenían.

—¡Empezamos, entonces! Te recomiendo comenzar con nuestra tarta de queso. Es la que más aplausos recibe. —Le comentó Amber y Eduard sonrió asintiendo.

Los empleados de dulces tentaciones acercaron otras mesas que pegaron al del empresario y comenzaron a traer diferentes postres que colocaron ante Eduard, que se frotó las manos ilusionado.

Cuando probó el primer bocado, todos los empleados, Meredith y Amber, esperaron ver su reacción, expectantes y cuando cerró sus ojos emitiendo un gemido de placer, todos aplaudieron. El mismo proceso siguió con el resto de postres. Desde diferentes tipos de tartas hasta bombones de varios tipos de chocolates o galletas en forma de corazón.

Todos estaban muy contentos y orgullosos con su trabajo, porque todo le gustaba al empresario. No había dicho ninguna crítica mala, todo eran palabras que expresaban que nunca había probado nada semejante. A Amber no le extrañó porque trabajaban con amor y eso se podía notar por el sabor de sus dulces.

Finalmente, mareado con tanto azúcar. Eduard dijo.

—¡Lauduréé y Dulces Tentaciones ya son un equipo!

Todos aplaudieron y Meredith abrazó a su sobrina con lágrimas en los ojos. Su sueño se había cumplido. Ahora, su pastelería sería la guinda de Nueva York. Amber estaba feliz por su tía, deseaba compartir esa buena noticia con Caleb. Le buscó por el teléfono, pero no respondió. Entrecerró los ojos, pero decidió intentar disfrutar de ese momento, que era un éxito total.

Celebraron con música y Meredith invitó a todos los clientes un cup cake

de la casa. El ambiente había sido de lo más divertido y festivo. Personas con sonrisas grandes, disfrutando de los ricos postres y hablando animadamente. Los niños bailando con sus padres o jugando entre sí. Un recuerdo hermoso que tía y sobrina siempre conservarían.

Amber no supo cómo, pero el tiempo se había pasado volando. Eran las once de la noche cuándo decidió irse. Por supuesto, Eduard se ofreció a llevarla porque era muy oscuro y no pensaba permitir que se fuera en taxi. Esa noche se quedaba en el loft de Caleb y ya le echaba de menos, después de pasar tantas horas sin su enfurruñado novio. Su tía estaba de acuerdo en que no se fuera sola, así que por no preocuparla se marchó con Eduard.

Subieron a un descapotable hermoso en color rojo. Un coche que Amber siempre había soñado tener de pequeña.

Estaba disfrutando del viento que removía su cabello y de la noche estrellada que la abrazaba de forma reconfortante. Sintiendo el fresco aire en la piel de su nuca, cuando Eduard dijo.

—¿Vas donde el gilipollas de aquella noche en la que nos conocimos?

Amber se tensó por la forma en la que se lo había preguntado.

—No es como aparenta ser. En realidad, es una persona con un corazón muy grande y ha logrado conquistarme completamente. —La respuesta pareció no agradaarle a Eduard que respondió.

—Sigo pensando que eres mucha mujer para él. Al venir a la pastelería sabía perfectamente que Meredith es tu tía. No necesitaba que vinieras para nada, pero, deseaba verte. Me gustaste desde el primer momento que te vi y no puedo creer que hayas acabado con ese imbécil. —Dijo apretando el volante con sus manos, hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

—Eres un hombre impresionante, pero estoy enamorada de Caleb. Te pido, por favor, que no hables mal de él porque no le conoces. Me gustas como un amigo y espero nuestra amistad no se estropee por eso y que sigamos teniendo buena relación laboral. —Respondió Amber de forma educada, pero a su vez distante. Mostrándole que no tenía ninguna posibilidad con ella.

—No, por supuesto. Espero que él te merezca y seas feliz Amber. Y nuestra cooperación empresarial sigue en pie. A pesar de haber perdido la oportunidad de tener algo con una mujer tan hermosa como tú, no voy a desaprovechar la oportunidad de trabajar con alguien tan talentoso como tú y tu tía. Será un éxito, no lo dudo. —Respondió Eduard y Amber se quedó más tranquila.

Al salir del coche, se despidieron. Él la abrazó y le dio dos besos en las

mejillas, a pesar de que ella procuraba ser distante. Una vez que arrancó el coche, ella respiró profundamente. Aquel día había sido extraño...

Suspiró en cuanto llegó al loft. Dejó las llaves que Caleb le había dado para que viniera cuando le apeteciera y se encaminó hacia la sala de estar. Estaba oscuro, pero pudo apreciar la sombra de Caleb. Parecía estar bebiendo.

—He vuelto, mi amor. —Le dijo Amber con voz trémula por la preocupación. No obtuvo respuesta. Prendió la luz para verle con un aspecto horrible de borracho.

—¡Estás ebrio! —Le gritó sin contenerse y fue hacia él, para levantarlo del precioso sillón de piel que Caleb estaba poniendo hecho un asco. En el momento en el que le tocó el brazo, él la empujó violentamente y Amber cayó al suelo. No podía reconocerle.

—¡Qué demonios te pasa! —Le dijo con las lágrimas empezando a empañar sus ojos.

—¿Dónde estuviste? —La preguntó Caleb, gritando. Amber dio un respingo, nunca le había visto tan enfadado.

—¿Dónde? —Volvió a preguntar rugiendo. Su cuerpo emanaba una agresividad que amedrentaba.

—Estuve con mi tía en la pastelería. —Respondió temblando.

—¡Perra mentirosa! —Le dijo él mirándola con odio y rompiendo su corazón.

—Estás borracho, no sabes lo que dices. —Le contestó ella, susurrando. Sin esperárselo, Caleb la agarró del cabello, para que le mirara a los ojos.

—¿Desde cuándo estás con ese maldito francés? —La espetó y ella sollozando respondió.

—No es lo que piensas. Si me amarás confiarías en mí... —Le dijo desgarrada por el dolor que la desconfianza de él le provocaba.

—¡Te vi! ¡Encima, ante mi propia casa! —Amber sintió su mundo derrumbarse. Probablemente cuando Eduard la besó en las mejillas, desde la ventana parecía que en realidad la besaba en los labios, debido a que el cabello de Amber tapaba sus rostros. ¿Cómo podía explicarle que todo era un mal entendido? Empezó a llorar desconsolada. Le amaba y no quería perderle. De repente Caleb sacó unas fotografías y se las tiró a la cara. Amber cogió algunas en sus manos temblorosas y se quedó sin aliento. Se la veía en la pastelería y en el aparcamiento de coches con Eduard, de una manera muy cercana. La persona que había hecho aquellas fotos, se había esmerado para

que pareciera lo que en realidad no era. ¡Alguien deseaba separarla de Caleb!

—¿No dices nada? —Le preguntó Caleb, irónico.

—Yo te amo y jamás podría estar con otro porque solo pensarlo me repugna. Si eres incapaz de entenderlo es que no me amas tanto como yo a ti. Si decides despacharme de tu vida. No diré nada, pero sí salgo de esta puerta quiero que sepas, que no volverás a verme. Entonces, sí que estaré con el primero que pille. —Le respondió con los ojos cuajados en lágrimas.

—¡No quiero volver a verte en la vida! ¡Arpía de mierda! Mi madre me contó que lo del hospital fue puro teatro. Hasta ella se lamenta de haberte metido en mi vida. ¡Por una vez se da cuenta de su error! Si pensabas que sacarías de mí más de unos cuantos vestidos y buenos restaurantes, estabas muy equivocada. Nunca he pensado atarme a ti. Lo que pasa es que un dulce no le amarga a nadie.

En ese momento Amber se dio cuenta que él nunca había sentido nada hacía ella. Que todo había sido un juego. Se levantó sin mirarle y salió de la vida de Caleb Jordan, con el corazón hecho añicos.



Caminó por la calle acompañada de la noche y el único sonido de su llanto.

Se sentía realmente confundida y no podía comprender por qué Olivia le había contado lo del hospital a su hijo. Llego hasta la parada de taxis. Afortunadamente uno paró cerca de ella y subió. Estaba helada, las temperaturas empezaban a bajar de forma drástica.

Indicó la dirección a la taxista. Una mujer de mediana edad que le dedicó una cálida sonrisa. Sus ojos marrones indicaban que se podía confiar en ella. Amber no la conocía, pero era lo que le transmitía la señora. Que de cierta manera le recordó a su madre.

—Una mala noche, ¿eh? —Preguntó la mujer con un tono de voz que por muy sorprendente que fuera calmaba a Amber.

—No se puede ni imaginar... —Respondió en un susurro.

—Déjame darte un consejo, aunque no te conozco. Tómallo como un favor de una desconocida. Si ese hombre, por el que estás llorando, te ama. Te lo demostrará. No importa lo que haya pasado, vendrá a ti. Si no te ama probablemente no volverá a buscarte.

—Después de lo que me ha hecho, no creo que me ame... Parece que

hablas por experiencia propia. —Contestó Amber, intrigada por aquella mujer de cabello castaño y ligeramente canoso. La taxista sonrió y respondió.

—Sí que hablo por experiencia propia. Eres una mujer muy joven y hay cosas de la vida que no has vivido y espero que no vivas. El padre de mis hijos me abandonó en cuanto la empresa familiar de mis padres, que nos dejaron como herencia, quebrantó.

Amber jadeó, sin saber qué responder. —¿No volviste a verle? —Preguntó con el rostro compungido.

—No y me alegro. Crie a mis hijos yo sola y ahora se han convertido en dos chicos de los que estoy orgullosa. Uno de ellos, el menor, se fue la semana pasada a Alemania para trabajar de Aupair. Le encantan los idiomas y ya se sabe cuatro. El mayor ha comenzado su primer año en la Universidad. Estudia derecho.

Amber miró a la mujer con admiración. No hacía falta que le dijera sobre las incontables horas que había trabajado para lograr todo eso.

—Tus hijos deben estar muy felices de tener a una madre tan increíble como tú.

—Lo están. —Respondió la mujer con una sonrisa. —Soy la más increíble. —Dijo, haciendo reír a Amber.

—Presiento que vas a necesitar ayuda y mi intuición siempre es acertada. En mi familia decían que tengo poderes psíquicos y que soy una bruja. —Siguió hablando la mujer y las dos rieron a carcajadas. Era impresionante, pero la buena mujer, había hecho que el ánimo de Amber se levantara.

—Te daré mi tarjeta. Esta ciudad es complicada, tan pronto te encuentras en el paraíso te das cuenta que en realidad tocas las puertas del infierno.

—Nunca mejor dicho. —Respondió Amber y agradeció la tarjeta con número de teléfono de la señora.

Justo cuando salía del taxi, la preguntó. —Por cierto. ¿Cómo te llamas?

—Grace. Encantada...

—Amber! —Respondió la pelirroja, con efusión.

—Cuídate mucho Amber. Ha sido un placer viajar contigo esos... —Miró el reloj de su coche. —Veinte minutos.

—Igualmente. —Le respondió Amber y se marchó.



Las luces en la casa de su tía estaban encendidas. Frunció el ceño,

extrañada.

Antes de lograr abrir la puerta, su tía que, al parecer, había oído sus pisadas, la abrió de golpe. Parecía enfadada no, lo siguiente.

—Tía no tienes ni idea de lo que me pasó. Caleb... —Justo iba a empezar a desahogarse cuando sin esperárselo su tía le dio un guantazo que puso su cara del revés.

Amber se había quedado de piedra. Tan sorprendida que por un momento pensó que tal vez soñaba. —¿Por qué? —Alcanzó a preguntar.

—¡Me has avergonzado delante de mis amigos, Amber! ¡Me has decepcionado muchísimo! —Le dijo su tía, dejándola aún más confundida.

—Yo insistía a Olivia que serías la perfecta mujer para su hijo. Él, que había sido utilizado por todo el dinero que tiene y desde ese momento no confiaba en las mujeres, logró fiarse de ti. ¡Parecía que le amabas! ¿Cómo pudiste hacerle eso? —Amber iba a responder, pero su tía siguió despotricando.

—Cuando vino ese francés ni se me ocurrió que le fueras infiel a Caleb con él... Es increíble cómo nos engañaste. Desde luego que con las calladitas...

—¡Basta! —Gritó Amber muy dolida. Era la primera vez que le hablaba en ese tono a su tía, pero se sentía tan rota por dentro que no sabía cómo reaccionar.

—¡No me grites en mi propia casa! —Le respondió su tía, mirándola con desdén. —Has destruido mi amistad con Olivia, una de esas amistades que casi no se encuentran. Hablé con tus padres. —Dijo, dejándola sin aliento. —Al igual que yo, están muy decepcionados. Viniste aquí y demostraste que eres inmadura y estúpida. Para la edad que tienes ni trabajo decente tenías, sino hubieran hablado tus padres conmigo, habrías seguido en su casa, viviendo a sus espaldas hasta los cuarenta.

Amber nunca se había sentido tan sola y se dio cuenta que ni siquiera su familia confiaba en ella. Lo peor de todo, es que en parte su tía tenía razón. ¡Ya era tiempo de tomar las riendas de su vida!

—No volveré a ser carga para nadie más... Gracias por tu hospitalidad, tía. —Le respondió con voz bajita y una triste sonrisa porque sabía que su relación nunca sería igual.

Capítulo 10

Después de cuatro meses.

Estaba preparando unos pancakes con miel y fresas y unos brownies para los hijos de Grace. Hoy volvían a casa los dos. No les conocía, pero su madre había hablado tanto sobre ellos, que era como si los conociera de toda la vida.

Grace estaba trabajando y se encontraba sola en su pequeña pero muy hogareña casita.

—Desde luego que su instinto no la engañaba... —Se dijo Amber mientras decoraba los postres

Lo primero que había hecho al salir de casa de su tía, había sido llamar a Grace. Sorprendentemente ella acudió en su ayuda de inmediato. Amber esperó pacientemente el último turno de la mujer ante una hamburguesería, donde más tarde ambas se sentaron a comer a dos carrillos. Amber abrió su corazón y contó todo lo que le había pasado. Grace supo de inmediato que alguien la había tendido una trampa. La mujer comprendía que Amber no deseará ver más a sus seres queridos, la habían hecho daño y la habían mostrado que no la apreciaban lo suficiente.

Desde que estaba en la casa de la taxista, Amber intentaba no pensar en Caleb. Él era la persona que más la había defraudado. El amor que sentía hacía él no se disipaba como ella había pensado. El tiempo no curaba su magullado y lleno de heridas corazón. Hecho que la enfadaba.

En los cuatro meses que llevaba con Grace, no había pagado alquiler, algo que la incomodaba mucho, pero la buena mujer siempre la decía que no se preocupará. Era como una especie de hada madrina. Amber limpiaba la casa y hacía la comida para sentirse útil. Grace se quejaba porque había engordado cinco kilos desde que la pelirroja vivía en su casa.

Esta mañana Amber se sentía muy animada. No solamente porque iba a conocer a los hijos de su nueva amiga, sino porque había encontrado la solución para su desempleo. Su mayor sueño en la vida, había sido tener su propia pastelería y ya sabía cómo conseguirlo.

Uno de los vecinos de Grace era banquero y un día, cuando su amiga había organizado una barbacoa en casa, se abrió el tema sobre su deseo de tener su propio negocio. Lewis, al que le había caído muy bien Amber, la informó de

cosas que la dejaron asombrada.

"— Puedes pedir un préstamo" —Amber había puesto cara de terror y Lewis rio a carcajadas.

—No es tan complicado como crees. Tienes menos de treinta y cinco años, por tanto, según las leyes, pagarás mucho menos por los gastos que conlleva apuntarse a ser autónomo. Además, como no has pedido nunca un préstamo, lo más probable es que te lo den. Para abrir una pastelería pequeña, puedes pedir unos cincuenta mil dólares, para poder empezar. A su vez, hay subvenciones que pueden serte de mucha utilidad, ya que los empresarios jóvenes reciben mucha ayuda al comienzo de un negocio. Es posible que fracases, pero no pierdes nada por probar y si sabes llevarlo bien, podrías forrarte.

Recordó las palabras de su vecino que se había convertido en un buen amigo con el tiempo. Le gustaba mucho para Grace. Era de la misma edad que su amiga, más o menos, y era atractivo. Tenía el pelo moreno y un poco canoso. Llevaba gafas que resaltaban sus ojos de color miel y le hacían parecer un profesor de matemáticas. Una vez pilló a Grace espiándole por la ventana como una colegiala susurrando lo sexy que es. Por supuesto, en cuanto se dio cuenta de que la pelirroja la había visto, enrojeció como un tomate maduro, haciendo reír a Amber.

Amber dejó todo bien colocado sobre la encimera. Debía alistarse rápido porque dentro de una hora, tenía cita en el banco. Estaba decidida a pedir ese préstamo y a abrir su pastelería. ¡Haría lo posible e imposible para que despegará! Mientras se maquillaba ante el espejo de su habitación. Acabó de tomarse el café, que llevaba bebiendo desde que había despertado. Pero, cocinando y ordenando la casa, se le había olvidado que se lo había preparado.

Se puso una falda de tubo en color negro, dando contraste con una blusa blanca. Unos zapatos de tacón, no muy altos, fueron los que completaron su look. Deseaba reflejar una imagen profesional.

Sin desayunar ni nada, salió de la casa, emocionada. Empezaba un nuevo capítulo en su vida.

No tenía ni idea de si alguien de su familia la había buscado, pues había cambiado de número. En cuanto a Caleb... Amber estaba segura que ni siquiera le importaba dónde se encontraba ella.



Despertó por los ronquidos de Eduard. —"¿Quién iba a decir que un francés que dirigiría todo un imperio, se comportaría de esa manera tan vulgar, después de un tiempo?" Pensó Lindsay, frotándose los ojos. Empezaba a pensar que ese tipo no era quién decía ser, probablemente ni siquiera era francés. Su coche era muy bonito, pero la gente tan rica como se suponía que era Eduard, poseían más de un carro y Lindsay desde que le conocía solo había visto al descapotable rojo. No la había invitado ni una sola vez a alguno de sus pisos o casas y cuando iban a un restaurante, la cuenta siempre la pagaba ella. Hizo una mueca. Tenía que deshacerse de él cuanto antes, sino podían descubrirla. El problema era que el tipo no se marchaba ni con agua hirviendo. Frunció el ceño y se levantó furiosa, caminando descalza por el piso de mármol de su departamento, vestida con un fino camisón de seda rojo.

Se preparó un café humeante, lo único que la despertaba por las mañanas. Sonrió contenta al contemplar la lejanía a través de la ventana de su moderna cocina. La primera parte del plan había sido hecha y de manera efectiva, ya era hora de dar el siguiente paso... En ese momento sonó su Iphone. Vio el número de Caleb y sonrió. Se fue a la sala de estar, pues no deseaba que Eduard oyera su conversación. Últimamente se ponía celoso y no tenía ningún motivo. Ella le había aclarado la situación desde el principio. Apretando los dientes, al pensar en el estúpido que seguía roncando en su habitación, contestó al móvil.

—Hola, cielo. —Habló con voz melosa.

—Lindsay, necesito que vengas rápido para concertar una reunión, revisar mi agenda y redactar unos documentos. —Le respondió Caleb en tono agrio y añadió. —Ya deberías estar en la oficina, desde hace media hora. —Lindsay frunció el entrecejo. Llevaba meses intentando seducir a su jefe, pero nada. El tío seguía en depresión por la pava esa del pelo rojo. —"¡Ni siquiera es bonito rojo, parece zanahoria!"— Pensó Lindsay, furiosa. No comprendía porque ese imbécil no caía en sus redes como el resto de tíos. Tenía todo lo que un hombre deseaba en una mujer. Un rostro hermoso y un cuerpo que quitaba el hipo. —"¿Qué demonios le pasa a Caleb?" —Se preguntaba.

—Enseguida estoy allí, caramelito. —Le contestó y su jefe colgó sin responderla. Decidió vestirse algo muy provocativo, tarde o temprano sucumbiría a sus encantos. Lindsay lo sabía. Sonrió victoriosa, porque siempre conseguía lo que deseaba. Su madre le había enseñado bien.



Antes de vestirse, tenía que despertar a Eduard. Se notaba a leguas que era un estafador y manipulador, pero a ella no podía engañarla ya que un manipulador reconoce a otro siempre. Ya le había servido para lo que deseaba, ahora tenía que pensar en cómo apartarle de su vida. Pronto sería la señora Jordan y no debía dejar ningún cabo suelto.

Caleb ni siquiera prestaba atención a lo que su mejor amigo le estaba contando. Miraba fijamente la pantalla de su portátil y de vez en cuando la calle que se veía desde la ventana de su despacho.

—¡Búscala! Se ve que lo estás pasando mal. —Le dijo Bob de repente, con la mirada acerada.

—¡Ella no me importa! Estoy pensativo por cosas del trabajo. — Respondió Caleb con frialdad. Su amigo le miró como si fuera estúpido.

—No creo que Amber te haya sido infiel y que te haya querido cazar solo para llevar el apellido "Jordan". No parecía una chica así y ni nadie le dio la oportunidad de explicarse.

—¡Tenía fotos! Se veía claramente que es amante de Eduard. —Dijo su nombre con tanto asco que Bob se quedó atónito. Nunca había visto a su amigo así.

—Además, antes de las fotos, empecé a recibir cartas anónimas que me decían que me es infiel y que solo me usa para lo que todas me quieren. ¡Ser la señora de uno de los empresarios más famosos y ricos en Nueva York! Y esa zorra que vino de una especie de pueblo, al verme seguro que vio el símbolo del dólar. —Se explicó Caleb, furioso.

—Ayer estuve en "Dulces tentaciones", su tía no tiene ni idea de dónde está su sobrina. —Le informó Bob y Caleb se quedó pálido como la cera.

—Estará en casa de sus padres. —Respondió con un tono calmado que no sentía en absoluto. Bob negó con la cabeza.

—Su familia lleva buscándola desde hace cuatro meses. Meredith, su tía, habló conmigo, llorando la pobre a moco tendido.

—¿Por qué nadie me ha informado de eso? —Rugió Caleb, como un león herido. Levantándose de su silla y tirando lo primero que vio, que era una grapadora contra la pared. Rompiendo un cuadro valioso en trocitos.

Bob hizo una mueca, mirando el estropicio, mientras Caleb se pasaba las manos por el pelo, nervioso. Respirando agitadamente. ¡Estaba acojonado! Bob veía la preocupación y el miedo en su rostro, pero no comentó nada.

—¿Han denunciado su desaparición a la policía? —Preguntó tenso.

—Sí, pero les han dicho que debido a la discusión que tuvieron Meredith y

su sobrina, lo más probable es que se haya marchado por voluntad propia y como es mayor de edad, no pueden hacer nada. Y para colmo, la pobre mujer perderá su pastelería.

Caleb le miró sin comprender.

—Eduard no es el hombre que pensamos. Es un estafador que aparenta ser una persona de la alta sociedad y en cada ciudad importante, tiene un nombre distinto.

—¿Te refieres a que adopta la identidad de una persona determinada y juega una especie de "rol" engañando a la gente?

—¡Exactamente! Meredith firmó un contrato con ese sinvergüenza, la misma noche que discutió con su sobrina acusándola de haberte sido infiel y destrozando su amistad con tu madre, fue entonces cuando Amber se marchó. Meredith ni siquiera leyó lo que firmaba en el contrato. Pues, al fin y al cabo, pensaba que trataba con el supuesto hijo de Pierre Forneau. Ese maldito Lleva mucho tiempo en Nueva York colándose en eventos y todos le conocen como el heredero del imperio Laudurée.

—¡Por dios! Todo este tiempo pensando que es mi mayor rival en los negocios... ¿Y el verdadero Eduard? —Preguntó Caleb, estupefacto. Sintióse estúpido por haber caído en su trampa también. Pero es que, el hijo puta actuaba muy bien.

—En Alemania, felizmente casado. No tiene ningún interés en el negocio de su familia, al parecer eso de dirigir un imperio no es lo suyo.

Entonces Caleb recordó que cuando le había preguntado a Amber, entre gritos, dónde había estado. Ella le había respondido que en la pastelería de su tía. Por supuesto Caleb no la creyó, pero después de lo que le había contado Bob empezaba a pensar que tal vez había cometido el mayor error de su vida. Cogió la chaqueta de su traje que estaba colocado en la percha y salió disparado del despacho.

—¿A dónde vas? —Preguntó Bob en un grito y Caleb respondió de la misma forma.

—¡A encontrarla!

Capítulo 11

—¿Tiene un plan de negocio, señorita? Es importante tener trazado los costes, beneficios que puede tener en esta pequeña empresa que desea crear. —Le dijo el hombre que la atendía en el banco, mientras colocaba sus gafas de pasta.

—Tengo todo. Esto lleva en mi cabeza desde hace mucho tiempo. Como verá tengo los estudios necesarios y algo de experiencia en la repostería. La gente que prueba mis dulces, siempre queda encantada. Por ello os he traído algunas galletas hechas por mí, así sabrá que no me estoy tirando por la borda, sé lo que voy a hacer. Estoy capacitada para llevar una pastelería y triunfar. — Le contestó Amber con una sonrisa y sacó una bandeja que estaba envuelta en papel.

Desenvolvió el papel y mostró unas galletas con chispas de chocolate y crema de cacao.

—Es una receta que me he inventado. A veces me gusta improvisar.

El hombre cogió una con una enorme sonrisa. Se notaba que le gustaba comer cosas así. Cuando cerró los ojos de placer. Amber supo que le tenía en el bote.

—Además tengo un plan de negocios y de compensación muy bueno. Me lo hizo un amigo que es contable.

—Son las galletas más ricas que he probado alguna vez. —Respondió el hombre, colocándose otra vez las gafas.

—Lo que más me gusta es tu entusiasmo. Con ganas todo se logra. — Hablaba el hombre con la boca llena. Amber sonrió victoriosa, de allí saldría con ese préstamo, lo sabía.

—¡Así es señor! Tengo muchas ganas de empezar a trabajar. De preparar deliciosos postres para las personas y alegrarles el día. Deseo comenzar algo grande y sería un orgullo que una persona tan humilde y un profesional de su categoría, me ayudará a realizar mi sueño. Los jóvenes cada vez tenemos menos oportunidades para trabajar y muy poca gente es como usted, que parece que intenta abrir las puertas para que consigamos labrarnos un futuro. Es usted una persona magnífica, señor. —Acabó su discurso Amber y el hombre hinchó el pecho orgulloso mientras se le salía miel por la boca.

—Mañana mismo tendrá su prestamos, señorita. Los jóvenes talentosos

deben tener una oportunidad. ¡Si señor! —Dijo él como si estuviera en una escuela militar. Amber sonrió de forma resplandeciente. Se estrecharon las manos y salió de allí, sintiéndose exitosa por una vez en la vida. No volvería a depender de nadie nunca más. Esa independencia cada vez le gustaba más.

Justo cuando estaba a punto de cruzar la calle vio el Range Rover Sport de Caleb. Su respiración se cortó cuando vio su rostro por la ventanilla. Parecía estar a punto de tener un infarto. Tenía un mal aspecto, se notaba que llevaba tiempo sin dormir. Amber no podía reaccionar y cuando su mirada se cruzó con la de ella. Sintió a su corazón empezar a latir como loco. Enfadada porque siguiera afectándola de esa manera. Obligó a sus piernas a moverse. Caleb salió del coche como un chiflado y empezó a llamarla a gritos. Amber se hizo la sorda. Aceleró el paso como si del diablo huyera, pero Caleb corría tras ella.

Vio una tienda de Victoria Secret. Decidió meterse allí ya que él no se atrevería a armar jaleo en un lugar con tantas personas. Pero, se engañó. El muy capullo con toda la jeta también entró, buscándola entre la gente como si fuera un halcón. Amber tenía una visión perfecta de él, pues estaba escondida tras unos sujetadores y braguitas de encaje

—"¡Mierda! ¡Sigue igual de guapo! —Pensó Amber comiéndoselo con la mirada, mientras le observaba cómo preguntaba a una dependienta, describiendo con gestos, sobre probablemente sí la había visto entrar. Amber se quedó sin aliento cuando la maldita dependienta, que le miraba como un corderito, le mostraba con su dedo índice justo el lugar donde se escondía.

Con una sonrisa de oreja a oreja, él se encaminó hacia ella como un lobo preparado para cazar su presa.

—Preciosa, por favor no te escondas de mí. —Dijo Caleb con una voz suave, insegura. Como si temiera que ella huyera otra vez. Amber salió de detrás de la ropa inferior, armándose de valor.

Cuando se miraron a los ojos, fue como si el tiempo se hubiera detenido. Amber vio en sus ojos culpabilidad. Pero, aquello era imposible. Intentó mirarle de la forma más fría que podía. No deseaba mostrar sus sentimientos y lo que le provocaba su presencia. Podría usarlo contra ella.

—¿Por qué me has perseguido? Creo que mostré claramente que no deseo verte y mucho menos hablar contigo. —Habló Amber como una reina del hielo y él la miró como si no la conociera, dando un paso hacia atrás pálido.

—¿Dónde vives, preciosa? ¿Con quién te quedas? —La preguntó él, aterrorizado.

—¡No es de tu incumbencia! —Le respondió ella, agría.

—Tu familia está muy preocupada por ti, Amber y yo... Yo también. —Le dijo Caleb, hablándola con tanta suavidad, como si eligiera cuidadosamente las palabras que decía. Amber sonrió irónicamente y contestó.

—¡Lo dudo! Apártate de mi camino y no te me vuelvas a cruzar delante, Caleb. Mi relación con mi familia no es de tu asunto, como tampoco dónde y con quién vivo.

—Por favor... —Suplicó Caleb con la mirada, como nunca había hecho con nadie en la vida. Amber empezó a troncharse de risa poniéndole de los nervios.

—¡Basta Amber! —Dijo Caleb, mirándola como si le hubieran salido dos cabezas.

—¡No tienes derecho de pedirme que te escuche! Cuando yo te suplicaba que me escucharás, tú no lo hiciste. ¡Apártate de mi camino ahora mismo!

—¡No! ¡No me voy a ninguna parte hasta que me escuches! Aquella noche bebí, Amber. Llevaba días recibiendo cartas anónimas que me decían que me engañabas. ¡Imagínate lo que sentía! Al principio pensaba que alguien quiere separarnos, pero no se me ocurría quién y cuándo las cartas se hicieron cada vez más insistentes, caí como un maldito idiota y se sembró la duda en mí. — Amber tragó saliva, intentando retener las lágrimas que luchaban por salir.

—El mismo día en el que discutimos. Por la mañana recibí otra carta. Me decía que me engañabas con un francés y que esa noche tendríais una cita y que yo recibiría fotografías que me lo demostrarían. Por eso estaba de tan mal humor cuando fuimos a comer. Estaba rogando a Dios que todo fuera una vil mentira. Pero, llegó la noche, tú no llegabas y las malditas fotos fueron enviadas a mi domicilio. Alguien llamó a la puerta y cuando abrí, allí estaba el fajo de fotografías metidas dentro de un sobre. Cuando las miré, lo vi todo negro. Los celos me comieron vivo. Nunca había sentido algo así. Confiar en ti fue una de las cosas más difíciles que hice, porque sencillamente no confiaba en las mujeres. Una me había engañado, solo deseó llevar mi apellido y disponer de mi dinero. Así que aprendí que las relaciones eran simplemente para darse el gusto, pero nunca entregar el corazón. Cuando pensé que me habías engañado igual que ella... ¡Fui un idiota!

A Amber se le deslizaban las lágrimas por el rostro sin que pudiera evitarlo. Se acordó entonces de las palabras de su tía. —*"Él, que había sido utilizado por todo el dinero que tiene y desde ese momento no confiaba en las mujeres, logró fiarse de ti. ¡Parecía que le amabas! ¿Cómo pudiste*

hacerle eso?"

Amber sabía que Caleb no mentía, pero le había dejado el corazón hecho añicos. Ya no podía confiar en él y entregarle su corazón porque temía que la hiciera daño otra vez.

—Supe enseguida que alguien trataba de separarnos al ver las fotos. Pero, ni siquiera me dejaste poder explicarme, poder defenderme de tus acusaciones. —Le espetó ella. Mostrando su dolor.

—Y nunca me lo voy a perdonar, preciosa... —Le respondió él, provocando que el corazón de Amber se encogiera. Pero, ella se negaba a sentir lástima por él.

—¡Yo tampoco te lo perdonaré! De hecho, le agradezco a la persona, sea quien sea, que nos separó. Así pude ver que no me amas y nunca lo harás, que solo he sido un pasatiempo para ti. Que lo nuestro no tiene futuro. Separarnos ha sido lo mejor para ambos.

Caleb estaba pálido y sus ojos parecían empañados. —¡Tú sí que sabes hacer daño con tus palabras, hermosa! —Dijo con voz ronca y añadió. —Pero, me lo merezco. Te demostraré que te amo, Amber. Te demostraré que eres la mujer de mi vida. Aunque me lleve toda la vida...

—¡Buena suerte! —Le contestó ella, con menos firmeza de la que pretendía.

Justo cuando Amber iba a pasar por su lado para marcharse, él la agarró con suavidad del brazo.

—Hay otra cosa que debes saber. Tu tía y tú habéis sido engañadas. ¡Eduard no es quién dice ser y Meredith está a punto de perder la pastelería!

Amber se quedó sin aliento. ¡Aquello fue como una jarra de agua fría en la cara!

Amber se había quedado en estado de shock. —¡Tengo que ver a mi tía! —Susurró, sin saber hacia dónde ir.

—Yo puedo llevarte, preciosa. —Le dijo Caleb con esperanza en la voz.

—No. Gracias. —Respondió Amber. Ella sabía muy bien su don de seducción y no confiaba en su capacidad de seguir ignorándole si se quedaban a solas. De hecho, hablándola con esa voz suave, le apetecía violarle. La excitaba y la enfadaba al mismo tiempo.

—¡Estupendo! ¡Ahora soy bipolar por tu culpa! —Le gritó de repente, dejando a Caleb boquiabierto, que no entendía nada.

—Preciosa...

—¡Deja de llamarme así! —Le gritó otra vez y él puso los ojos en blanco.

La gente que pasaba por la calle la miraba como si fuera una chiflada que ha huido del psiquiátrico.

Amber bufó antes de cruzar la calle sin que a Caleb le diera tiempo de pararla. Pidió un taxi y le indicó la dirección de Dulces Tentaciones. En el carro de dio cuenta de que temblaba. No podía distinguir debido a cuál de todas las emociones que sentía y se negaba a pensar sobre el calor que sintió en el pecho al ver a Caleb sintiéndose tan culpable.

Cuándo el taxi frenó ante la tienda. Su alma se encogió al ver a su tía en una de las mesas de fuera sentada, cabizbaja.

Cuando bajó del coche y su tía levantó la cabeza y la miró, sintió un nudo en la garganta.

—¡Amber mi niña! —Gritó la mujer empezando a llorar como una magdalena. Amber se tensó e intentó apartarse, pero Meredith la apretaba con tanta fuerza como si temiera que ella se fuera otra vez.

—Por favor no te vayas otra vez... —Rogó con voz desgarradora y Amber no pudo aguantar más verla así. La abrazó también y la reconfortó mientras su tía lloraba sobre su hombro.

Cuando la mujer se calmó un poco. Amber la sentó otra vez sobre la silla que ocupaba hasta su llegada. Pidió a los camareros que le trajeran un zumo natural. El color del rostro de Meredith era muy apagado y Amber se preocupó.

—Cuéntame desde el principio todo el asunto de Eduard. —Pidió la pelirroja y su tía la miró sorprendida.

—Tuve la desgracia de toparme con Caleb... —Explicó Amber.

—Yo no se lo dije a Caleb y por supuesto tampoco a Olivia, llevamos tiempo sin hablarnos. Tal vez se lo contó su amigo Bob que pasó por aquí... — Respondió la mujer pensativa.

—Ahora eso no importa. —Le dijo Amber con suavidad y ella asintió.

—Haré un par de cafés con galletas y me cuentas. ¿Te parece? —La preguntó Amber, amablemente y su tía estalló en llanto, otra vez.

—¿Qué sucede? —Preguntó Amber, acuclillándose ante su tía.

—Estás aquí cuando más te necesito y cuando eras tú la que me necesitaba a mí, yo no estaba. —Le respondió su tía a moco tendido. Amber comprendió en ese momento que los pensamientos de algún día vengarse de su familia, se habían disipado. No debía restregarle en la cara lo que le había hecho, pues estaba segura de que su tía, lo recordaría toda su vida.

—No te tortures. No es hora de lamentaciones, debemos arreglar este

problema en el que nos metimos. —Respondió Amber y su tía la miró con admiración y orgullo.

Cuando preparó dos tazas de café con galletitas, se sentó a su lado e hizo un gesto a su tía para que comenzará a hablar.

Meredith suspiró antes de empezar a contar. —Al parecer, ese hombre es un timador de primera. Es un actor, según entendí y tiene dos métodos de engaño. El primero, es adentrarse en la sociedad alta y fingir ser uno de ellos. Suele elegir representar a personas muy famosas y ricas, pero poco vistas en los medios de comunicación como por ejemplo Eduard Pierre. El verdadero heredero es un hombre que ha renegado de su fortuna familiar y desea vivir como una persona común.

—¿Y el segundo? —Preguntó Amber, impactada.

—Se adentra en grupos de gente rica y poderosa, pero para buscar a mujeres de la alta sociedad que están aburridas. Las seduce y después roba su dinero, joyas o si son muy mayores, hace que firmen un testamento, dejando toda su fortuna a él en cuanto estiren la pata.

—¡Santo cielo! —Exclamó la pelirroja sin poder creérselo.

—Tuve que darme cuenta que algo fallaba. Cuando probó nuestros postres, todos le parecían ricos y mi ego me impidió darme cuenta de que, si fuera un crítico de verdad, habría encontrado un defecto, aunque fuera pequeño. —Amber asintió. Ninguna de las dos se lo había pensado.

—¿Le has denunciado? —Preguntó Amber y su tía asintió.

—Por supuesto, pero, este hombre debe tener compinches a dentro de la ley. Lo peor de todo, es que yo firmé ese contrato que él me dio la misma noche que se celebró la maldita fiesta aquí. No miré lo que firmaba y al parecer, le he dado el poder sobre toda mi pastelería. ¡Ahora soy su empleada, Amber! Todos mis esfuerzos, todo ha sido en vano...

—Y supongo que todos los beneficios de la pastelería son para él. —Dijo Amber y su tía asintió. Parecía tan derrotada que a Amber le apetecía ver al impostor de Eduard o como se llame, para arrancarle la cabeza.

Estaban absortas, pensando, cuando el coche de Caleb aparcó ante ellas. Amber resopló.

—¿Qué demonios hace aquí, este idiota, neandertal, unineuronal, creído, hijo de mil padres, ricachón de mierda? —Dijo Amber entrecerrando sus ojos y su tía la miró sorprendida, aguantándose la risa.

—Hola, preciosas. Me figuro que estáis pensando sobre cómo liberaros del timador ese. Estoy aquí para ayudaros en lo que sea. —Saludó Caleb

encantadoramente haciendo que Amber ponga los ojos en blanco.

—Gracias, hijo. —Respondió su tía con esperanza. A Amber no la extrañó, pues los Jordan eran muy influyentes y podían ayudarlas, así que ella tampoco pensaba rechistar. Su tía debía recuperar su negocio por el que había luchado tanto.

—¡No podéis planear nada sin mí! —De repente se oyó la voz de Olivia que bajó de una limusina negra, vestida con un traje blanco y sombrero a juego. Adornada con sus joyas de perlas y el maquillaje perfecto.

—Lo que me faltaba, la loca de tu madre... —Dijo Amber entrecerrando los ojos.

—¡Te he oído, querida! —Dijo Olivia, indignada. Tú serás una nuera de lo más mala. —Añadió la mujer, divertida y Amber la fulminó con sus ojos.

—No te necesitamos. A ninguno de los dos. —Dijo Amber, cegada por el orgullo.

—¡Oh, claro que nos necesitáis! Y te recuerdo nuera, que no hay nadie que planeé cosas más retorcidas que yo. Si hasta planeé que fingieras estar en estado crítico ante mi hijo. —Contestó Olivia con una gran sonrisa.

—¡Mama! —Se quejó Caleb, estupefacto por las ocurrencias de su madre. —Casi muero del susto. —Añadió, cabreado.

—¡Bah! ¡Necesitabas que alguien te abriera los ojos! Eres un poco idiota, hijo. —Respondió, dejándolos a todos atónitos.

—¡Dejemos de hablar de tonterías! ¿Qué vamos a hacer? —Dijo Amber, fuera de sí.

—¡Así se habla, nuera! ¿Ves, hijo? La elegí porque supe que te pondría en tu sitio. —Respondió Olivia y su hijo sonrió, comiéndose a Amber con los ojos.

—Por una vez... ¡Tuviste razón, mama! —Le contestó Caleb y todos sonrieron como si hubiera dicho algo hermoso. Excepto, Amber que los miraba a los tres, como si fueran unos extraterrestres.

—Bueno. Ya tengo algo en mente. Escuchadme atentamente... —Les dijo Olivia, cogiendo una galleta del plato que estaba ante Amber y su tía. La mordió, divertida, y empezó a contar su plan en susurros. Cuando acabó, todos la miraban con los ojos abiertos como platos.

—¡Amiga, eres la persona más retorcida que he conocido en la vida! —Le dijo Meredith y Olivia sonrió, resplandeciente.

—Gracias por este halago. Mi pasatiempo favorito es ser hermosa y retorcida.

Capítulo 12

—Sinceramente amigo, no creo que "Eduard" haya actuado solo. —Dijo Bob mientras se tomaba un sorbo de la taza de café que le había llevado la horrible secretaria de Caleb. Hizo una mueca y preguntó. —¿Por qué demonios has reincorporado a esta tía, si la habías despedido?

—¿A qué te refieres con que no actuó solo? —Le preguntó Caleb, sin contestar a la pregunta.

—Creo que las cartas que recibiste y el robo de Dulces Tentaciones, tiene que ver lo uno con lo otro. Nuestro supuesto Eduard ha estado con montón de mujeres de la alta sociedad. En su cabeza lo más importante es el dinero y lo único que necesitaba y que le interesaba era adueñarse de la pastelería. Amber no formaba parte de su plan porque no es rica, ella no posee ninguna propiedad ni nada. En conclusión, él no necesitaba separaros, pero es posible que este formando equipo con alguien a quien le caes mal tú, igual desea vengarse o quiere algo que tú tienes.

Caleb se quedó sin aliento porque no se había parado a pensar en eso. Estaba claro que el gilipollas no actuaba solo. Las fotos y todo el escenario montado para que creyera que Amber le engañaba, había sido planeado por alguien más, ese alguien era el que había hecho las fotos y el supuesto "Eduard" le había ayudado.

—¿Quién puede ser? —Susurró, preguntándose...

—No te llevas mal con ningún hombre, pero hay muchas mujeres que están despechadas. Todas a las que dijiste —"Te llamaré mañana" y no llamaste. Cualquiera con ese perfil puede ser la que ha planeado todo esto. Además, detrás de toda la historia hay mucha imaginación y solo una mujer puede ser tan creativa. —Dijo Bob con una sonrisa, mientras el rostro de Caleb empalidecía. —¿Qué pasa? —Le preguntó Bob, preocupado.

—¡Son un montón de tías! ¡Cómo voy a saber cuál de todas es! —Respondió, empezando a ponerse nervioso.

—Debe ser alguien que has conocido justo cuando Amber entró en tu vida. Alguna mujer obsesionada contigo que siempre intente estar cerca de ti. —Contestó Bob, reflexivo.

En ese momento entró Lindsay con un par de bollos de canela sobre una bandeja plateado y otras dos tazas de café.



—Pensé que tendrías hambre cielito. Aquí tienes, los he hecho yo esta mañana, con mis propias manitas. —Dijo la asistente, enseñando sus manos con la manicura perfecta. Estaba más que claro que no solía cocinar y que los bollos habían sido comprados de la tienda de enfrente, donde vendían todo tipo de bollería. Caleb conocía bien a esos bollos de canela, pues siempre compraba una bolsita de ellos para llevar a su madre, cuando la visitaba. Bob entrecerró los ojos y Caleb supo enseguida lo que pensaba. ¡Lo mismo que él!

—Toma un té helado y esas son unas galletas cuya receta ha inventado Amber, parece ser que la niña quiere abrir su propia pastelería. Meredith dice que nunca se perdonará las palabras que le dijo aquella noche. Pobre chica...

—Dijo Olivia mientras ponía una bandeja ante su pensativo hijo.

—¿Qué le dijo? —Preguntó Caleb, deseando romper algo.

—Que siempre vivió a espaldas de otros y nunca supo apañárselas sola. Que la ha avergonzado ante nosotros...

—¡Maldita sea! —Masculló Caleb lamentándose por cómo se habría sentido ella en aquel momento. Muy sola.

Amber hablaba con su tía e intentaba ayudarla a recuperar su negocio, a pesar de todo. No era rencorosa, lo cual hacía que los demás se sintieran aún más miserables por lo que la habían hecho. Caleb recordó su figura andante en la noche. La había visto caminar como si fuera una muñeca rota sin alma en la obscuridad, desde su ventana, y estuvo a punto de gritarla que volviera, que era lo que él necesitaba para respirar, pero el orgullo había ganado su necesidad de consolarla y borrar las lágrimas que él mismo había provocado.

A pesar de que su pelirroja les hablaba, se mantenía a distancia. La otra noche Caleb había ido a espiarla como un adolescente entre los arbustos desde los que podía ver su nuevo hogar. Meredith les había contado que se quedaba en la casa de una taxista que la había acogido en aquella horrorosa noche. Caleb sentía un profundo agradecimiento hacía la desconocida y su familia y muchísimo alivio de que Amber no estuviera en la casa de algún hombre. Uno que supiera valorarla como él no hizo.

Sonrió al recordar su rostro resplandeciente de felicidad. Celebraba con aquella familia que había organizado una barbacoa en su honor. Pronto abriría su nueva pastelería y al parecer la nueva comunidad en la que vivía su pelirroja, la apreciaba mucho. Su tía también estaba allí y Caleb sintió mucha pena por Meredith. Se notaba su dolor al contemplar la cercanía que tenía su

sobrino con esos desconocidos. Caleb estaba orgulloso de ella. Era mucha mujer para él, pero no se daría vencido hasta conseguir su amor otra vez y esta vez haría las cosas bien.

—Toma. —Dijo Olivia, dejando sobre la pequeña mesita que tenían en el jardín un libro de poemas. Era el favorito de Caleb. Siempre que se sentía mal leía aquellos poemas con cuyas líneas se sentía identificado, cuyas letras entraban en lo más profundo de su corazón.

Abrió la página ochenta, el poema de su autora favorita, Deriya Verginieva. Una autora de origen checo cuyos poemas le hacían adentrarse en sus propios sentimientos. Un hecho difícil porque se trataba de algo que solía evitar hacer. —*"Hacer frente a los sentimientos es una de las cosas más complicadas en la vida"* —Le solía decir su abuela cuando era pequeño. La gente le conocía como el tiburón de los negocios, nadie sabía que en realidad era una persona sentimental y de un alma emocional.

—"Lloviendo, lloviendo de tus sueños yo vengo.

Vengo, de tus sueños cuando yo veo que está lloviendo.

Yo veo que llueve, en aquellos ojos se disuelve.

Una pena que duele, de esas penas que arden.

D.V

Amber había sido su sueño más anhelado, pero todos sus sueños se habían desvanecido en cuánto ella se había alejado y a pesar de que en el cielo el sol resplandecía y reinaba, en su alma llovía... ¿Le perdonaría alguna vez?



Amber estaba con Meredith y Grace, que tenía descanso, en el local que deseaba alquilar.

—Es espacioso. —Dijo Grace con una enorme sonrisa. Hacía días que el rostro de la mujer resplandecía de felicidad. Sus hijos habían vuelto y había tenido dos citas ya. Amber sabía que era con el "banquero", como todos le conocían en el vecindario. La otra noche alguien llamó a la puerta y cuando Grace abrió había un hermoso ramo de rosas rojas y una tarjeta. En la tarjeta, ponía. —*"No puedo comer, no puedo dormir porque siempre estás en mi mente, hermosa Grace."*

Amber se sentía muy feliz por su amiga, pero en su interior ella también anhelaba a un hombre que la tratará así. Uno para el que ella fuera lo más importante. Que la hiciera sentirse única, deseada y hermosa. Ella había

sentido ese sentimiento una vez, pero todo había sido un espejismo. A veces soñaba con los besos húmedos y ardientes de Caleb y con su mirada gris persiguiéndola. Anhelaba sentirle contra su piel, en su interior.

Enfurecida, decidió apartarlo de sus pensamientos. ¡Encima la espiaba el muy pillín! Se creía que Amber no le vería detrás de los arbustos. A este tío le faltaba un tornillo. ¡Si lo había visto todo el vecindario! Incluido la señora Mildred cuyo apodo era: *Mildred.radio.com*.

La mujer era una autentica maruja y no paraba de preguntar sobre quién es el apuesto hombre que espía a Amber. Esta mañana incluso le había dicho:

—Hija no sé qué te ha hecho ese hombre, pero es de los que va de frente, perdónale que hombres así no caen del cielo...

Amber enfurecida le había contestado. —¡Oiga, señora Mildred! ¡Que yo tampoco estoy nada mal, que me persiga él! —La mujer había chasqueado la lengua, acrecentando el enfado de la pelirroja.

—Hija no es que seas fea... ¡Pero, eres pastelera! Según las estadísticas acabarás pesando doscientos kilos dentro de diez años. ¡Ahora es el tiempo de cazarle! —Amber había jadeado de indignación.

—¡Señora Mildred, que yo me alimento muy bien! —Le había contestado enfurruñada.

Ya... ya... Yo también me alimentaba muy bien. ¡Era la que más buena estaba del vecindario! Todos los hombres hacías cola ante mi puerta para regalarme pasteles. ¡Quién me mandaría comérmelos todos! Mírame ahora. Peso noventa kilos y tengo diez gatos. ¡Mentira! Son nueve ya que mi pobre Roy se murió el mes pasado.

—¿En qué piensas mi niña? —La preguntó Meredith con el semblante fruncido, lo cual indicaba que estaba preocupada.

—¡No quiero tener diez gatitos! —Susurró Amber sin pensar.

—Pero, bueno... ¿Sigues preocupada por lo que te dijo la señora Mildred? —La preguntó Grace, riendo a carcajadas.

—¡No tiene gracia! Tendré pesadillas viéndome gorda y con gatos. ¡Adoro a los gatos! Pero, no quiero tener únicamente su compañía para el resto de mi vida.

Meredith la dedicó una mirada severa y habló. —Entonces, perdónale a tu hombre. ¿No ves que el pobre lo lamenta como un perro? Ha adelgazado y no duerme.

Amber sintió su corazón encogerse. —¡Sí que tenía ojeras el pobrecito! —Dijo más para sí que para ellas, que asintieron con vehemencia.

—Debes darle una oportunidad. —Le dijo Grace, sorprendiéndola porque al principio siempre que podía le insultaba por no apreciar a una mujer tan hermosa e inteligente como ella.

En ese momento entró Olivia, mirando cada rincón del local. —¡Me gusta! ¡Tiene potencial! —Dijo en voz alta y Amber gruñó.

—No necesito tu opinión. —Siseó.

—¡Uy! ¡Qué carácter se te ha puesto! Déjame decirte que deberías perdonarle a mi hijito. ¡Es un partido estupendo! Cualquiera mujer se tiraría a sus pies. —Le dijo Olivia y Amber la taladró con la mirada.

—¡Pues yo no! —Respondió levantando la barbilla.

—Bueno, su secretaria, Lindsay estará súper contenta. —Contestó Olivia, dejándola con la boca abierta.

—¿Lindsay ha vuelto? —Preguntó estupefacta y Olivia asintió, mientras Grace y Meredith miraban de un lado a otro, sin comprender nada. De repente Amber gritó desgañitada.

—¡La ha vuelto a contratar! Me ha sustituido el muy...

—Vale, vale... ¡Dejémonos de dramas! —Dijo Olivia, divertida y Amber la miró como si le hubieran salido cuernos en la cabeza.

—Ya está en marcha el plan. —Informó Olivia y todos se olvidaron de la pelirroja.

—¿Ya le has pedido una cita al timador? —Preguntó Meredith.

—¡Así es! Él por supuesto acepta, sabe que estoy forrada. Intentará robarme. —Dijo Olivia con una sonrisa maliciosa y en ese momento su teléfono empezó a sonar.

—¿Diga? —Respondió para después empezar a gritar repentinamente de una forma espeluznante que ninguna de las presentes, jamás olvidaría. La mujer se cayó al suelo, empezando a llorar a lágrima viva.

Amber se acuclilló ante ella y con el miedo recorriendo su cuerpo, preguntó gritando. —¿Qué está pasando, Olivia?

—¡Han disparado a Caleb!

Capítulo 13

Amber se retorció las manos, nerviosa, en la sala de espera. Había llorado toda la noche, comprendiendo que le amaba con locura y que nada tenía sentido sin él. Meredith le trajo un café latte y acarició su cabello como cuando era pequeña. Necesitaba a sus padres en ese momento tan trágico. Llevaba demasiado tiempo sin hablar con ellos. Sus nervios estaban destrozados así que se echó a llorar por enésima vez.

El médico salió y a Amber se le saltó el corazón en el pecho.

—¿Cómo está doctor? —Preguntó con la voz rota.

—El señor Caleb Jordan ha salido del estado crítico. Hay que darle tiempo y que esté en observación, pero la bala ha sido sacada y él es sano y fuerte. Lo más probable es que se recupere con rapidez. —Contestó el hombre con una mirada dulce que le dedicó a Amber.

—¿Cuándo podremos verle? —Preguntó, nerviosa.

—Dentro de poco. El paciente debe descansar un poco. Su madre y una de nuestras enfermeras son las únicas que deben estar con él en este momento. Más gente dentro de la estancia puede provocar estrés en el paciente. —Respondió el hombre. Amber asintió y se echó a llorar otra vez. El alivio recorrió cada fibra de su ser. Pero, necesitaba verle. Gritar a los cuatro vientos que le perdonaba, que le amaba.

Mientras tanto...

—¡Mama! ¡Eres el ser más retorcido que conozco! —Gritaba Caleb tan furioso que la enfermera que estaba se asustó.

Olivia Jordan chasqueó la lengua y le miró a los ojos. —Así entenderá que te ama y que tanto orgullo y escenas dramáticas no valen la pena cuando el que manda es el corazón.

—¿Por qué siempre tienes que meterte? —Preguntó Caleb moviendo la cabeza de un lado a otro. Su madre necesitaba un psicólogo, definitivamente. Sin embargo, la curiosidad le picó demasiado.

—¿Se ha preocupado por mí? —Preguntó con la esperanza renaciendo en su pecho.

—¿Que sí se ha preocupado? La niña no ha parado de preguntar a todo el personal que veía por el pasillo. Ha llorado mucho, hijo. ¡Te adora! Lo cual es comprensible, al fin y al cabo, eres mi hijo y has heredado mis genes. —Dijo

su madre y él puso los ojos en blanco.

—Mama te quiero mucho, pero eres una chiflada. —Le respondió Caleb y ella jadeó indignada, pero al ver la mirada de felicidad de su hijo, sonrió contenta por él.

—Esta vez no la cagues, hijo. Es la mujer de tu vida y no encontrarás otra igual.

—Lo sé mama... —Respondió feliz porque Amber le amará y a su vez, triste por la preocupación que debía sentir. Él había pasado por lo mismo cuando ella había tenido el accidente y sabía lo que se sentía. Cuánto antes le diría que se encuentra bien. —Se dijo, mientras cerraba los ojos.

Olivia Jordan había ideado un teatro asombroso. La mujer había contratado a unos hombres para dormir a su hijo, disparándole un tranquilizante para osos en el cuello y llevarle al hospital. El médico era un buen amigo y el que más influencia tenía en el Real Hospital. No había sido difícil hacer que todo el personal cooperará.



—¿Ya puedo entrar? —Preguntó Amber y el médico asintió. La pelirroja abrió el pomo de la immaculada puerta, temblorosa.

—Está loquita por mi hijo. —Dijo Olivia regocijándose mientras le guiñaba el ojo al médico que empezó a reír a carcajadas.

—En los veinte años que nos conocemos no has cambiado nada, Olivia. —Dijo el hombre y ella sonrió encantada.

—No. ¿Verdad? Sigo igual de sensual. —Dijo, sonrojando al hombre.

Amber tragó saliva al ver a Caleb dormido. Se acercó con pasos sigilosos. El silencio que reinaba en la habitación, la hacía oír los latidos de su propio corazón. —"¿Lo oiría él también?" —Se preguntó, nerviosa.

Se sentó sobre la camita, en la esquina y agarró su mano con suavidad. Casi susurrando, empezó a hablar.

—Cuando te vi por primera vez pensé que eras el hombre más atractivo que alguna vez había visto. Provocaste en mi un sentimiento desconocido. Ahora sé que fue amor a primera vista. Algo en lo que nunca creí. Después pensé que eras el hombre más arrogante y por mucho que intentaba que me cayeras mal, al pensar en ti mi corazón latía como loco, al igual que ahora. Tu chiflada madre me dio la idea de conquistarte, de ser tu esposa, pero mi amor,

yo no deseaba serlo por todas tus riquezas. No, a mí lo único que me importaba era sentirme tuya, sentir que te pertenezco, que eres mi media naranja. Después me hiciste daño con tus palabras en aquella fiesta, pero luego me hiciste el amor y entonces supe, que nunca te olvidaría, que ya me habías robado el corazón. Luego te arrepentiste y me hiciste pasar los días más felices de mi vida. Y aunque me dañaste otra vez, seguiré amándote siempre porque eres mi hombre.

Amber lloraba, pero al sentir el tacto de Caleb sobre su mejilla, borrando sus lágrimas, casi se le para el corazón.

—Y tú eres la mujer de mi vida, mi pelirroja, la única que sabe ponerme en mi lugar. —Respondió él, con la voz ronca, haciéndola sonreír.

—Cuando yo te vi por primera vez, me quedé impactado. Sentí un calor en mi pecho como cuando vuelves a tu hogar después de mucho tiempo. Pero, me negué a admitirlo porque ya había sido engañado una vez por el hechizo del amor. Ahora me doy cuenta que aquello no fue amor, me gustó una chica mucho y ella me usó por mi dinero. Fue entonces cuando juré no amar y solo buscar la diversión, pues no creía en los sentimientos nobles. Que tú me hicieras sentir cosas tan profundas con cada gesto y mirada, me volvía loco. Así que, por miedo a esos sentimientos desconocidos, me porté como un imbécil. Cuando mi madre me contó que eras la niña de la fotografía que sigo guardando dentro de mi libro de poesías favorito, supe que serías la que me robaría el corazón. ¡Y lo has hecho, hermosa! Porque no soy nada sin ti. Los celos y la desconfianza me hicieron perderte, cegándome. Pero, te prometo que mi único propósito de hoy en adelante, será hacerte sonreír y si algo pasa que te haga llorar, yo estaré para acompañarte o borrar tus lágrimas. Perdóname Amber, porque sin ti mi vida es como un plato sin sal, un dulce sin azúcar, una noche sin su luna.

Amber llorando como una magdalena, le abrazó y chilló emocionada con la voz congestionada.

—Te perdono mi amor.

Estuvieron fundidos en un abrazo un rato, hasta que él susurró contra su cuello.

—No me han disparado, hermosa. Bueno, sí... Pero no como tú crees. Me dispararon un tranquilizante para osos. Plan de mi madre para que entendieras...

—¿Que te amo? —Preguntó Amber entre risas y lágrimas.

—Exacto. —Respondió él con una sonrisa.

—Mi suegra es una chalada. —Dijo, empezando a troncharse de risas, mientras Caleb la acompañaba y asentía.

Capítulo 14

Olivia Jordan se estaba perfilando los labios en un rojo intenso. Esta noche debía interpretar su mejor papel. Por fin había logrado la felicidad de su hijo. En cuanto había visto la reacción de su hijo al ver la foto de la niña pelirroja, supo que la sobrina de su mejor amiga sería una mujer hermosa cuando creciera. Fue en aquel momento que decidió que esa misma sería su nuera, la esposa de su querido hijo. ¡Y no se equivocó! En cuanto se vieron por primera vez, hubo chispas que Caleb deseó ignorar, pero Amber sencillamente era cautivadora y su hijo no había logrado apartarla de su vida.

Olivia sonrió contenta. Su instinto nunca la engañaba. Amber había resultado ser tan inteligente, hermosa y luchadora como ella había creído desde el principio. Incluso más. A pesar de las adversidades el amor había ganado.

Por un momento había tenido dudas sobre la joven. Sintióse de lo más estúpida, cuando su hijo le había mostrado las cartas y las fotografías que la inculpaban en infidelidad, mostrándola como un ser materialista y egoísta. Su hijo había hecho fotos a todas aquellas calumnias y se las había enviado a ella por Wassap.

En un arrebato de ira y confusión le había contado que la relación entre Amber y él había sido planeada desde el comienzo y que la pelirroja nunca había estado en estado crítico. Hecho que reforzó la furia en su hijo. Fue entonces cuando todos la echaron de sus vidas sin darle la oportunidad de defenderse. Olivia seguía sintiéndose pésima al recordar. ¿Cómo había podido confundirse así con su niña? Si era el ser menos egocéntrico que conocía, el dinero no la importaba lo más mínimo. Lo bueno es que su futura nuera tenía un corazón tan grande que les había perdonado. Estaba más claro que el agua que pronto habría boda. Olivia planeaba desde ahora algo por todo lo alto, aunque sabía que Amber desearía algo discreto. ¡Pero, no! Solo tenía un hijo y a esa boda vendría toda Nueva York, ella se encargaría de eso. ¡Vaya que sí!

Y más les valía que se encargaran de darle nietos pronto, para poder chulearse ante los demás por tener nietos tan apuestos e inteligentes como su abuela.

Se puso unas gotas de su Channel y decidió vestirse algo provocativo,

pues esta noche desenmascararía al falso Eduard.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal al recordar lo que su hijo la había contado. Sospechaba que su secretaria era cómplice del timador. Según Caleb y Bob esa mujer había planeado lo de las fotos y cartas para separarle de Amber. Olivia no conocía a la asistente de su hijo, pero según la descripción que le habían hecho de ella, se notaba de lejos que era una mujer peligrosa.

Olivia siempre había tenido la capacidad de tergiversar las cosas según su conveniencia y manipular a las personas según su antojo, pero, tenía la suficiente ética y moralidad para no hacerlo con maldad. Generalmente era por ayudar a los suyos. Sin embargo, un manipulador podía reconocer fácilmente a otro y esa tal Lindsay, se notaba que además de manipuladora era egocéntrica, ambiciosa y mala.

—"No debes tener conclusiones precipitadas, Olivia. No la conoces, todavía" —Se dijo a sí misma. Pero, algo en su interior la decía que no se equivocaba. La propia Amber le había contado sobre ella, y su futura nuera tenía la misma percepción.

Se fue hasta su vestidor. Eligió un vestido corto de medio muslo. Era muy atrevido para su edad y nada elegante sino lo contrario. Precisamente deseaba dar la impresión que es estúpida y vulgar, una mujer sin clase.

Acompañó su vestido negro con unos tacones y se miró contenta ante el espejo. ¡Seguía teniendo unas piernas de infarto! Ni siquiera los pastelitos de Meredith habían logrado destrozar su figura.

—¡Era hora de jugar! Se emocionó, sonriendo de oreja a oreja. Cogió su bolso de chanel y despeinó un poco su cabello. Habían quedado en un restaurante con el falso Eduard. Se notaba a leguas que era más pobre que el mendigo ante el supermercado. La llevaba a comer a un perrito caliente en el peor barrio. ¡Encima, seguramente vendría vestido de traje! Según él, la llevaba allí para poder disfrutar de las cosas pequeñas de la vida y ver cómo vive la mayoría de gente. Suerte tendrían que no intentará alguien atracarles. Pero, no podía ser, porque estaría vigilada por Caleb, Bob, Amber, Meredith, que se había negado en redondo a quedarse en la pastelería, y dos agentes de policía que eran amigos de su hijo. La vigilarían desde un mini bus de color negro.

Se puso un pequeño micrófono en forma de pendiente en la oreja que tapó con su pelo que, aunque era corto, para nada se notaba el micrófono. Lo activó con un programa que Caleb le había instalado en el móvil y cuando escuchó la voz de su hijo, dio un respingó.

—¿Mama? ¿Estás lista? —Preguntó Caleb, se notaba nervioso.

—¡Estoy genial hijo! ¡Esto es como en las pelis!

—Mama, céntrate, por favor...

Olivia chasqueó la lengua y dijo.

—Eres un aguafiestas. No comprendo por qué este tío es tan pobre si ha desmembrado a tantos negocios. Digo yo que se habrá forrado...

—Es un adicto a los casinos y a apostar por cualquier tontería. Sobre todo, carreras de motos.

—¡Qué estúpido! —Respondió Olivia, asqueada.

—Querida suegra, por muy bruja que seas, por favor ten cuidado. —Dijo Amber y ella sonrió.

—Tranquila que hay mucha Olivia por mucho tiempo. Necesito ver a mis nietos para que cuando crezcan vayan a los mejores psicólogos de la ciudad para poder quejarse de mí. —Respondió, haciendo reír a todos los que estaban en el bus.

Salió de su piso y su chófer que estaba al tanto de todo, la llevó hasta el barrio. A pesar de que era oscuro y daba grima pasear por esa zona, caminó con seguridad. No estaba sola y, además, no era fácil de asustar.

Eduard la esperaba ante un restaurante, si así se le podía llamar, con una sonrisa perfecta, mostrando sus impecables y muy blancos dientes. Olivia no podía negar que era atractivo. Y no era tan tonto como aparentaba. Al principio se había tragado muy difícilmente que ella deseará tener una cita con él.



—"*Soy Olivia Jordan y he oído que eres un auténtico semental en la cama, justo lo que yo necesito. Un hombre que sepa montarme como la perra que soy*" —Esas habían sido las palabras que habían decidido al timador acudir a aquella cita. Pensando que el lobo atraparía a su presa, pero sin tener idea de que en realidad la presa era él.

—Está usted realmente hermosa esta noche. Su belleza es incomparable al brillo de las estrellas y la luna misma. —Dijo Eduard de forma zalamera, con una sonrisa más falsa que las tetas de Pamela Anderson.

—Muchísimas gracias, Eduard por esas palabras tan bonitas. Lo cierto es que me sorprendió que un hombre como tu aceptará tener una cita conmigo. — Le contestó Olivia, actuando con maestría.

—¿Y por qué no? —Preguntó Eudard mientras le abría la puerta del appestoso restaurante.

—Pues porque eres un hombre tan joven y apuesto, mientras que yo ya tengo una edad...

—¡No digas tonterías, Olivia! Ya quisieran muchas veinteañeras tener tu apariencia. Eres una de las mujeres más atractivas que he visto. —Le respondió Eduard mirando sus piernas, descaradamente.

Olivia supo enseguida que aquel desvergonzado además de quitarle su dinero, la deseaba.

—Puede que tengas razón, además tengo entendido que soy muy flexible para mi edad. —Le dijo ella con segundas y sonrió al comprobar el brillo en la mirada de él.

—No lo dudo, me gustaría mucho comprobar eso. —Le respondió él con voz sensual.



—¡Por el amor de Dios! ¿Por qué tengo que oír esto? —Gritó Caleb enfurecido a dentro del mini bus. Amber y los demás reprimieron la risa. Su cara era para hacerle una foto. Muy graciosa. Parecía a punto de romper algo.

—Tranquilo, cielo, está de misión. —Le dijo Amber y sin poder aguantar más. estalló en una risa y los demás la imitaron. Caleb les fulminó con la mirada.

—Si este Casanova le toca un pelo a mi madre, le mataré lentamente. —Dijo y los demás empezaron a reír todavía más fuerte.

—Hijo, creo que tu madre es lo suficientemente mayorcita y es una mujer de armas a tomar, sabe cómo defenderse. —Le habló uno de los guardias.

—No sabe arreglárselas. Esta demasiado loca, se meterá en un lío. —Respondió Caleb, enfurruñado.

—¡Shh! Cállate amor, que no nos vamos a enterar de nada. —Le dijo Amber, siseando y él obedeció de mala gana.

El camarero les puso delante dos platos con hamburguesas rancias y Olivia se aguantó las ganas de vomitar al ver un pelo sobre la carne de cerdo. Parecía que saludaba y todo. Se fijó en su vaso de coca cola, parecía que no lo habían lavado desde miles de años. A pesar de todo, la gran sonrisa no se le bajaba del rostro. Estaba decidida a camelarse a su peculiar pareja de esta noche.

—Bueno Eduard cuéntame más sobre ti y tu negocio. Uno no siempre tiene el placer de hablar con el próximo heredero de Laudureé nada más y nada menos.

—¡Pero si tu negocio son las famosísimas Pop Tarts! —Respondió Eduard riendo a carcajadas y ella le imitó, aunque estaba a punto de gritar al ver una araña que se clocaba sobre su hamburguesa.

—Ya pero no es lo mismo ya que yo no soy la empresaria sino mi hijo. Al principio lo era mi marido que murió de un ataque cardiaco y luego lo sucedió nuestro Caleb. Él me da una gran asignación de dinero, pero Pop Tarts es exclusivamente de él. —Le respondió Olivia, omitiendo que poseía el cuarenta por ciento de las acciones de la empresa.

—¿Y cuánto de sustanciosa es esa asignación? —Le preguntó Eduard, de lo más interesado. A Olivia le dio asco aquel tipo. Se notaba que vivía por y para el dinero.

—Oh, únicamente medio millón en conjunto que me da poco a poco cada mes, según mis necesidades. —Le respondió ella, con una sonrisa. Cuando vio en sus ojos la avaricia supo que lo tenía justo donde quería.

—Hay algo especial entre tú y yo Olivia. Es como si nos conociéramos desde siempre. Siento que contigo puedo ser yo mismo y contarte cualquier cosa. Es extraño porque no nos conocemos mucho, pero es lo que siento. Tal vez sea por lo inteligente y hermosa que eres.

Olivia le miró con una mirada de enamorada pérdida. Ese manipulador se creía que podía con ella.

—Por supuesto. Me puedes contar todo. Yo también siento que nos conocemos desde siempre. Pienso, que te convertirás en alguien muy especial para mí, Eduard. —Le respondió ella y en ese momento él la sorprendió besándola en los labios. Olivia no podía apartarse sino sospecharía, así que le besó devorándole. En su imaginación era Tom Cruise de jovencito.

—Besas como una diosa, Olivia. —Le dijo Eduard con la respiración agitada y ella ronroneó como una gatita. Empezando a acariciar su entrepierna con su delicado pie.

—Veo que tu soldadito está preparado para mí... —Dijo con voz sensual y se divirtió al ver cómo enrojecía de excitación, el tipo.



—Cielo no te creas que es soldadito, es todo un general. —Le habló él de

forma jocosa.

—¡Se acabó! Voy a entrar allí y le voy a partir la crisma a este imbécil de mierda. —Dijo Caleb, levantándose, pero Amber le detuvo agarrándole del brazo.

—¡Caleb, por favor! Te ruego que te calmes, piensa que todo esto lo estamos haciendo por una buena razón. Precisamente, para meterle tras las rejas. Aguanta un poco más, pronto Olivia le drogará. —Le dijo Amber con la mirada suplicante y él volvió a sentarse, suspirando.

—Bien, pero le doy solo diez minutos. Si sigue sobando a mi madre y besándola, voy a entrar. —Les advirtió Caleb y por su mirada se notaba que para nada bromeaba.



Olivia se acercó otra vez hacía él, atrapando sus labios agresivamente. Mientras él se concentraba en el beso, ella logró poner en su vaso Temazepam en forma de pastilla, una droga llamada por muchos, el suero de la verdad. Se trataba de un sedante hipnótico que se usaba para obtener información. Actualmente se la consideraba como una forma de tortura y estaba prohibido, aunque en las psiquiatrías seguía usándose. Olivia conocía a una psiquiatra que le había ayudado a conseguir la droga de la verdad.

Cuando se separó de él, se bebió un sorbito de la coca cola, disimulando el asco que le daba el vaso y dijo.

—Estoy sedienta.

El falso Eduard sonrió y la imitó, bebiéndose de un trago la coca cola.

Olivia rio de lo más contenta. Lo había conseguido.

Al cabo de un rato Eduard empezó a balbucear muchas cosas, riendo como si estuviera delirando.

—Mi padre empujó a mama desde el balcón de la casa. Me llamo Kevin. Yo robé las joyas.

Hablaba cosas sin sentido, así que Olivia le agarró con cuidado y habló al pequeño micrófono.

—¡Ya está! —Informó, llevándose de aquella especie de restaurante en el que, gracias a dios, casi no había gente. Al pasar le metió cuatro mil dólares en el bolsillo de los vaqueros al camarero, que había presenciado todo.

—Para que tengas la boca cerrada, que calladito te ves más guapo. —Le

dijo Olivia y el hombre rio contento. Haciéndole señal como si cerrará su boca con una llave.

Olivia rio, divertida y le dijo. —Tira la llave al mar.

El camarero hizo señal como si lo estuviera haciendo. Había sacado una gran tajada de todo aquello, estaba claro que no diría nada.

Amber y Caleb la ayudaron para meter al falso Eduard al mini bus y en la noche emprendieron un viaje hasta la mansión de los Jordan que se encontraba alejada de la civilización. Pronto entenderían todo.

Capítulo 15

—Papa la empujó y yo le ayude. Tuve que hacerlo porque si no me habría matado. —Decía Eduard mientras los oyentes flipaban.

—No puede ser cierto lo que habla. Este tipo de drogas pueden causar delirios y que la persona no sepa distinguir entre la realidad y la fantasía. — Explicó uno de los guardias. Mientras Bob, Caleb y el otro policía amordazaban al estafador. Pues, se movía demasiado y podía dañarse sin darse cuenta.

—¿Quién escribió las cartas a Caleb? —Le preguntó Olivia, que se estaba hartando de toda la situación.

El falso Eduard empezó a reír como un loco y respondió. —Mi diosa rubia.

Todos fruncieron el ceño.

—¿Quién es tu diosa rubia? ¿Lindsay? ¿Es ella la que mandó las fotos? — Preguntó Amber, gritando.

—Lindsay es mi dulce mujercita, mi hermosa amante. Ella no me quiere, pero me querrá yo haré que me quiera.

—¿Fue Lindsay la que envió las cartas y las fotografías a Caleb Jordan? —Le volvió a preguntar Meredith con una voz calmada y amable.

—Sí. Yo abracé a Amber y Lindsay tomó las fotos y escribió las cartas para engañar al bobo de Caleb. El muy estúpido creyó que su zorra le engañaba. —Habló el falso Eduard, cuyo nombre de verdad, al parecer era Kevin. Cada palabra salía con más odio que la anterior y el aliento de Caleb y Amber se paró al oírle decir.

—¡Él lo tiene todo! Es rico y guapo. Tiene a las mujeres más hermosas y yo me lo he tenido que currar toda la vida. Engañando a esas estúpidas mujeres ricas, rancias. ¡Y encima Lindsay le ama a él! Al principio me dijo que el trato era que yo me quedaría con la pastelería de la vieja, engañando a la dueña para que firme el acuerdo donde me deja todo a mí. Luego, debíamos separar a Amber de Caleb para que ella se casará con él. Una vez hecho, se divorciaría y se quedaría con todo el dinero del ricachón. Así ambos viviríamos felices para siempre. ¡Juntos! Pero, yo podía percibir que la muy perra le deseaba, simplemente quería ser la señora Jordan.

—¿Por qué Lindsay deseaba solo el dinero y no la empresa de Caleb? —

Preguntó Amber, intrigada y Kevin la miró como si fuera estúpida.

—El ricachón tiene un puto acuerdo prematrimonial en caso de casarse. La empresa nunca podrá negociarse en la repartida de los bienes. El dinero y lo demás sí, pero Pop Tarts siempre sería para Caleb y sus futuros hijos.

Amber lo entendía. Caleb había encontrado solo gente interesada en su dinero y no en su persona, era normal que hubiera hecho un acuerdo prematrimonial, para que su negocio estuviera a salvo.

—Creo que, con esto, nos vale. ¿Bob lo has gravado todo? —Preguntó uno de los agentes. Bob asintió sonriendo. Vaya que sí lo había grabado.

—Todito, agente. De la A a la Z. respondió, divertido.

—¿Ahora qué haremos? —Preguntó Meredith, empezando a frotarse las manos con fuerza, debido a los nervios que estaban a flor de piel.

—Los agentes Morris y Jeferson le llevarán hasta la comisaría más cercana. Allí pasará la noche para que no se haga daño este chiflado. Mañana contactaremos con la juez Marian y le enseñaremos las grabaciones. —Respondió Caleb con tranquilidad. Como si raptar a un estafador y drogarle fuera cosa de todos los días.

—No creéis que nos meteremos en un lío. Tal vez estas evidencias no sean reconocidas por haberlas recopilado de forma ilegal. —Dijo Meredith, empezando a asustarse de verdad y haciéndoles palidecer a todos. Exceptos a los agentes Morris y Jeferson.

—No debéis preocuparos por eso. La ley lleva detrás de Kevin Michaelson demasiado tiempo. Haberle cazado es como una gran recompensa para el cuerpo de policía federal de nuestro país. También se le busca en México. No les importara la manera en la que hemos conseguido su declaración. Le tenemos un odio profundo a este hombre. Era tan listo que hacía actividades corruptas, pero pareciendo legales y era imposible atraparlo. —Les explicó el agente Jeferson, tranquilizándoles.

—Créanme, se pasará en chirona mucho, mucho tiempo. —Añadió el agente Morris.

—¿Qué pasará con Lindsay, la asistente de mi hijo? —Preguntó Olivia antes de que lo hiciera Amber.

—Por desgracia al haber hecho solamente unas fotografías y haber redactado unas cartas inculcando a la señorita Amber de infidelidad, no se la puede acusar. Lo menos que podemos hacer es ponerle una orden de alejamiento. —Respondió el agente.

Se despidieron y cada uno se fue a su casa. Esa noche Amber dormiría con

Caleb, se necesitaban mutuamente. El día había sido agotador.



Estaban en la cama abrazados y ella le acariciaba el pecho cuando preguntó.

—¿Por qué la contrataste otra vez? —Amber parecía insegura y Caleb se sintió un desgraciado.

—Vino después de que nos separásemos y lloró porque que no tenía dinero, me suplicó que por favor la volviera a contratar. Me dijo que tenía muchas deudas y yo a regañadientes la volví a contratar. No deseaba que me pesará en la conciencia. Nunca he sentido nada hacía ella, mi amor. Ni siquiera me he acostado con Lindsay. Iba a hacerlo una vez, pero...

—¿Pero?

—No tenía tiempo. Tenía que ir a recoger al aeropuerto a una hermosa maga pelirroja que luego robó mi corazón.

Amber rio, encantada de la vida. Se abrazó a él y durmió tan profundamente y a gusto como hacía mucho tiempo que no hacía.



Despertar en sus brazos era como estar en el cielo. Amber sonrió contra el cuello de Caleb, aspirando su aroma. Lo había echado tanto de menos. Él dormía profundamente, ella se fijó detenidamente en las fracciones de su hermoso rostro. Esa barbilla cuadrada la volvía loca y las gruesas pestañas aceleraban el ritmo de su corazón. Su cuerpo le anhelaba de forma casi dolorosa. Con una pierna le abrazó por la cintura de forma que su sexo rozará el suyo y empezó a restregarse contra él con movimientos lentos y circulares.

Gimió cuando lo sintió despertarse entre sus piernas. Era una sensación maravillosa.

—Preciosa... ¿Quieres jugar? —La preguntó Caleb dormido y con la voz ronca.

—Caleb, te he echado de menos. —Respondió Amber entre suspiros.

Repentinamente, sin darse cuenta, Caleb saltó y Amber quedó bajo su cuerpo. Con una sonrisa traviesa en el rostro él dijo.

—Yo también te eché de menos mi pequeña pelirroja. —Después acarició su cuello con su mano y empezó a bajar por su escote hasta llegar a sus pechos

con los que se deleitó como si fueran un manjar sabroso.

—¿Estas también me han echado de menos? —Preguntaba mientras pellizcaba sus pezones, llevándola hacia una burbuja erótica, que empezaba a consumirla, deseando liberar la tensión que sentía en su abdomen.

—Sí, ansiaban tu atención, se ponían duras cada noche, deseando que tú las tocaras... —Respondió Amber con voz sensual, sin reconocerse a sí misma y provocando que el aliento de Caleb se entrecortará.

Él siguió jugando, bajando la mano hasta su húmeda entrepierna.

—¿Y este pequeño y delicioso gatito me ha echado de menos? —Preguntó acariciándola a través de sus braguitas de seda, de arriba abajo.

—Sí mi amor. —Respondió ella arqueando la espalda, olvidándose de su nombre por el placer que la traspasaba. Perdiéndose en aquel ambiente erótico.

Abrió los ojos de par en par cuando sintió su sexo entrar en ella de un empujón. Gimió agarrándose de las sábanas blancas de seda con fuerza. ¿Cómo había podido estar tanto tiempo sin él?

Caleb aceleró el ritmo, entrando y saliendo con cada vez más contundencia de su cuerpo. Hasta que los dos estallaron como dos botellas de champán en año nuevo.

Amber se recuperaba del intenso orgasmo que había llenado su mundo de luces de colores, cuando sintió cómo él la abrazaba por la cintura.

Sonriendo se acurrucó para disfrutar de su cercanía media horita más. Pues él debía marcharse a la empresa y además tenían que ir a la comisaría para declarar.

Lindsay caminaba furiosa de un lado a otro en su piso. ¡La habían puesto una orden de alejamiento! Ese maldito impostor había fracasado. Tiró la taza de café contra la pared, haciéndola añicos. La tenía sobre la mesilla de la cocina, pues se lo estaba tomando cuando la llamaron por teléfono y la avisaron que debía acudir a la estación de policías ya que Caleb Jordan la había puesto una orden de alejamiento. Además, el cabrón la había despedido. ¡Otra vez!

Estaba clarísimo que Eduard había abierto su gran boca. Pero ella no pensaba quedarse de brazos cruzados. Desde que había llegado aquella furcia pelirroja, todo su plan se había ido al garete. Lo había entendido en aquella fiesta tan horrorosa a la que había asistido para llevarse a Caleb a su cama, pero al ver cómo contemplaba a aquella perra malparida, se había dado cuenta

que ya tenía una rival. Al principio no la había tomado en serio. ¡Quién iba a decir que una chica tan simple, de una pequeña ciudad sería su perdición! La había subestimado demasiado, pero se acabó. Ahora acabaría con ella por siempre.

No había sufrido tanto, ideando un año entero la forma de convertirse en la esposa de Caleb, para que una simplona se lo quitará todo. Había aprendido de la mejor. Su madre había sido una autentica arpía y la había enseñado cómo conseguir sus propósitos en la vida. ¡Aplastando a los demás! Ahora tocaba aplastar a esa hormiga insignificante de cabellos horrorosos. ¡No entendía lo que Caleb veía en ella!

Miró la punta de su cuchillo y sus ojos brillaron.

—Amber Moore se sumergiría en un sueño profundo y largo. Pobrecita. En los periódicos pondrá:

—La insignificante amante de uno de los empresarios más famosos del país ha sido asesinada debido a un atraco. —Se dijo Lindsay a sí misma, sonriendo y arreglando los mechones que se le habían escapado del perfecto moño que se hacía para el día a día. Cogió su bolso de Gucci y metió allí el cuchillo. Con una expresión serena salió para investigar dónde se encontraba la pelirroja. Debía pillarla sola.

Capítulo 16

Se estaba haciendo unas patatas fritas que deseaba saborear con una hamburguesa vegana que se había comprado por la mañana. Le encantaba la carne, pero debía admitir que la forma en la que estaban hechos algunos alimentos veganos, estaban de lo más sabrosos. La mañana se había pasado rápido, pues había sido de lo más ajetreada. Primero habían ido a la comisaría, donde se pasaron horas declarando. Amber se había tomado muy mal el hecho de que realmente no se podía hacer nada contra Lindsay. Lo único que lograron fue una mísera orden de alejamiento. Esperaba de corazón que esa pirada cumpliera con la restricción de no acercarse a Caleb a menos de cien metros de distancia. Después se fueron a hacer la compra porque la nevera estaba vacía. Luego Caleb se fue a la empresa, mientras Amber se quedó en su loft rellenando unos papeles para darse de alta en la Seguridad Social como autónomo.

Sirvió las patatas en un plato y se deleitó aspirando el aroma. Tenía hambre de lobo. Después comenzó a freír la hamburguesa y en el mismo plato que había colocado las patatas, puso en el lateral dos rodajas de pan para hamburguesas. Empezó a cortar un tomate en rodajas finitas y echó sobre el

pan mayonesa y ketchup. Justo cuando iba a poner la radio porque no le gustaba el silencio, oyó un extraño ruido. Parecía que alguien intentaba abrir la puerta principal. Apagó la placa de cocina de gas y con pasos sigilosos fue hacia el pasillo.

Casi se queda sin respiración cuando se dio cuenta de que alguien intentaba manipular la cerradura de la puerta. Con rapidez se marchó a la cocina y cogió su teléfono móvil que estaba sobre la encimera. Se fue a la habitación principal, cerró la puerta con el pestillo y temblando como una hoja, logró marcar el número de la policía.

—Policía Nacional. ¿Dígame? —Se oyó una voz femenina.

—¡Alguien intenta entrar en el piso de mi pareja! —Respondió Amber empezando a llorar por los nervios. Cuando oyó la puerta principal abrirse, casi le da un infarto.

—¡Ha entrado! —Informó, muerta de miedo.

—Por favor cálmese, respire hondo y responda a mis preguntas ¿Está su pareja con usted? —preguntó la mujer.

—No. Estoy sola. —Respondió Amber con la voz temblorosa.

—¿Dónde está escondida?

—En el dormitorio principal.

—¿Dentro de la habitación hay baño? —Preguntó la mujer. Amber asintió con vehemencia, olvidándose de hablar. Cuando se dio cuenta, respondió con efusión.

—Sí, sí hay uno.

—Bien, métase allí y cierre la puerta. He logrado localizar su dirección, así que tranquilícese en cinco minutos máximo llegaran mis compañeros.

—Gracias. —Respondió Amber, empezando a llorar. Borró sus lágrimas con el dorso de su mano y se metió en el baño, cerrando con el pestillo. Vio un armario donde Caleb solía guardar las toallas. Lo movió hasta la puerta y se sentó en el suelo metiendo su cabeza entre sus rodillas, para que sus sollozos no se oyeran.

Se encogió aún más al oír las pisadas que cada vez se acercaban más. En ese momento su móvil vibró, vio que la estaba llamando Caleb, pero colgó, escribiéndole un mensaje.

—*"Intruso loft, escondida baño, policía camino"*

Una risa femenina le puso el vello de la nuca de punta.

—¡Sal de dónde estés escondida, maldita puta! —Amber pensó que esa voz le sonaba, pero no averiguaba de dónde.

—Ahora no está tu querido Caleb para salvarte el pellejo. ¡Estás sola y voy a acabar contigo! Tuviste que venir y joderme todos los planes. ¿Sabes cuánto me costó entrar a trabajar donde este tirano? ¡No tienes ni puñetera idea! —Amber se dio cuenta de que se trataba de Lindsay. ¡Esa tía estaba como un cencerro! Se quedó sin respiración cuando oyó cómo algo se estrellaba contra la pared.

—¡Sal! —Chilló Lindsay, desquiciada. —Tanto tiempo trabajando como una mula, intentando seducir a este imbécil y todo en vano. ¿Cómo puede fijarse en ti, teniéndome a mí? —Gritaba la rubia. El pomo de la puerta empezó a moverse de forma agresiva, Amber comprendió que debía hacer algo para captar su atención y que no logrará entrar al baño, hasta que la poli llegará.

—Lo habías planeado todo detalladamente para llevar su alianza en la mano, ¿verdad? —Dijo lo primero que se le pasó por la cabeza, animándola a hablar.

—Loreen, su ex novia es mi prima. —Contestó la loca, dejando a Amber pasmada.

—Le vimos en una discoteca y entendimos que era muy rico. Mi prima inmediatamente le echó el ojo, pero la muy estúpida fracasó, ya que él la pilló. No logró aguantarse y empezó a robarle dinero que él dejaba por la casa, a pesar de que le compraba todo lo que ella quería. No pudo si quiera esperar a tener el anillo en el dedo. Cuando Caleb la echó yo vi que era mi oportunidad. ¡Un marido tan rico garantizaría la vida tan cómoda que siempre he deseado! ¡Y todo iba viento en popa, porque lo había planeado meticulosamente! Primero le iba a seducir, convirtiéndome en su amante y poco a poco me ganaría su confianza ya que el pobre ya no creía en ninguna mujer, gracias a la estúpida de mi prima. ¡Tuviste que venir tú y arruinarlo todo!

Amber buscó algo con lo que poder defenderse. Encontró una pequeña navaja mientras la puerta temblaba. Al parecer Lindsay había agarrado algo contundente con lo que golpeaba con fuerza. Respirando agitadamente, se quedó mirando la puerta con los ojos abiertos de par en par.

—¡Ningún hombre me rechaza a mí! —Gritaba Lindsay, desquiciada, golpeando con cada vez más fuerza la puerta. Cuando el pestillo voló, Amber supo que debía defenderse con uñas y dientes. Sí alguien salía de esa habitación viva, debía ser ella.

Lindsay tenía una cara de auténtica lunática. Con una sonrisa maliciosa empezó a intentar a mover el armario para dirigirse hacia Amber que la miró

fijamente a los ojos. Los pelos se le pusieron de punta, al darse cuenta de que ante ella había una auténtica psicópata.

Con un cuchillo de los que usaban los carniceros, la rubia se acercaba con la mirada mostrando su locura. El armario era lo que la impedía pasar totalmente, pero la muy zorra lo apartaba con agilidad. Amber se acordó de que una vez había oído que los locos tienen una fuerza asombrosa, ahora entendía el significado de esa frase. Cuando estaba ya delante de ella, Amber se dio cuenta que no podía defenderse con aquella pequeña navaja. El cuchillo que ella sujetaba atemorizaría al más temerario.

—¡Reza! —Ordenó la rubia, empezando a reír a carcajadas. Justo cuando levantaba aquel filo de acero que brilló de forma amenazante. Se oyó un ruido estruendoso y Lindsay cayó hacia atrás desplomada. Amber se quedó viendo sus ojos abiertos como platos y sin vida. Chilló cayendo de rodillas y empezó a llorar desconsoladamente.

—¡Ya estoy aquí, preciosa! —Oyó la voz de Caleb que se acercaba. Cuando sintió sus fuertes brazos alrededor de su cintura, se abrazó a él y lloró en su hombro. Nunca había pasado tanto miedo.

—¡Estamos aquí! ¡Baje el arma y salga de su escondite! —Se oyeron las voces de los agentes de policías y Caleb les miró como si fueran unos inútiles. —¡A buena hora! —Les dijo con un tono de voz que daba escalofríos. Los agentes se sonrojaron.

—¡Llamad a una ambulancia! Mi mujer tiene un ataque de ansiedad. —Les ordenó y uno de los agentes inmediatamente marcó el número.

Afortunadamente llegaron más rápido que la pasma. Caleb sujetaba su mano durante todo el trayecto hasta el hospital. Inmediatamente la atendieron, debido a la influencia de Caleb. Le dieron un calmante y pudo tranquilizarse durmiéndose en una habitación privada muy cómoda. Caleb no se apartó de su lado ni por un segundo. Llamó a todos sus familiares informándoles y a su madre, contándole todo lo que había pasado.

Era la primera vez que disparaba a alguien y había matado a Lindsay en el acto. En ese momento no sentía nada debido a que estaba pendiente de Amber, pero creía que después tendría remordimientos, aunque en el fondo sabía que había hecho lo correcto.

Solo deseaba tranquilidad junto a su amada. Acarició con el pulgar su mejilla, dormía profundamente. Apretó la mandíbula al pensar en el miedo que debió de pasar. Solo deseaba que se marcharan a un sitio tranquilo y bonito. Se lo merecían.

Epilogo

Disfrutaba de un rico cóctel en la terraza del hotel de cinco estrellas de San Sebastián donde llevaban más de dos semanas. Caleb estaba en el baño duchándose ya que había estado nadando en el mar. Amber se deleitaba con las vistas de aquel sitio paradisíaco. Habían pasado por muchas cosas y era el mejor lugar para comenzar un nuevo capítulo de sus vidas.

Ante su mesa tenía la comida que dentro de poco se zamparían ella y Caleb. Una rica ensalada con aceite de oliva, pescado azul a la plancha. Un bol lleno de uvas y vino tinto por sí les apetecía. ¡Le encantaba la dieta Mediterránea!

Desde que había pasado el episodio con Lindsay los dos no parecían ellos mismos. Así que Olivia y Meredith les regalaron las vacaciones que Caleb y ella ya tenían previsto hacer. Era muy difícil seguir con sus vidas después de una situación tan estresante. Amber había pasado un infierno y no se quería imaginar lo que había sentido Caleb al disparar y acabar con la vida de Lindsay.

No la guardaba rencor. Lo cierto es que a veces le daba pena porque durante su altercado ella había dicho palabras que a Amber le hicieron pensar que probablemente no había tenido una vida fácil y mucho menos un buen ejemplo a seguir.

Después de lo sucedido se volcaron en pasar tiempo juntos, como si temieran que algo o alguien les volviera a separar. Caleb logró aumentar las ganancias de Pop Tarts, a pesar de que los medios de comunicación se habían enterado de lo sucedido y había habido muchas especulaciones al respecto. Amber le admiraba profundamente. Su tía había recuperado su negocio y estaba de lo más feliz. Grace había dejado su trabajo de taxista y ahora estaba felizmente casada con su vecino, el banquero. Sus hijos lograban meta tras meta y ella se sentía muy orgullosa. Hablaban a menudo con Amber.

Sus padres les esperaban para las fiestas de Navidad. Olivia por supuesto se había puesto a refunfuñar, pero finalmente llegaron al acuerdo de pasar las navidades en Carolina del Sur y el Año Nuevo en la casa familiar de los Jordan.

Amber por fin había logrado abrir su tan deseada pastelería. Había convertido un sitio apestoso y viejo en un lugar acogedor donde iban familias

numerosas, estudiantes y todos los jubilados que solían jugar a las cartas los viernes.

Amber y Meredith compartían recetas y el negocio crecía con una rapidez asombrosa. Amber había inventado unos dulces que eran todo un éxito. Hechos de masa amasada hecha con yogur frito, acompañado de chocolate o azúcar glas, era la sensación de la temporada.

Se fijó en el montón de revistas de boda que se había comprado en el quiosco por la mañana. Tenía que empezar a organizar la boda. Su suegra no paraba de llamarla todos los días para dar sus ideas. ¡La muy cabrona deseaba invitar a toda Nueva York! Amber sabía que al final Olivia Jordan haría lo que le daba la gana. Sonrió, pensando en su suegra.

—¿Ya te has decidido por algún vestido, esposa? —Oyó la voz de Caleb por detrás, riendo se dio la vuelta y se lo comió con los ojos al verlo solo con una toalla enrollada en su cintura. Le encantaba cuando la llamaba, esposa. Se le calentaba el corazón.

—No. Todavía no... Es complicado, porque es el día más importante de nuestras vidas. El vestido debe ser. ¡El vestido! Ya me entiendes...

—Claro... —Respondió Caleb demostrando que todo aquello le sonaba a chino. Amber se rio a carcajadas.

—Después podemos salir y mirar las tiendas de por aquí. En España hay diseñadores maravillosos. Al menos eso he oído de mi madre. —Le dijo Caleb y ella asintió. La verdad es que no era mala idea. Su suegra tenía un gusto exquisito y acertaba en la mayoría de veces.

—¿Has hablado con Bob? —Preguntó Amber, divertida. El mejor amigo de su hombre, que ya era como un hermano también para ella, estaba loco por la nueva técnica en relaciones públicas y publicidad en su empresa. Llamaba todos los días para quejarse de su trabajo, despotricaba cualquier estupidez, pero se notaba de lejos que esa morena de piernas kilométricas se le había metido muy hondo en el corazoncito. Amber y Caleb siempre bromeaban con el asunto.

—Sí. El chiflado de mi amigo ha despertado a la pobre a las dos de la mañana para que le llevará unos papeles a su casa. Por supuesto después intentó seducirla, pero la chica le pegó una patada en los huevos y tuvo que ir a urgencias. Estaba gritando a los cuatro vientos que la despediría y oí la voz de la morena, diciéndole que si la despide ella le acusaría de depredador sexual.

Amber estalló en una carcajada y entre risas dijo. —¡Esa tía me gusta, le

pondrá en su sitio!

—Le enderezará como tú a mí. —Dijo Caleb y se la comió con los ojos mientras el deseo empezaba a notarse en su oscurecida mirada.

—¡Exacto! —Respondió ella, levantando la barbilla. —¿Qué te parece si entrenamos para ese pequeño Calebsito o Ambersita que deseamos tener? —Preguntó, divertida. Abriendo la bata de seda rosa que llevaba y dejando sus pechos al aire. Caleb la cogió en brazos para después tirarla sobre la cama, mientras ella chillaba.

—Es justo lo que yo opinaba.

—Cuánto nos parecemos, esposo. —Le respondió ella, sensual.

—Eso es porque tú eres mi media naranja...—Respondió él y los dos se miraron demostrándose uno al otro todo el amor que sentían y lo felices que estaban por haberse encontrado.

FIN

Elizabeth Betancourt es una escritora novel que está avanzando con grandes pasos en su carrera. Escritora de libros como Delicias Turcas y Cruelity Free, pronto presentará en los mercados sus más recientes obras: Casada con un insoportable escocés y El Secreto de Serina.

*Para contactar email: suzanaverginieva@gmail.com
Facebook: Donde podréis saber más sobre sus obras.*



[E. Betancourt](#)